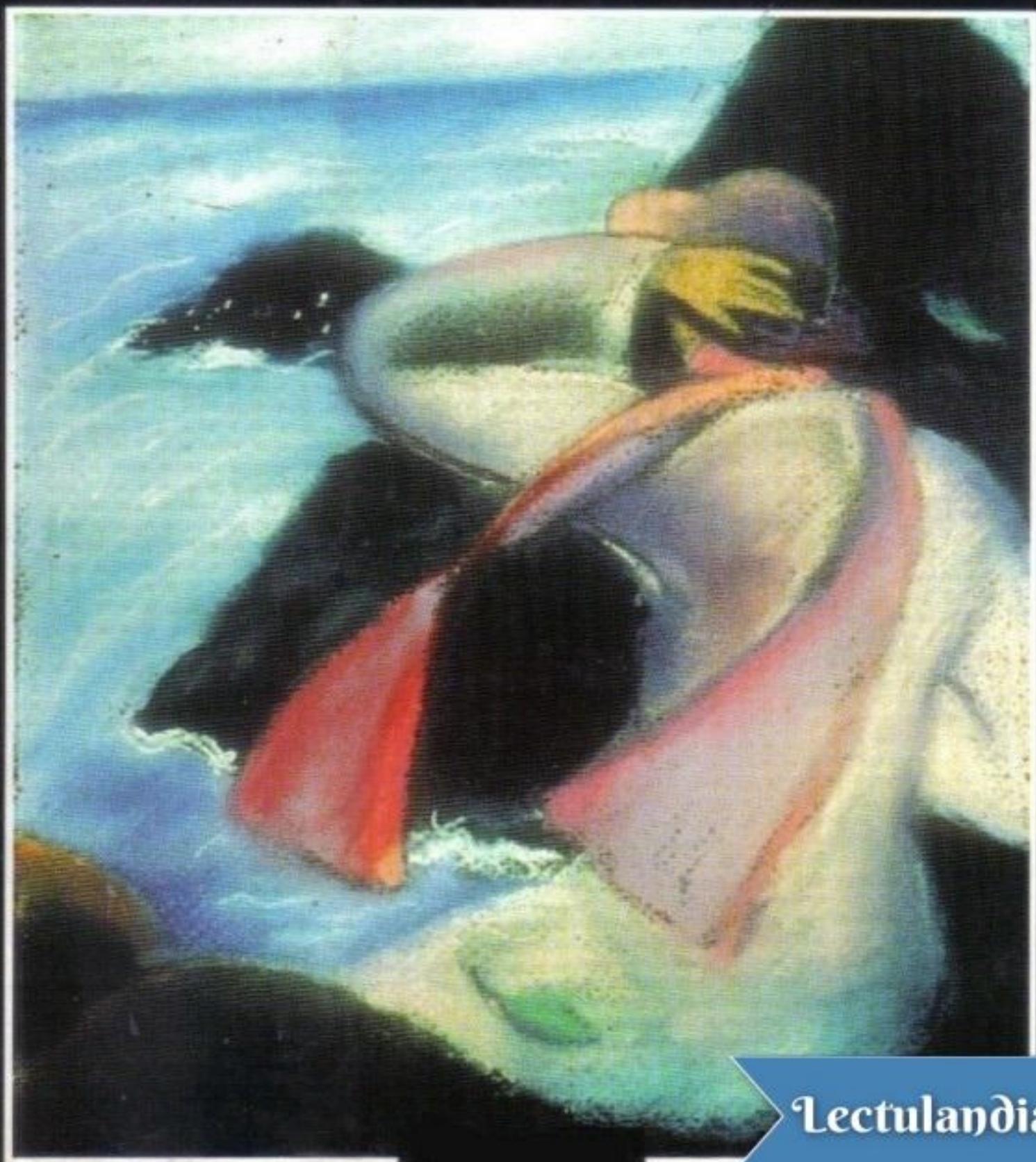


Jacques-Pierre Amette  
LA AMANTE DE BRECHT



Lectulandia

El novelista francés Jacques-Pierre Amette, autor además de varias piezas teatrales y profundo conocedor del mundo de los escenarios, encontró inspiración en la vida del dramaturgo alemán Bertolt Brecht para componer esta novela de amores adúlteros y de espionaje que se alzó con el Premio Goncourt 2003, precisamente en el centenario de este prestigioso galardón.

En octubre de 1948, Bertolt Brecht regresa a Berlín oriental, una ciudad en ruinas, llena de tanques soviéticos y de miseria. Han pasado quince años desde que, en 1933, en los albores del nazismo, partiera a un exilio que lo llevó a Estados Unidos tras recorrer medio mundo. En su regreso, lo acompaña su mujer, la actriz Helene Weigel, y se dispone a dirigir el famoso Deutsches Theater, donde empezará nada más y nada menos que con la célebre *Antígona* de Sófocles. Sin embargo, la policía política comunista no se fía: quiere asegurarse de que Brecht sigue siendo un verdadero «camarada». Así pues, conocedores de las flaquezas del dramaturgo, se disponen a preparar un cebo: María Eich, la futura *Antígona*, una hermosa y delicada actriz vienesa que no tiene mucho que perder pero sí una familia a la que proteger y un pasado colaboracionista que borrar.

Algo que llama la atención, es que también de una forma muy ligera se califica al maestro como de aficionado a la bebida.

En ciento sesenta y cuatro páginas de texto, se trata un tema interesante de una manera muy fugaz, ligera y atractiva.

**Lectulandia**

Jacques-Pierre Amette

# **La amante de Brecht**

ePub r1.0  
artherb 31.10.15

Título original: *La Maîtresse de Brecht*  
Jacques-Pierre Amette, 2003  
Traducción: Juan Manuel Salmerón  
Ilustración de la cubierta: *Woman by Water*  
de Linda Montgomery

Editor digital: artherb  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi hermana

Ciudades.  
Debajo de ellas, las alcantarillas  
nada en el interior; arriba, humo.  
Nosotros vivimos allí dentro. Sin gozar de nada.  
Enseguida nos fuimos. Y lentamente  
se van también ellas.  
Bertolt Brecht, *Sermones domésticos*.

# Berlín Oriental

1948

## 1

Estuvo largo rato viendo pasar bosques, bosques rojizos.

Brecht bajó del coche en la frontera interzonal, entró en el puesto de policía alemán y llamó por teléfono al Deutsches Theater. Su mujer, Helene Weigel, se quedó estirando las piernas junto al vehículo. Un camión blindado se oxidaba en la cuneta.

Una hora después fueron tres coches negros a recoger a la pareja. Iban Abusch, Becher, Jhering, Dudow, miembros todos de la Liga Cultural. Les comentaron que los de la prensa esperaban en la estación y Brecht dijo:

—¡Pues nos hemos librado!

Y sonrió. Helene sonrió y Becher también, Jhering un poco menos y Dudow nada. Con un ramo de margaritas entre los brazos, Helene Weigel permanecía erguida entre los oficiales. Traje chaqueta negro, rostro huesudo, mirada severa, pelo estirado, se mostraba sonriente e inflexible.

Bertolt Brecht dio la mano unas cuantas veces. Rostros blancos. Rostros grises. La pareja permaneció inmóvil entre los oficiales de la Liga Cultural, todos con abrigo.

Todo el mundo parecía impresionado por aquel Brecht de cara redonda y pelo peinado sobre la frente como un emperador romano.

Veían por fin al gran Brecht, el más famoso dramaturgo alemán, regresar al solar patrio tras quince años de exilio.

Cuando los policías apartaron al último fotógrafo.

Brecht cerró la portezuela del coche y el convoy oficial se puso en marcha.

Brecht iba mirando aquella carretera asfaltada que conducía a Berlín.

Parecían entrar no en una ciudad sino en un mundo gris.

Pintadas obscenas, árboles, hierba, grandes riberas abandonadas, balcones colgando, plantas raras, edificios en ruinas que surgían en mitad de los campos.

El coche penetró en el corazón de Berlín. Mujeres con pañuelos en la cabeza numeraban piedras.

Brecht había salido de Alemania el 28 de febrero de 1933. Por entonces había estandartes y cruces gamadas en todas las calles... Hoy era 22 de octubre de 1948. Habían transcurrido quince duros años. Hoy los coches oficiales adelantaban a gran velocidad camiones soviéticos y apenas se veía algún que otro transeúnte mal vestido.

Brecht bajó el cristal y le pidió al chófer que parase. Se apeó, encendió un puro y se quedó contemplando aquellas ruinas. Había un vasto silencio, paredes blancas, ventanas renegridas, innumerables edificios derruidos. Sol de atardecer, viento; muchas curiosas mariposas; piezas de artillería desmanteladas; un blocao.

Brecht se sentó en una piedra, oyó al chófer decirle que si los empresarios echaran una mano podrían reconstruir la ciudad más deprisa y pensó que habían sido precisamente los empresarios los que la habían echado a tierra. Subió de nuevo al coche, largas sombras de tabiques caían dentro como cuchillas.

Kilómetros de escombros, de cristales rotos, de carros blindados, de barreras, de soldados soviéticos junto a caballos de Frisa y alambradas. Ciertos edificios parecían grutas. Cráteres, enormes extensiones de agua, más ruinas, descampados, descampados inmensos, en los cuales a veces, reunidas en torno a una parada de tranvía, se veían algunas personas.

El personal del hotel Adlon lo esperaba asomado a las ventanas.

En la gran habitación Brecht se quitó la gabardina, la chaqueta. Se dio una ducha, eligió una de las camisetas que llevaba en la maleta. Cuatro pisos más abajo lo esperaba la tierra alemana.

Se pronunció un discurso de bienvenida en el salón del hotel. Mientras le agradecían su presencia allí Brecht se quedó medio dormido; pensaba en un cuento alemán muy antiguo que había leído en el instituto de Augsburgo y del cual se había acordado estando en California. Una criada advirtió un día que un duendecillo doméstico se sentaba a su lado junto al fuego, le hizo sitio y desde entonces pasaban en amor y compañía las largas noches de invierno. Un día la criada le pidió a Heinzchen (así llamaba ella al duendecillo) que se mostrara bajo su verdadero aspecto. Heinzchen se negó, pero luego, ante la insistencia de la mujer, aceptó y le dijo que bajara al sótano, que ahí se le mostraría. La criada cogió un candil y al bajar vio, dentro de un tonel abierto, el cadáver de un niño inmerso en su propia sangre. Muchos años antes la criada había dado a luz secretamente a un hijo, lo había degollado y lo había escondido en un tonel.

Para sacarlo de su modorra, o más bien de su meditación, Helene Weigel le dio a Brecht unos golpecitos en el hombro. Brecht se enderezó, puso buena cara y pensó que Berlín era un tonel de sangre, que Alemania, desde su adolescencia, en plena guerra del 14, era también un tonel de sangre y él el espíritu de Heinzchen.

La sangre había corrido por las calles de Múnich y la Alemania moderna había llegado a derramar tanta como en los viejos cuentos germánicos. Él había vuelto al sótano y ahora quería salvar al niño, educarlo, lavar con agua fría aquella sangre que había aún sobre las losas del sótano. Eso es lo que había hecho *Goethe* con su Fausto,

Heine con su *Alemania*, la mancha era más extensa que nunca; la madre Alemania estaba medio asfixiada.

Por las ventanas veía a mujeres calzadas con grandes zapatos que numeraban piedras. Ya no había calles, sino carreteras y nubes.

Más tarde, en un salón del club de la Liga Cultural, Dymschitz pronunció un discurso breve e inteligente.

Brecht, divertido, observó a Becher, Jhering y Dudow. Vaya trío gracioso y mal avenido, pensó en medio del humo de su puro. Allí delante tenía a los encargados de guiar a Alemania del Este hacia las concepciones grandiosas de la fraternidad artística. Dos de ellos habían sido amigos de juventud. Ahora eran «camaradas».

Imaginemos a tres hombres con gabán oscuro, camisa blanca y corbata de lunares; imaginémoslos en el salón de La Gaviota, vestidos con trajes hechos de un espantoso algodón soviético. Dymschitz estaba leyendo tres hojas grises. Se mostraba refinado como un profesor de universidad que, nombrado rector, guarda la línea para seducir a las jovencitas.

A su lado estaba Johannes Becher. Él no había cambiado. Gafas redondas con lentes de miope: seguía teniendo un aire tierno y afable. Becher se acordaba de cuando Brecht era un joven delgado, descontentadizo, siempre con sombrero y un puro en la boca. Lo recordaba con los pies en una silla, leyendo o, mejor dicho, arrugando periódicos berlineses, satisfecho de haber ganado muy rápido mucho dinero con *La ópera de cuatro cuartos*; por entonces aprendía «economía de guerra» en un librito azul de tapas duras, se paseaba con dibujos anatómicos, quería comprar un hacha para abrirles la blanda cabeza a los dirigentes de los grandes teatros berlineses. Corría detrás de los tranvías, se subía a los tejados de los teatros con una bailarina de cada brazo. Pensaba dar al público luchas sociales formidables. ¿El problema? Aún no había tenido tiempo de leer a Marx, pero creía a machamartillo en el marxismo por considerarlo un inmenso venero de ideas para comedias. Y Becher, en realidad, mientras Dymschitz leía su discurso de bienvenida, se preguntaba si el viejo Brecht llevaría hoy un hacha escondida en el abrigo. Romperles la crisma a los escritores oficiales de la RDA...

Johannes Becher, nombrado alto responsable cultural en la zona, pensaba en el abrigo de piel impecable que Brecht gastaba de joven. Y se preguntaba si su propia piel se le habría vuelto lo suficientemente dura como para enfrentarse a los «camaradas» expertos en opiniones marxistas, los «especialistas» que dirigían la temible Unión de Escritores.

También Helene Weigel recordaba a Becher. Lo que para ella había cambiado en Johannes era la espalda: recta, le daba el porte digno de un oficial. En otros tiempos lanzaba huesecillos de cereza a las cabelleras de las actrices, perezosamente tumbado en una hamaca. «Yo me entenderé mejor con Becher que Brecht», pensó Helene.

Más pálido, la cara tirando a redonda, lisa, la mirada escrutadora, ser aparte, lúcido y refinado, Herbert Jhering leyó un discurso breve. Repasaba las hojas y leía

su letra pequeña y redonda con cortesía y distancia. El discurso abundaba en latiguillos gratos de escuchar.

Brecht recordaba que antaño leía las críticas teatrales de Jhering como diagnósticos de un médico al que tuviera en gran estima. Ya por entonces Jhering era el más valorado y temido de los críticos.

Envejecer le había dado aspecto de diplomático. Su mirada, sin embargo, había perdido vivacidad. No había tenido que esperar mucho para ser desnazificado. Faltaban inteligencias de su talla capaces de poner nuevamente en pie una política de educación popular. Mientras le daba la enhorabuena a Brecht en una lengua resplandeciente, el ambiente en la sala se mantuvo frío. Con su voz empañada, queda y calma dio fin al discurso, alargó la mano y se la puso a Brecht en el hombro para recordarle que estaba con él desde los inicios. Con aquella mano tocaba la sagrada esencia de una juventud compartida. Se pronunció otro discurso.

Helene Weigel, que estaba escuchando con aire pensativo y algo cansado, ladeó la cabeza hacia Brecht y le murmuró al oído:

—¿Quién es aquel gordo, el del sombrero en la mano?

Señalaba a un hombre corpulento, de frente despejada y sudorosa, que llevaba una chaqueta estrecha y mal abotonada y unos enormes gemelos de tienda barata en los puños de la camisa. Se había cuadrado como si estuviera viendo allí mismo a la mismísima Virtud alemana brillando cegadoramente.

—¡Dudow! ¡El granuja de Dudow! —contestó Brecht.

También él, Slatan Dudow, había trabajado en Berlín en los años veinte, también él había sido un compañero de aquella edad de oro. De la Gran Juerga, del milagroso Berlín de las chicas fáciles, de los placeres prodigados a manos llenas por el dinero fresco que salía de las cajas de unos teatros al borde de la ruina.

Aquel búlgaro había trabajado en el guión de la película *Khüle Wampe*, hacia 1926 o 1927. En 1932 había conducido a Brecht por un Moscú ya vigilado por la policía. «Debe de hacer el trabajo artístico conveniente y esperado... Probable reblandecimiento cerebral... Debe de ser el primero en la carrera de la coba política...», pensó Brecht.

Brecht sonrió a Dudow. Hubo una salva de aplausos cuando Becher abrazó a Weigel y a Brecht.

Sirvieron vino blanco.

Más tarde, en el Adlon, sonó el teléfono —un enorme y antiguo aparato que parecía proceder de los excedentes del ejército soviético—, pero fue Helene Weigel quien contestó. Todo el mundo quería ver a Bertolt: Renn, Becker, Erpenbeck, Lukács.

Un botones trajo una bandeja cubierta de telegramas de felicitación. Tras el humo de su puro Brecht tenía una mirada plácida e irónica.

Cayó la noche.

Brecht permaneció sentado a solas en su cuarto. Estaba mirando su nuevo

salvoconducto.

Los servicios meteorológicos del ejército soviético estaban instalados en un antiguo palacete de la Luisenstrasse, no lejos del club La Gaviota al que todos los representantes oficiales de la cultura acudían a hablar, leer periódicos e intercambiar noticias. Al otro lado del solar había cuatro barracones de la administración militar soviética en los que se agrupaban un despacho de visados, varias oficinas de Radio Moscú y otros servicios anexos que amontonaban sin cesar gruesos legajos de informes traídos en camiones desde el antiguo Ministerio de la Luftwaffe.

Provista de su citación, María Eich entró en el segundo barracón, el que tenía las ventanas enrejadas, y abrió una puerta de madera con cristal. Se encontró en un pasillo iluminado por unas débiles bombillas en el que había varios carritos cargados de viejos números de la revista *Signal* y de carpetas desgastadas con etiquetas de cuaderno escolar escritas en caracteres cirílicos y tinta violeta.

María avanzó. Iba vestida con un impermeable gris. Pálida la cara. Por una puerta entreabierta se veía a una mujer que, en un austero traje gris y peinada con moño, hojeaba unos papeles.

—¿El despacho de Hans Trow, por favor?

Sin decir una palabra la mujer se volvió hacia María y señaló el final del pasillo.

Dos ventanas con tupidas rejillas. Dos soldados soviéticos se apartaron para dejarla pasar. Viejos mapas y planos de Berlín provenientes del ex Ministerio de la Luftwaffe, puertas con curiosos cerrojos de acero, tableros de contrachapado puestos contra tabiques cubiertos de garabatos a lápiz de carpintero: todo aquello denotaba trabajo, improvisación, pobreza, a la luz insuficiente de simples bombillas que colgaban de cables retorcidos sujetos a clavos.

Al entrar en el cuarto, iluminado tan sólo por la ventana enrejada, vio a una chica que, subida a una escalera, sacaba carpetas de un cesto de la ropa y las colocaba en un estante.

Hans Trow, con un jersey de cuello alto, rubio, de aspecto deportivo, hojeaba unos informes escritos en ruso y se masajeaba el cuello. A ratos anotaba alguna página con ademanes rápidos y precisos. Olía a cola, a tapas reseca. La chica de la escalera bajó y al pasar junto a María la miró atentamente a la cara.

Hans le tendió la mano.

—¿María Eich?

—Sí.

Hans acercó una silla y la colocó de modo que María quedara de cara a la ventana y él la viera a contraluz. Cuando despidió a su ayudante empezó a hablar en un tono entre indolente e irónico:

—Me llamo Hans Trow. Me encargo de la circulación interzonal de personas.

Levantó una pila de boletines de información económica, sacó de debajo un

expediente encuadernado en tela y se puso a hojearlo. Dentro había, grapados, folios escritos a máquina y hojas arrugadas de papel carbón.

Hans Trow se levantó y fue a apoyarse en la parte delantera de la mesa, donde se quedó inmóvil y sonriendo.

A continuación alzó lentamente la vista y, echándose un poco hacia atrás, se puso a observar a aquella chica de rostro encantador. Advirtió que llevaba el pelo bien lavado y su tez era pálida, pero sobre todo que movía mucho las manos. A Hans Trow no le resultaba nada agradable poner a aquella joven en una situación violenta. Pensó que para ser una actriz aquel cutis era sorprendentemente claro. ¿En qué estaba pensando, pues, María Eich? Su aire modesto y un tanto triste chocaba a Hans, pues no casaba con lo que decía el expediente llegado de Viena, según el cual era una actriz brillante y con clase, «llena de fuerza y muy propensa a la vida mundana». Cogió por último una carpeta de tela beis, sacó un lapicero de madera marrón de un cajón y sin afectación ni ironía dijo:

—María Eich es un bonito nombre.

Y mientras hojeaba las páginas del expediente haciendo con el lápiz crucecitas al final de alguna frase escrita a máquina, no habló más alto. Por su parte, María Eich contestó a una primera tanda de preguntas sobre su infancia, su pasado vienés y los comienzos de su carrera preguntándose a su vez por qué aquel oficial de información hablaba con una voz tan monótona, sin acelerar ni ralentizar el ritmo. Su cortesía algo desgana le parecía inquietante. Cuando le preguntó por qué era la «protegida» de alguien tan importante como Dymshitz advirtió en su voz cierto eco burlón.

—Es usted su protegida —repitió Hans—. Su protegida... El camarada Dymshitz dirige toda la sección cultural... Usted conoce a Dymshitz desde hace cinco meses... ¿Dónde lo conoció?

Durante el interrogatorio, María tenía la impresión de que aquel oficial, que se había presentado (igual que dan un taconazo en los cuarteles prusianos) con el nombre de Hans Trow, disponía de pruebas más que suficientes para demostrar la complicidad de su familia con los círculos nazis de Viena, pues tenía a la vista los carnets del partido nacionalsocialista de su padre, Friedrich Hieck, y de su marido, Günter Eich. Mientras repasaba las páginas del informe, Hans Trow le había ido dando detalles de la precaria situación de su padre, refugiado en España, y de su marido, que vivía en Portugal bajo una falsa identidad que los servicios de información de Alemania Oriental conocían a la perfección.

Tras haber hablado largo rato de la suerte corrida por su padre y su marido, a los que tildó de «tarados nazis» dignos de ser recluidos en un «manicomio», Hans, con una mirada franca, limpia, directa, le propuso lo que llamaba «una garantía general para el futuro».

En un tono muy tranquilo le propuso que, en lugar de jugar a aquel juego de preguntas y respuestas (Hans tenía todas las respuestas en aquellos papeles), trabajaran para «cambiar la historia» del país. Y acto seguido habló de nacionalidad,

derechos, paga, protección médica, aprovisionamiento, alojamiento decente y promoción artística. Como esos jugadores de casino de las películas que apuestan todo el dinero que les queda al rojo, María no pudo por menos de aceptar. De no hacerlo, se vería obligada a huir por puentes, calles, barreras y parapetos hasta llegar al sector occidental, sólo para ver cómo unos oficiales estadounidenses le arrojaban a la cara un montón de pruebas abrumadoras sobre el pasado nazi de su padre y de su marido. Su situación sería aún más precaria en la Alemania Occidental; del cuartel la mandarían a algún espantoso teatro castrense y no tendría el apoyo ni la protección de nadie. No podría ofrecerle ninguna seguridad a su hija, estaría siempre bajo sospecha, observada, vigilada, y quedaría a merced de los proxenetes. Se imaginaba un sinfín de tentativas de corrupción. ¡Cuántas humillaciones otra vez! Se veía sin dinero y con su nombre cubierto de ignominia, mientras que allí Dymschitz, el responsable cultural de la zona soviética, era su «amigo». Se oyeron unos agudos ruiditos del mechero con el que Hans Trow jugaba tras haber encendido un cigarrillo. En medio del humo lo oyó afirmar:

—Usted ha sido amante de Dymschitz.

María se enredó un mechón de pelo en el dedo índice.

—¿Quiere usted saberlo? No, no me he acostado con Dymschitz...

—Bueno, bueno, bueno —carraspeó—. Ya llegará...

En ese momento entró en el despacho un hombre de unos treinta años, rechoncho, con el pelo untado de brillantina, el cuello de la camisa arrugado y un chaleco de los de antes al que le faltaban botones. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo de cuadros y saludó vagamente a María con un murmullo, como se hace al dar el pésame. Buscó una silla y la encontró detrás de unos cuantos expedientes relativos a la concesión de carbón y a la reutilización de guantes y botas almacenados.

Con su traje arrugado y su corbata negra —una tirilla anudada a un cuello gastado y de blancura dudosa—, el hombre al que Hans Trow presentó como Théo Pilla, su ayudante, parecía un portero de hotel berlinés de preguerra. El pelo grasiento le daba el aspecto de un muerto recién sacado del agua. En tono desencantado y sin fijarse en la visitante, Théo Pilla murmuró:

—Las eternas conversaciones sobre el trigo y el carbón con los dirigentes de la CVJM, la Christlicher Verein Junger Männer, empiezan a cansarme...

Sacó un papel azul arrugado del bolsillo y, mientras lo estiraba carraspeando, dijo:

—¿Conoces tú a este Dietrich Papecke?

—No —dijo Hans, molesto por la interrupción.

—Tendré que hablar con él, no vaya a cavar otra vez las patatas en lo de Schwerin.

Perplejo, Hans tamborileó con un dedo e hizo las presentaciones:

—Théo Pilla, María Eich...

—¿Es usted la actriz?

—Sí —dijo María.

Théo observó un momento a aquella mujer menuda que se había echado castamente un pañuelo por encima del abrigo y tenía el pelo deliciosamente rubio y rizado. Aquella guapa mujer ocultaba sin duda su inquietud tras una frialdad ansiosa y Théo se sintió violento. Mientras Hans hablaba, él metió un trozo de cartón por debajo de una ventana que dejaba pasar el agua y secó luego las chorreaduras con un faldón de su chaqueta.

—No tiene usted, pues, relaciones privilegiadas con él —continuó Hans—. Usted sabe que lo sabemos. Con lo sola que está...

—Se equivoca, yo no me siento sola.

—Pero...

—No, nunca estoy sola.

—¿Cómo?

—Es la pura verdad —añadió María—. Yo nunca me siento sola, ¡nunca!

Hubo un momento de incertidumbre. Hans Trow contuvo la sonrisa y se preguntó cómo entrar en contacto con ella, cómo romper su preciosa coraza de orgullo.

—¿Sabe usted por qué ha sido llamada aquí?

—No.

—Nuestra idea podría formularse así: tenemos que reconstruir este país con gente de fe. No podemos permitirnos volver a Weimar...

Gradualmente fue dejando de llover hasta que sólo se oyó gotear un canalón. Théo Pilla, que ponía maquinalmente en orden unos tampones de caucho, dijo:

—Nosotros no somos vengativos. Al contrario, pensamos que la nueva Alemania debe alcanzar la madurez, afirmar nuevos principios, y queremos que la gente de teatro muestre una inquietud política, comprenda nuestros intereses, defienda los elementos positivos frente al tinglado reaccionario que nos rodea. ¿Entiende usted?

—Las mentalidades, el control de las mentalidades... ¿No lo ve? —terció Hans—. Eso es lo que usted desea y lo que desea el camarada Dymshitz... ¿no?... La liberación de Alemania... Esa liberación ha venido por vía militar, pero hoy es un asunto político... Depende de usted, de nosotros...

Théo fue a sentarse junto a María.

—Estamos construyendo la verdadera Alemania. En ella no habrá gente sin trabajo ni humillada, no habrá provocaciones ni denuncias, aunque hay que andarse con ojo. Usted será una militante, será de los nuestros. No queremos reconstruir una Alemania militarista... En la otra Alemania, la mitad de los nazis criminales están preparando la venganza... ¡Comen ya *bretzels* bien calientes con los generales norteamericanos y querrán sin duda pedir justicia con el delantal de carnicero puesto! En nuestro sistema necesitamos una vanguardia que influya y eduque a nuestros camaradas, los haga puros de corazón, dé trabajo, pan, dignidad... Tiene usted que ayudarnos... Como tendrá que escuchar a Brecht. Será usted su confidente. ¡Vaya si acabaremos sabiendo quién es!

—¿No se fían ustedes de él? —preguntó María desconcertada.

—En realidad no tenemos absolutamente nada en su contra. Sólo nos gustaría saber... y acabaremos sabiéndolo, quién es. ¿Es un verdadero «camarada»? Eligió Estados Unidos...

Théo se interrumpió y sacó un horrendo purito.

—Tiene usted una hija en Berlín Occidental...

—Lotte vive de momento con su abuela.

—¿Dónde?

—En el sector norteamericano, al otro lado de Charlottenburgo.

—Sí, tengo la dirección. ¿Por qué está en la zona occidental?

—Lotte padece asma. Los norteamericanos tienen buenos medicamentos... contra el asma.

—Entonces bien está —dijo Hans—. Usted podrá ver a su hija cuando quiera.

Abrió el armario empotrado y de una caja de tizas sacó dos documentos. Un salvoconducto de cartón gris con una raya de color rojo claro y un recibo para firmar.

Cuando María firmó el recibo con el bolígrafo de Hans, Théo dijo:

—Ahora forma usted parte de nuestra familia.

—Tendrá un alojamiento y un camerino privado en el Deutsches Theater —añadió Hans.

—Tenemos que saber quién es Brecht... Qué piensa.

María alzó sus ojos pálidos, confundida.

—Pero... Pero...

—Basta con que esté usted cerca de él. Verá como Brecht irá a verla por las noches a su camerino, no tiene más que abrirle la puerta... A veces deberá escucharlo, otras preguntarle cosas. Sabrá usted que ahí enfrente los norteamericanos están preparando de nuevo la guerra. Queremos saber quién es Brecht... Ha pasado tanto tiempo en California... Hace tanto tiempo que dejó Alemania... A saber, a saber quién es. Es un gran hombre, pero ha podido cambiar. ¿Es su figura tan importante, está su grandeza espiritual a la altura de la tarea que queremos encomendarle? Eso es lo que queremos saber. Y usted nos ayudará.

—¿Por qué yo?

—Todo el mundo debe tener su cometido en nuestra nueva sociedad para evitar que los horrores nazis se repitan. La guerra sigue, María Eich...

—No hay nada malo en vivir cerca de un gran hombre —dijo Théo encendiendo de nuevo el purito.

—¿Hay alguien en su vida? —preguntó Hans.

—Nadie.

—Bien.

María inclinó la cabeza en señal de perplejidad.

—Si quiere usted café, azúcar, leña, mantas, carne, cubiertos de plata, un bonito lavabo, pídale...

Théo dejó el lápiz.

—No puede usted ser una persona inútil en nuestra sociedad. «Corazones ardientes y puros» —repitió Hans Trow—, eso es lo que nos hace falta.

—Con buena voluntad todo se arregla —añadió Théo Pilla.

Antes de que María saliera por la puerta del despacho, Théo Pilla le dio una dirección en Schumannstrasse para que fuera a hacerse una radiografía pulmonar. Con la tuberculosis, la falta de leche y carne, la miseria que había...

Al día siguiente, cerca de un canal, guarecidos de la tormenta bajo un inmenso tilo, el oficial Hans Trow informaba a María de las nuevas circunstancias geopolíticas a las que la partición de Alemania y el lamentable rearme inminente de Alemania Occidental habían dado origen. Sacó un documento oficial escrito en inglés, una copia confidencial de las actas del seminario celebrado en el monasterio de Himmelrod, en la región del Eifel, seminario durante el cual una serie de exoficiales nazis habían planeado lanzar una ofensiva «de defensa» de la RFA sobre la zona soviética...

—Una ofensiva de defensa... ¿Se da cuenta, María? —dijo Hans—. ¡Todo el mundo en Berlín va desharrapado! En lugar de carbón lo que se echa a los pocos braseros que arden son simples tablas arrancadas de los *parquets* de los antiguos ministerios del Reich. Todo lo relativo al carbón, al combustible, al transporte y la llegada de alimentos de primera necesidad depende de los rusos. Nosotros mismos dependemos de ellos. Es Moscú quien decide.

—¿Decidirá también Moscú sobre nuestro teatro? —preguntó María.

—¿Por qué pregunta eso? Es lo que trae nuestra grande y nueva fraternidad —respondió lacónicamente Hans Trow.

Sentado en el banco junto a María, Hans parecía un atento profesor enseñándole a su alumna que el mundo estaba dividido en buenos y malos y que el campo de batalla se hallaba dondequiera que ella estuviese. María tenía que convencerse de que se encontraba en el mejor bando, no podían dejar que el país volviera a caer en manos de un hatajo de criminales y ella debía tomar parte en el combate.

—No hay que tener miedo —añadió él—. Los artistas fueron en grandísima parte responsables de la instauración del nazismo. Tuvieron miedo de las bravatas de los SA en la calle, se rindieron y se quedaron en sus camerinos maquillándose... ¡Una generación de marionetas! Pero usted no lo será, María...

Hubo un silencio y Hans, como improvisando una confesión, murmuró:

—Hemos sido siempre prisioneros del pensamiento burgués. Eso va a cambiar...

Hans le explicó también que Berlín Oriental era el objetivo de una serie de acciones militares.

De ser una simple artista militante a convertirse en un nuevo miembro de la Seguridad del Estado no había más que un paso. Y María lo dio.

Sintiendo que su futura recluta era un «corazón ardiente y puro», Hans Trow le echó el impermeable por los hombros y sonrió. La dejó en el club La Gaviota.

Al entrar en el comedor del club La Gaviota, María Eich lo observó todo con curiosidad. Vestida con su largo abrigo negro con cuello de astracán, se dirigió hacia la mesa del maestro. Brecht parecía un campesino rico que acabara de dejar la gorra colgada en la rama de un manzano.

Disfrutaba de su puro cerrando los ojos. Escuchaba a Caspar Neher, su fiel escenógrafo, el más viejo y leal de sus amigos —se habían conocido en el instituto de Augsburgo en 1911 y ya no se habían separado—, «Cas», como Brecht lo llamaba, que estaba en ese momento enseñándole fotografías de la puesta en escena de *Antígona*, en Coire, Suiza. Biombos forrados de tela roja, accesorios y máscaras colgados de un perchero, una impresión de vacío y luz plana. Brecht prestó especial atención a los cráneos de los caballos hechos de pasta de cartón.

—Iluminación directa y uniforme.

Cogió dos fotos en las que la parte del escenario correspondiente a los bárbaros se veía en penumbra.

—No, ¡más directa, más uniforme!

—Tras los cráneos de caballos y los postes es mejor que esté oscuro —dijo Caspar Neher.

—No. Una luz fría ayudará a los actores...

Caspar Neher señaló con el dedo índice el círculo brumoso que quedaba detrás de los postes.

—¿Y aquí?

—Demasiado crepuscular ya —observó Brecht—. El público no tiene que preguntarse nada más que lo que se pregunten los personajes en la obra. Cas, esa luz crepuscular que impide ver la tela del fondo debes suprimirla. La tela se tiene que ver. Nada de agujeros negros. Nada de fantasía. Luz fría y cruda. Con toda esa penumbra la gente podría pensar que habrá crímenes, intrigas, gente emboscada. Que a alguien van a rajarle el cuello o que va a moverse un bosque. ¡No!

Brecht se volvió hacia María y apeló a su testimonio:

—¡Los actores del teatro del Globo de Shakespeare no tenían más que la fría luz de los atardeceres londinenses!

La luz lateral de una ventana bañaba la parte superior de su rostro. Hablaba con un acento bávaro, que sonaba lento y cascado.

Recrear el futuro teatro le traía a la memoria todo lo bueno que había vivido en Berlín durante los años veinte, la época de su consagración y del sonado éxito de *La ópera de cuatro cuartos*.

—Fijaos en la calle —prosiguió, sin dirigirse a nadie en particular, como si no hubiera oído lo que Neher había dicho—, está tan cerca que mucha gente ni la ve, la calle, la calle... —Y volviéndose hacia María añadió—: Para conocer el teatro no

hace ninguna falta la poesía. Basta con no perder el contacto con la calle. ¡Calles pobres, ricas, calles vacías, llenas!

Luego, en el coche, Brecht anotó unas cuantas cosas. Tenía la impresión de que todos los berlineses habían envejecido. Su mano tiembla, la ciudad pasa, las escapadas por el canal, cristales de fábricas rotos, paredes en sombra, vertederos. El coche, los transeúntes, las avenidas, las estaciones desoladas, todo recuerda a muertos.

—Para salir a escena deberías maquillarte más ligeramente, más a lo chino. Y no dar tanta expresión a tu rostro. Ya te lo explicaré...

Llegaron a la Schumannstrasse, cerca de la sala de ensayos. El Stayr negro se detuvo ante el portal de lo que había sido una clínica.

Alguien —Caspar Neher— sacó una Leica. Entraron en un antiguo patio abovedado al que apenas daba luz una galería de cristales rotos. El grupito se juntó —Brecht al lado de María— y se quedó quieto para la foto de familia. El follaje parecía cincelado en la bruma dorada. Sensación de espacio cálido. Momentos de flotar en grupo. Vértigo súbito. Velocidad de rotación del planeta medio muerto, velocidad que trae las doradas riberas del pasado, las travesuras de las generaciones idas.

—Os presento a mi próxima *Antígona* —dijo Brecht—. ¡María Eich!

Helene Weigel se acercó a María con una cara tan inexpresiva como una tapia blanca y afirmó:

—Una vienesa como yo.

Joven, sana, pensó. Un cordero para el lobo. Un aire coqueto, la nariz picarona de las jovencitas que aceptan con desgana los cumplidos de los hombres. Ella tiene un precioso pelo suelto, yo lo tengo gris. ¡Ella es joven, y yo vieja! Una aventura más que será pronto despachada... No durará mucho.

—¡Ensayo el lunes! —dijo Helene secamente.

Durante tres días, Brecht presentó a María a todos los que veía:

—¡He aquí a *Antígona*! Se llama María Eich...

Escombrera. Berlín parecía una playa desierta. Una noche, en el café Berndt, Brecht se sacó un cuaderno del bolsillo y con un portaminas trazó un círculo y unos curiosos palotes. A continuación, sobre un posavasos, dibujó unos cráneos de caballo.

—Éste será el escenario de *Antígona*.

Rayó el interior del círculo.

—Usted actuará aquí. Los demás actores se sentarán en unos bancos. Aquí.

Y luego, al volver de los lavabos, sentado de nuevo, garabateó otro dibujo, peludo, obsceno. El tipo de dibujos que se ven en las puertas de los váteres.

Se echó a reír.

Al día siguiente subieron por la Charitestrasse. Brecht caminaba a paso cansino, la acera le pertenecía. Parecía un campesino camino de su finca. De pronto se sentó en un banco. Le cogió la mano a María y se la apretó. El sol proyectaba la sombra de Brecht sobre la pared de ladrillos de un alto edificio cochambroso. Su silueta se veía

plúmbea. Se quitó las gafas para limpiárselas con el pañuelo. María cogió gafas y pañuelo y empezó a hacerlo ella. Le vio entonces la fatiga, los ojos algo enrojecidos, unas ojeras que denotaban quizás alguna enfermedad cardíaca o simplemente que estaba haciéndose viejo.

—Todas las Antígonas hechas hasta hoy son cosa del pasado. Usted será la primera que hable de nosotros... sin caer en ningún helenismo estético y pequeñoburgués. ¿Cómo enterrar a nuestros hijos alemanes? ¿Cómo?

María no sabía de lo que estaba hablando.

Mientras María se familiarizaba con las salas de ensayo del Deutsches Theater, mientras se arreglaba el apartamento y asistía a todas las comidas que Brecht y los actores organizaban en el club La Gaviota, Hans Trow, por su parte, se enfrascaba noche tras noche en el examen de los expedientes que le enviaba el centro de Moscú. Subía al último piso del edificio, recorría un pasillo que iba estrechándose y entraba en una especie de buhardilla cerrada con un candado cuya llave él era el único en poseer. Dentro, paredes empapeladas y con manchas de humedad, yeso que se caía, una vieja estación de radio, pilas y pilas de expedientes en ruso que Hans traía y llevaba, abría, repasaba y volvía a guardar en un armario metálico.

Durante noches enteras, Hans Trow se sentaba en el taburete y consultaba, ordenaba, hojeaba, anotaba y prendía con alfileres aquellos documentos remitidos desde Moscú. Constituían un enorme material sobre las costumbres de Brecht, sus amigos, su muy particular interés por la lucha de los científicos nucleares contra el Estado, el hecho de recibir dinero de un banco suizo que era también el del cineasta Fritz Lang, de recortar páginas de revistas en las que se hablaba de la reforma agraria en la Unión Soviética, la meticulosa vigilancia que ejercía sobre las corruptas burguesías europeas que habían colaborado con la Alemania nazi, su curiosa fascinación por todo lo que tuviera que ver con la energía atómica, la inquietante vehemencia con la que combatía la supremacía militar, tanto en la Unión Soviética como en Estados Unidos, así como —esto hacía sonreír a Hans Trow— sus comentarios lúbricos sobre las actrices norteamericanas, el cómputo de las proezas sexuales de su amante sueca, Ruth Berlau, que había acabado alcohólica...

Todo eso estaba guardado en una caja fuerte cuya combinación sólo Hans Trow conocía. Así, en unos meses de noches en blanco, Hans había acabado sabiéndose al dedillo la vida de Brecht en sus diferentes exilios. Su primera época pasada en Dinamarca, en Lindigo, en una bonita casa de techo de paja, cuando todavía era un ser eufórico, optimista, jactancioso, que llenaba sus cuadernos con juicios idiotas sobre «la cuadrilla de Moscú» porque los grandes teatros soviéticos representaban a autores que no le gustaban con montajes que él calificaba de «tristes chapuzas». Había tenido luego que trasladarse a Suecia, después a Finlandia, a una casa entre abedules, donde había vivido con el temor de que no le dieran el visado para Estados Unidos, pasándose noches enteras en vela con la radio puesta oyendo al locutor desgranar propaganda hitleriana mientras él ponía y quitaba las banderitas del frente sobre un mapa colgado en la pared.

Lo único que temía Brecht era tener que atravesar la Unión Soviética para llegar a Vladivostok. Su miedo obsesivo a ser detenido en Moscú era palmario y omnipresente: Trow estaba asombrado. El centro de Moscú lo describía como un hombre de teatro que profesaba un marxismo rudimentario. Todos aquellos papelotes

hablaban menos de un político que de un esteta, un artista fascinado por los dramas de gánsteres, las novelas policíacas, los comentarios de Lutero sobre el diablo, las modalidades de riego en la China antigua. De vez en cuando Hans Trow arrancaba una hoja y la metía en una cartera de piel que a la mañana siguiente se llevaba a su despacho de la segunda planta. Se la pasaba entonces a Théo Pilla, quien, con dos dedos, mecanografiaba el contenido de aquellas hojas en una máquina de escribir de carro largo que se había traído del antiguo Ministerio de la Luftwaffe. Elaboraban así informes para Becher, que éste le pasaba a Kubas, quien a su vez los remitía, no sin antes haberlos retenido tres días bajo el codo, al despacho del gran, inmenso Dymschitz, alto responsable cultural de toda la RDA.

En realidad, Théo Pilla escupía a la cara «a toda aquella farándula, a todos aquellos pajarracos teatrales poseídos por la idea de un arte revolucionario» que con tanto *Fausto* o *Ifigenia en Táuride* no harían sino «matar de aburrimiento a la clase obrera», por utilizar sus expresiones. Qué extraordinariamente contradictorio es todo eso, pensaba Hans Trow por las mañanas, mientras se duchaba en un edificio próximo al estadio, enfrente de los comedores. Curiosamente, Hans Trow nunca le confiaba a Théo Pilla las abultadas carpetas que, procedentes de Moscú, contenían los informes de los que habían hospedado a Brecht en Finlandia, ni los inverosímiles partes acompañados de fotografías borrosas que enviaba el FBI.

Hans Trow reunía y clasificaba asimismo los documentos que le suministraba una azafata británica. También había algunos que no guardaban una relación directa con Brecht, pero que el FBI había centralizado en Boston. Había muchas notas acerca de exiliados sospechosos de pertenecer clandestinamente al partido comunista, en particular Frantisek Weiskopf, que había sido miembro del PC checo.

Durante dos semanas Hans —floja la corbata— espulgó a conciencia todo lo referente a un tal Johnny R., que se había pasado la vida asistiendo a los cócteles y «fiestas» que daban los cineastas de Hollywood, sobre todo Charlie Chaplin y Fritz Lang. Haciéndose pasar por un ayudante en prácticas, lo cual no engañaba a nadie, se encerraba en los servicios y anotaba en su cuaderno cuanto oía sobre aquellos exiliados que se habían conocido todos durante la República de Weimar: Anna Seghers, la escritora comunista; el director teatral Erwin Piscator, que nunca había acabado de entenderse con Brecht desde la época de *La ópera de cuatro cuartos*, y Ferdinand Bruckner, que había traducido *La dama de las camelias* y en 1926 había trabajado con Helene Weigel en una obra de Hebbel.

Lo que hacía sonreír a Hans Trow al repasar aquellas notas era imaginarse a Fritz Lang, Brecht y Helene Weigel paseando Sunset Boulevard abajo. Y charlando en las terrazas mientras caía el crepúsculo, y viendo pasar interminables ríos de flamantes coches luminosos... Hans Trow cogió un cigarrillo, le dio una profunda calada y volvió a enfrascarse en el trabajo. Se figuraba a Chaplin y Brecht recorriendo el Pacífico. Las velas blancas de los veleros se deslizaban por el horizonte. De pronto se encontraban con Groucho Marx y se ponían a escuchar los resultados de la reelección

de Roosevelt mientras el sol trasponía el océano.

Allí, en Berlín, se hacía de noche, la ciudad azuleaba entre luces temblorosas. Hans cogió de la carpeta de «Exiliados» una última carta escrita a máquina y dándole largas caladas al cigarrillo la desplegó metódicamente. Pasó a una libreta todas las cifras de los considerables préstamos que Barbara, la hija de Brecht, tenía pedidos a banqueros norteamericanos. Acabó su jornada vaciando el cenicero en la estufa de carbón y pensando en los chistes antisemitas que circulaban, según el agente del FBI, entre los artistas. Apagó las tres luces del despacho, luego la del pasillo y al bajar la escalera saludó al ordenanza.

En la calle estaba lloviendo. La nieve se derretía.

Cuando acabó de mecanografiar el informe en su máquina de escribir de carro largo, el gordo Théo Pilla sacó la hoja del rodillo y releyó: «Sintiéndose culpable por haberse enamorado de un nazi que no servía para nada, María Eich se ha refugiado en el trabajo hasta comenzar a convertirse en la única y gran actriz del Deutsches Theater, como si buscara una especie de consolación en la actividad frenética».

Creó que había escrito así una muy sutil síntesis y procedió a comerse una empanadilla con mostaza. Se bebió además un par de vasos de cerveza, emitiendo suspiros de satisfacción. Colorado, húmedos los ojos, se puso a contemplar el crepúsculo. Desde la ventana podía ver los faros de los camiones que circulaban por el sector norteamericano. Para relajarse, cogió un número de *Neues Deutschland* y hojeándolo vio una foto en la que aparecía Brecht junto con algunos actores ante el Deutsches Theater. Un campesino como los de los cuentos de Grimm, pensó. Es capaz de cambiarte una oca tuerta por una vaca y hacerte creer que sales ganando.

Théo abrió su cartera negra y metió en ella los últimos números del *Neues Deutschland*, en los que se cantaban las excelencias de la juventud comunista, la punta de lanza de la nación.

Salió. Racha de viento cargada de lluvia, chopo azotado por el viento. Se volvió fantasmal en medio de un remolino de hojas; por las noches las ruinas se alargan y privan de sentido al mundo.

Después de comer un día en el club La Gaviota, Brecht llevó a María a visitar la villa del Weissensee. La residencia, perdida en medio del bosque, al borde del lago, estaba construida en estilo neoclásico y tenía un frontón griego, columnas, una escalinata y una marquesina sobre la que todos los inviernos se acumulaba la hojarasca podrida.

El Stayr negro circulaba por un camino lleno de barro.

Buscaron largo rato la llave entre las de un manajo y luego entraron.

Los sorprendió un fuerte olor a moho. Abrieron las contraventanas cubiertas de telarañas, caminaron sobre *parquets* cuajados de moscas muertas, subieron al primer piso por una gran escalera y atravesaron numerosas salas oscuras. Hablaban en voz baja, pasaban por las grandes estancias con el abrigo puesto, en el salón de abajo se sentaron un momento y por la ventana, a través de unos viejos visillos, contemplaron el ramaje de los árboles. De pronto María lo abrazó. Brecht se apartó:

—¡No me toques!

Y se quedaron uno frente al otro. Ningún pasado común. Lo que sucede ante nuestra vista no tiene absolutamente nada que ver con lo que sucede en nuestros corazones. Voy a dormir, caminar, vivir, dormir con este hombre, pensó María Eich.

Para ella, Alemania era un nuevo país, una serie de verdes colinas, bosques de abedules, carreteras ruinosas, nubes; para Brecht, era un país que había que reconstruir con dinero, un mundo en el que experimentar, el laboratorio de una revolución ideológica destinada a las nuevas generaciones. Ni uno ni otro tenía en común aquel país.

En una de las numerosas estancias vacías sumidas en aquella atmósfera gris hecha de polvo y sobremesa triste, Brecht se apoyó en una chimenea de mármol. La magnificencia sombría de aquella villa neoclásica, los dorados profundos y deteriorados de las viejas colgaduras y tapices le demostraban que Dymshitz y los demás habían decidido hacer las cosas a lo grande y tratarlo como el artista oficial del país.

María Eich estaba comiéndose una naranja y él se quedó mirándola; resultaba no poco turbadora. Veía cómo se echaba los gajos de naranja a la boca y pensó: Una indiecita solitaria. Seguro que en cuanto la desnudan corre a acurrucarse en el sofá. Se sintió como un suntuoso faquir y se dijo que estaba muy bien que hubiera tantas actrices de entre veinticinco y treinta años y uno pudiera confundirlas y tirárselas a todas.

Encendió un puro. Su generosidad consistiría en utilizar a María Eich para crear una estética teatral que la convirtiera en una de las actrices más interesantes del momento. Brecht no era muy honesto en la cama (la «piltra», pensó él), pero sí generoso en el escenario bien iluminado de los teatros, por eso haría de aquella preciosidad vienesa una magnífica *Antígona*. Aquella mujer era puro encanto, comerían juntos a la misma mesa, dormirían en la misma cama y nunca pensarían en lo mismo al mismo tiempo. Eso sería momentáneamente delicioso. Sonriente, liviana, rubia, la cara pálida, el encanto en persona...

Brecht dio unos pasos en dirección al vestíbulo. María se había quitado el abrigo y lo llevaba echado sin más por los hombros. También ella empezó a caminar; al final de un pasillo descubrió un viejo trastero. Dentro había platos de loza antiguos con relieves de espárragos, y en los cajones de una mesa de cocina encontró tenedores, cucharillas y, cosa rara, plumas de gallina, que parecía que un niño hubiera guardado allí en otro tiempo.

Brecht se detuvo ante una ventana y contempló los fresnos en silencio. El mundo había cambiado; de Alemania no quedaban más que ciudades reventadas y buena voluntad.

María se le acercó con un plato azul.

—Mira qué bonito...

—Muy bonito, sí —contestó vagamente Brecht.

—¿Quién vivía aquí antes?

—Antes ¿de qué?

—Antes de nosotros.

—¿Antes de nosotros? —repitió Brecht.

Encendió el puro.

—Seguro que unos cretinos nazis.

A María le hizo gracia aquel comentario. Bertolt Brecht estaba ya golpeando en el cristal para llamar la atención de alguien que pasaba por el jardín.

De pronto, en la sobremesa mortecina, María tuvo una sensación de podredumbre. Se veía inútil, desplazada, como un traje colgado de una percha. Oía palabras, veía objetos, pero todo en desorden, y si le hubieran preguntado cómo se sentía, habría dicho que como un ser que vagara por un mundo sin consistencia.

Brecht advirtió que estaba pálida. Tan frágil, tan desarmada la vio allí ante la ventana, que sintió un arrebato de ternura y mientras ella metía su zapato izquierdo en un rayo de sol, como para ver lo sólido que era, la abordó.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa?

Y le dio un beso en el cuello de la blusa.

—¡No está usted delante de un tribunal, María!

Luego se hicieron té en un viejo cazo que encontraron pegoteado de cal.

Brecht seguía con la gorra puesta. María se sentía superada por unos acontecimientos que la dejaban inerte. Brecht pensaba que había ido a dar con una actriz complicada. Sintieron frío. Se metieron en un café apartado que había no lejos de la estación de Friedrichstrasse, uno de esos locales melancólicos en los que sólo hay una mesa grande y redonda cubierta con un mantel inmaculadamente blanco. Aquella blancura parecía encerrar un mensaje secreto.

En el local, que se hallaba vacío, había una reconfortante estufa que ardía y zumbaba. Brecht sacó un bolígrafo del abrigo y un cuaderno y dibujó un círculo: ya estaba otra vez con su *Antígona*. María observaba cómo su mano dibujaba el escenario. En una ciudad destruida había una mano que dibujaba, separada de todo. Lentamente, el bolígrafo fue trazando unas líneas paralelas que resultaron ser postes; de pronto se detuvo en el aire y Brecht dijo:

—Caspar Neher sabrá dibujar los cráneos de caballos, a mí no me salen.

Apuró a continuación su café y sin esperar a que María se acabara el suyo dijo:

—Hemos quedado en el Deutsches Theater...

Fuera hacía un frío que pelaba pero María se alegró de no seguir en aquel reducido recinto que apestaba a humo de puro.

Desfiló una columna de camiones soviéticos; después, cruces de calles, un canal, sombras, carretas, un vertedero de escombros, enorme. La tarde caía poco a poco, un trueno —uno sólo— retumbó sobre la ciudad. Brecht detuvo el coche a la entrada de un patio que había quedado casi intacto. Ante un brasero se hallaban unas cuantas figuras con abrigo. Agitando un trozo de cartón, una mujer aventaba el humo acre y avivaba las brasas.

—Mira esa pobre gente —dijo Brecht—, ¡míralos, míralos!... Refugiados en su propio país, refugiados en sus vidas de mierda, casi extranjeros de sí mismos... Son alemanes, hablan mi lengua... No es nada, hablar una lengua tan bella, y no saben

hasta qué punto lo es... En mi teatro, por lo menos reconocerán su lengua...

Arrancó y continuó.

No lejos del puente de Glienicke había uno de los habituales controles, perfectamente inofensivo, a cargo de unos cuantos soldados soviéticos. Un suboficial tradujo del alemán al ruso lo que Brecht dijo y del ruso al alemán lo que él mismo decía. María no pudo por menos de pensar que el alemán traducido al ruso se degradaba hasta no ser sino un vocabulario de carceleros y matones. La mirada inquisidora de uno de los soldados, que inspeccionaba el interior del vehículo, el celo meticuloso que ponía el suboficial en comparar los papeles del coche con la matrícula, en lugar de molestar a Brecht lo pusieron de buen humor, como si se sintiera protegido por aquellos soldados policías. A María, sin embargo, aquel control le recordó otros, sobre todo el del día en que su padre entró en su camerino del pequeño teatro de Weiss y le arrancó la cadenita de oro y la cruz, una cruz que oscilaba.

Cuando a las doce y media de la noche de aquel día volvió a la gran villa de Bad Vöslau, su padre, presa de un ataque de histeria, se había puesto a registrar su habitación —levantando el colchón, tirando los cajones al suelo— en busca de una Biblia, de libros en cartón de canciones de Heine. Estaba harto, había gritado, de aquella hija «ca... ca... ca... católica», como «la beata de su madre», y cogiéndole la cara entre las manos la había obligado a mirarse en el espejo y le había preguntado a qué se parecía más, a una santa o a una puta. Y acto seguido, con un gran gesto teatral, había tirado un misal y un rosario por la taza del váter y había dicho que jamás toleraría que su hija se pasara la vida desgranando de rodillas parábolas en las cuales el género humano era tenido por un rebaño de idiotas dispuestos a dejarse llevar al matadero.

Sí, mientras los rusos revisaban sin ninguna prisa sus papeles, María pensaba en aquella crisis de histeria paterna, en el calendario que tenían colgado junto a la campana de la chimenea de la cocina, encima de un viejo radiador, calendario que tenía las festividades católicas furiosamente tachadas con gruesos trazos rojos.

En aquel padre que quería suprimir todo lo que le recordara al mundo femenino, las exhortaciones bíblicas, los llamamientos a la virtud y al bien. Cuando el coche pudo proseguir, Brecht le preguntó si le apetecía jugar al ajedrez. A ella no le apetecía en absoluto. Seguía recordando aquella salvajada de su padre, las dos horas que se pasó llorando en el cuarto de baño, como si la benignidad y solidez del mundo se hubieran ido junto con lo que su padre había tirado por el váter.

## 6

Después de los ensayos de *Antígona*, para estirar las piernas, Brecht caminaba a veces hacia el Márkisches Museum. Observaba las transformaciones del parque por el que paseaba, joven follaje ácido, caminos en sombra, ramas quebradas. Se decía que la transformación de la sociedad debía ser un proceso tan jubiloso como la de la naturaleza en cada estación.

Recordaba una carretera que a él le gustaba, en Svendborg, al sur de Dinamarca, cuyo firme resquebrajado conducía a una playa batida por el viento y a la enigmática belleza de las dunas. Eran los primerísimos años del exilio, entre 1933 y 1939.

Se cobijaba en un hoyo y masticaba una hierba. Pasaba una nube, amorataba una parte del mar; a lo lejos se oía el runrún de un autobús, luego volvían a pasar más nubes, muy lentamente, procedentes del Báltico; unas jóvenes mariposas retozaban y revoloteaban entre las aulagas; unas gaviotas chillaban en torno a un montón de plumas que el viento esparcía. El cielo, más vasto, límpido, anunciaba un cambio de tiempo...

Recordaba los primeros meses del exilio pasados en Dinamarca. Dos acontecimientos felices los habían marcado: la compra de una bonita casa con techo de paja frente a la playa del pueblo de Svobostrand y, sobre todo, el haber conocido a lo largo de aquel año a la despampanante Ruth Berlau, esposa de un rico industrial de Copenhague que había fundado un teatro obrero comunista. Fue una época de tardes entre pinos, de chillería de críos, de vasos alzados, de larga mesa de roble en la hierba, de «pueblos hermanos», de amigos artistas que volvían de Moscú, de canciones y brindis. Sobre la arena de Svobostrand había cantado acompañándose a la guitarra, se había bebido un aguardiente al pie de un ciruelo, le había levantado la falda a aquella soberbia morena, le había estirado con indiferencia del elástico del sostén.

Helene Weigel hacía compota de ciruelas o pasteles y se olvidaba de Ruth, a la que Brecht apretaba suavemente contra el tronco de un árbol. Entre olores a resina hacían el amor. Y al acabar conversaban. ¿De qué? De Hitler y compañía. En Berlín se hablaba de paz, pero bastaba con ver humear las chimeneas de las fundiciones *Krupp*, los miles de toneladas de hormigón que se vertían en plena naturaleza para construir carreteras, los talleres en los que se montaban las alas de los *Stukas*, bastaba ver todo aquello para saber que la guerra sería larga, a la medida del ardor literario de Brecht, que dejaba correr la pluma todas las mañanas al zumbante calor de una estufa. Escribía poemas-octavilla e inventaba cantos alemanes al son de la guitarra.

Ante aquella guerra, el carácter enérgico de Brecht, sus dichos graciosos, su apetito sexual, su manera de hacer rechinar el somier entre baño y baño, su chaqueta de piel negra, su camisa gris, sus paseos en coche por los vastos pastizales que bordeaban el mar, todo hacía de él un héroe.

Mientras Hitler echaba por la boca proclamas y salivazos y hacía marchar a su pueblo, Brecht, siempre más rápido, ponía a crepitar su máquina de escribir. Poemas-metralleta. Allí tenía por fin el gran combate: hacer que la lengua alemana, de una manera grandiosa, insólita, nunca vista, alzara la voz para abolir procesiones y desfiles, banderas y consignas nazis gritadas en estadios silenciosos.

Brecht, ya por la mañana, enjabonándose, con el torso desnudo, le decía a Ruth Berlau que la clase obrera debía unirse para luchar contra «aquella banda de criminales».

Sobremesa, fotos tomadas en la escalinata, al pie del ciruelo, ante la mesa del jardín. Con sus zapatos de tacones altos Ruth Berlau se iba al despacho del maestro mientras Helene Weigel se quedaba fuera quitando la mesa. Calada la gorra, con pinta y careto de golfo, Brecht hablaba. Y meaba sobre los rescoldos en un rincón del jardín. Igual que aquellas brasas extinguiría él el nazismo, con sólo abrirse la bragueta. Cosas así le gustaba decirles a las mujeres.

Y ellas, entre divertidas, inquietas y estupefactas, se preguntaban si el nazismo no sería la circunstancia, la ocasión que había estado esperando aquel hombre para demostrar de lo que era capaz su inteligencia.

A veces, por las noches, perdía la cabeza. Prorrumpía en carcajadas, abrumaba a invitados y familia con sarcasmos e ironías, fulminaba a su auditorio con la mirada, leía con voz opaca arengas, discursos obreros, un interminable texto sobre las necesidades de la propaganda, vociferaba para aplastar la santa misa nazi. Luego se escabullía por detrás de la casa, atravesaba la valla por un agujero y se reunía con Ruth Berlau, que lo esperaba en el coche con la blusa desabrochada.

La alegría telúrica, comunicativa, la pólvora y el fuego de sus poemas, ¿no podrían borrar del mapa a Hitler, al que él llamaba «el pintor de brocha gorda», y a su banda de badulaques? Lanzaba discursos escritos a máquina desde el tejado de paja de su casa, el viento los esparcía, las largas nubes tranquilas del Báltico los llevarían hasta la Unión Soviética.

El viento de su inspiración arramblaría con la pestilencia parda. Así de simple, así de inexorable y evidente.

Cuando regresaba al caserón helado de Weissensee oía a María, que andaba guardando ropa. Cuando luego se hacía el silencio, Brecht entreabría la puerta. María estaba durmiendo o haciendo como que dormía.

Brecht se preparaba una infusión en la cocina y volvía a su habitación, donde se estaba más fresco. Se echaba sobre la cama. La cortina con borlas, la chimenea de mármol, las galeradas de sus obras de teatro, sus notas sobre *Antígona* y *El cántaro roto*, de Kleist, los cuadernos, los lápices bien afilados. A escondidas, todas aquellas notas las había fotografiado escrupulosamente María para Hans Trow.

La lamparita arrancaba destellos brillantes del cabezal de madera de la cama, lacado en blanco. El sonido grave y profundo de una campana le recordaba que Svobostrand era casi una isla, inmersa irrevocablemente en su seriedad teológica...

A veces María llamaba a la doble puerta, o más bien era como si rascase. La cámara de fotos que utilizaba para espiar a Brecht, una Zirko, la dejaba escondida entre la ropa de una maleta.

Tras el increíble éxito de *Madre Coraje*, en enero de 1949, Hans Trow encargó a Théo Pilla que vigilara muy particularmente La Gaviota, el club soviético-alemán que era también la sede de las oficinas de Helene Weigel. Théo Pilla, como quien no quiere la cosa (eso creía él), preguntaba a las criadas, las cocineras, los pintores y hasta al cerrajero que engrasaba las nuevas cerraduras del despacho de Helene Weigel. Lo hacía sin ningún tacto, se guardaba en el bolsillo terrones de azúcar que permanecían ahí mucho tiempo, obligaba al fontanero a desmontar un lavabo porque creía haber visto a María deshacerse de papel higiénico en el que había cosas apuntadas a toda prisa.

Todo el mundo lo veía venir y desconfiaba de aquel pequeñajo moreno y macizo, ágil, que tenía a todas las mujeres de la limpieza en un puño con la amenaza de «revelar su pasado nazi al tribunal del Pueblo».

Hans se tomaba a risa a aquel hijo de un vendedor de botones de la Selva Negra que se había pasado media guerra encerrado en la cocina de un submarino que patrullaba el Atlántico. Théo no entendía nada de místicas políticas, pero como de adolescente había sido pinche de cocina, demostraba una aptitud muy notable para la denuncia. Era como una enfermedad: desconfiaba de todo el mundo, relacionaba detalles que no tenían nada que ver entre sí y, la capa de «justicia de clase», envolvía a todo el mundo en una innata, absurda, inopinada aura de sospecha. Ahora bien, curiosamente sabía establecer asociaciones de una precisión técnica admirable, y sin quererlo aportaba pruebas que permitían a Hans Trow obtener resultados y solventar un gran número de asuntos.

Théo Pilla les tenía manía a los actores de teatro, sobre todo a los más populares, que se reían de todo, hablaban de sexo groseramente y se veía que no pasaban hambre como el resto de la población.

Él mismo, mientras vigilaba a éste o aquél, solía hincar el tenedor en algún paté o en las hojas de col que quedaban en algunas cacerolas no bien los cocineros del club La Gaviota se daban la vuelta. Su figura regordeta estaba así siempre en medio, ya porque quisiera hundir el dedo en alguna salsa, ya porque, fingiendo leer el periódico, se quedara a escuchar tras un tabique lo que hablaban en la mesa de al lado. Anotaba todo lo que decía Ruth Berlau acerca del proyecto de Brecht de montar *El preceptor*, de Lenz y darle un buen papel a María. La oyó contar que la actuación de Weigel en *Madre Coraje* había entusiasmado tanto a Vladimir Semionov, el comandante soviético en la zona, que éste había decidido aumentarle el sueldo y la cotización por cada representación. Théo Pilla sabía además que Semionov había firmado con su rolliza mano un documento de aumento de gastos de funcionamiento del Berliner Ensemble.

Al salir de la Luisenstrasse, Pilla se había pasado por las oficinas de la

Schumannstrasse y de ahí se había dirigido al antiguo teatro imperial, en cuyo vestíbulo estaba citado con Hans Trow. Con aire misterioso le había dicho a éste que «el reyezuelo de Brecht iba a convertirse en el águila imperial del régimen». Y Hans, que estaba hojeando el *Neues Deutschland*, le había contestado que qué le importaban a él aquellas historias de pájaros. A Hans le traía sin cuidado que Brecht fuera un gorrión, un pinzón o un jilguero.

Hans Trow tuvo una vez más ocasión de advertir que Théo Pilla dejaba por donde pasaba un olor dulzón a cocina. Lo peor que le puede pasar a unos servicios de información es elegir a imbéciles creyendo que son los más iguales a la mayoría, visto que piensan y se comportan como los más estúpidos. Así se hunde un sistema, pensó Hans. Un buen prusiano no aceptaría trabajar al lado del hijo de un vendedor de botones de la Selva Negra. No obstante, siguió sonriéndole a su ayudante con cierto reconocimiento, para no desanimarlo ni —lo que sería peor— frustrar su entusiástica vocación denunciatoria.

Aquella noche había en el vestíbulo del antiguo teatro imperial muchos niños, algunos obreros, cerca de la gran escalera, pero sobre todo burócratas. Estos últimos se parecían todos: vestidos de oscuro, con abrigos mal cortados. De esa gente que se pasa todo el tiempo dando o recibiendo autorizaciones, toda esa burocracia que parasita la vida artística. Hablaban de los abusos del mercantilismo y de que lo único que les gustaba a los obreros era la jodienda. Eran hombres de mandíbulas cuadradas y corte de pelo militar, pequeñoburgueses que abrían ojos como platos ante los dorados imperiales: iban allí a regenerarse. Subían lentamente la escalera dejando huellas de suelas mojadas sobre la alfombra. Llevaban la ropa interior mal planchada y comentaban lo deficiente que era el sistema de distribución de alimentos.

Hans Trow volvió con las entradas en la mano. Les tocó la octava fila lateral. Hans reconoció a la gorda Helia Wuolijoki, que había alojado a Brecht en su propiedad finlandesa. Con su cara redonda, una gruesa trenza de pelo rubio enrollada en lo alto de la cabeza, piel al cuello, se asomaba una y otra vez desde su palco para ver quién era el que llevaba una camisa roja y estaba sentado abajo, en primera fila. Era el actor Leonard Steckel, que iba a interpretar pronto el papel de *Puntilla*, en una obra que precisamente Brecht había escrito en casa de ella y con ella...

Hans Trow dejó pasar a Théo Pilla para que éste tomara asiento y él mismo lo hizo en un asiento plegable, que chirriaba. Las luces se apagaron, las conversaciones también. La luz del escenario se encendió e iluminó un paisaje lunar. Una landa. Un carro de *Madre Coraje*. Unos cubos y utensilios de cocina entrechocándose.

—No se aparece así en escena —dijo Théo Pilla en voz muy baja—. ¡Vaya tontería!

—Calla.

Dejaron el Deutsches Theater —a cuya acera se quedó mucha gente conversando en grupos— dos horas y media más tarde.

—En el escenario tiene mucha gracia —dijo Théo Pilla—, parece una muchachita

de diecisiete años, una adolescente.

Se refería a María Eich.

Hans Trow encendió un purito. Se preguntaba en qué se diferenciaban una actriz, una prostituta, la hija de un banquero, una institutriz. El rostro maquillado de María lo había impresionado. Se preguntaba si los actores se dejaban también corromper por el *cachet*, por los regalos, las medallas, los elogios, los admiradores. Los invitaban a todas partes, como a los niños en Navidad. Se acordó de que uno se había suicidado de un tiro en la boca mientras ensayaban *Madre Coraje* en Múnich.

—Este Berliner... ¡menuda casa de locos!

Tentado de ironizar, Hans se calló y miró el humo de su purito.

—Los saludos —prosiguió Théo Pilla— cuando al final salen al escenario...

—Sí...

—Esas reverencias, sin haberse quitado aún el maquillaje, desfigurados... Una casa de locos... Parecen muñecos... enfermos...

—No me digas —contestó Hans, que solía dejar a Pilla entregarse a los caprichos de un pensamiento frenético y baladí.

—¿No te parece?

—No.

—Saludan cogidos de la mano... Parece que la rampa luminosa que tienen delante los iluminara como la nieve. Una casa de locos, de fantasmas. Avanzan y retroceden cogidos de la mano, y vuelven a avanzar, y sonrían, y nos sonrían... Una casa de locos... De locos...

—Y nosotros de enfermos —dijo Hans sonriendo.

Un inmenso frente nuboso se desplazó más tarde con suavidad hacia el Reichstag.

—Estaba muy bien María, con el sargento encargado de la recluta —dijo Théo.

—Muy bien —dijo Hans.

—Contenta, a su aire...

—Ya lo creo...

Théo se puso a aspirar el aire.

—Mira qué olor a bosque... A bosque primaveral...

—Vaya.

—El olor del sotobosque... Toda mi infancia... —Y retomó el tema—: Cuando hacen esas reverencias para saludar, parecen muñecos sin vida... ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo Hans.

—Muñecos pintados e iluminados que interpretan a campesinos, suboficiales, mujeres de mala vida... Ahí está todo el teatro alemán —dijo Théo, que iba exaltándose.

Hans le puso la mano en el hombro.

—Calla.

Se quedaron a la escucha. Se oía un leve chirrido regular que venía de detrás de una barraca de feria, al pie de unos abedules. No era más que un columpio que el

viento movía y cuyas anillas oxidadas chirriaban al girar sobre el eje.

Prosiguió Théo:

—A mí de chaval —Hans odiaba que dijera «chaval»—, de chaval mi padre me llevaba a ver *Wallenstein*, de Schiller. Era al lado de mi instituto. *Wallenstein* ya era eso, historias de cantinas, suboficiales, campamentos, emperadores, soldados, tambores y flautas, ranchos, ahorcados, ¿es eso sólo el teatro alemán, guisotes y ahorcados? ¿Banquetes, soldados, putas, cantinas...? Y ya Schiller... ¿Es eso el teatro? ¿Huérfanos, ahorcados? ¿Jarras de estaño, gente que recluta soldados y les pellizca el culo a las putas? ¿Eso es lo que lleva siglos siendo el teatro alemán? Pues mierda para él...

—No —dijo Hans—, no es eso...

Hacía ya rato que Hans caminaba sin prestar mucha atención a la palabrería de Théo. Aquella inagotable cháchara le traía a la memoria cuando tenía que pelar patatas en Wittenborg, delante de la casa de sus padres. La cocinera, Lisbeth, descargaba también sobre el pequeño Hans cuanto se le pasaba por la cabeza. Pelar patatas daba alas a su imaginación. Predecía lo que pasaría en el mundo, imaginaba futuras máquinas enormes que pelarían las patatas, las zanahorias, los nabos: el pueblo sería liberado del suplicio de las legumbres. La idea se amplificaba: también las gallinas serían desplumadas automáticamente, las aves destripadas en cadena, la servidumbre de la casa Trow quedaría a salvo de hambrunas por los siglos de los siglos, amén...

A Pilla le pasaba en realidad lo que a aquella cocinera, que se dejaba llevar por su imaginación de persona autodidacta. Su labia abundante y a menudo prosaica, sus hipótesis interminables y sinuosas se parecían a aquellas peladuras de patata que se amontonaban sobre hojas de periódico. El padre de Hans, por cierto, que se pasaba noche y día entre papelotes jurídicos, encerrado en su inmenso despacho —que daba a un patatar—, se había quedado en cambio sin palabras en la universidad. Era como si las paredes góticas de las bibliotecas lo hubieran vuelto mudo y triste, de una tristeza inconsolable. Se había sumido en cavilaciones íntimas, rehuía el trato trivial con los seres humanos. Sólo cuando la familia se sentaba a la mesa dejaba caer algunas palabras, lacónicas y ponderadas. Y le hacía repetir a Hans, el benjamín de la casa, la serie de fechas de la guerra de los Treinta Años.

Hans recordaba los silencios de su padre, unas veces solemnes, otras neutros, como si quisiera reprocharle a la familia que existiese. Las pocas veces que reía lo hacía en la cocina. La mesa, las sillas, la estufa, el sol espectral y blanco que bañaba unos campos pelados le decían más a aquel padre, un padre que se tomaba la sopa fría, no soportaba en literatura más que las penumbras forestales de la *Canción de los nibelungos* y hacía reinar en toda la casa un ambiente de tribunal a punto de dictar sentencia.

Hans se había preguntado toda la vida cómo había podido su padre quitarse los pantalones para hacerle tres hijos a su esposa. Aquel padre que dejaba para luego toda

discusión contemplaba por la ventana los patatares del Mecklemburgo. ¿Estaba ya viendo a una patrulla de las SA subiendo en tropel la gran escalera de roble, pisando con sus botas el *parquet* del pasillo, irrumpiendo en su despacho y descolgando, entre otros, el gran cuadro del *Juicio final* que tenía entre dos cómodas? Con la mirada perdida entre las filas de chopos, ¿veía ya en el horizonte los desmanes del Tercer Reich? ¿Y en el cielo bajo la multitud de Stukas que remontaban el vuelo entre las nubes, fuselajes zumbantes de brillante acero? ¿Veía a los soldados de plomo de su hijo Hans caer en la nieve de Estalingrado? ¿Adivinaba el infierno dulzón que serían los servicios secretos? Cientos de baldas a lo largo de pasillos, gestión permanente de la vida y milagros del género humano, frenética búsqueda de la traición ideológica, deambulaciones diabólicas por entre sucios informes que apenas tenían que ver con grupos políticos propiamente dichos... todo eso era lo que preocupaba a Hans Trow mientras Pilla hablaba y hablaba...

Hablaba sobre esos «actores vanidosos cuya actuación no era nada del otro mundo».

—¿Te das cuenta? —preguntó Théo—. ¿Te das cuenta? Desde Schiller a Brecht, ¿no se ha avanzado nada? ¿Aún estamos en el mismo campamento militar... en la misma guerra de los Treinta Años? Con los mismos sargentos y reclutas, las mismas putas...

—Eso parece —sonrió Hans al tiempo que se sentaba en un banco.

Hans sacó las entradas del teatro, comenzó a romperlas y dejó caer los trozos en la nieve.

—Jarras de estaño y azotes en los culos de las taberneras... El teatro es el arte del desorden frente al arte del orden... ¿No te parece, Hans?

—No, no me parece.

Théo Pilla se quitó la bufanda, se abrió el cuello, se sacudió la nieve del abrigo y continuó:

—Vestirse, desvestirse, mentir, maquillarse, desmaquillarse, mentir. Desvestirse, desmaquillarse, hablar, recitar, declamar, volver a quitarse el maquillaje, repetir siempre las mismas frases idiotas... Es demasiado... Y cuando se adelantan para saludar como muñecos macabros con esa luz que les da desde abajo y parece que vayan a asustar a los de la primera fila, ¿qué me dices de eso? ¿Es eso vida? Los actores asustan a la gente...

—También la hacen reír —dijo Hans.

—¡Bah! ¿Asustarla? ¿Hacerla reír? Saludar, hacer reír, asustar, a ti te parece que eso es vida... Todo está trucado, que si hacer reír, que si mentir, que si la prosa y la poesía, que si piensan y dicen esto o lo otro, deben de hacerse un lío... Y su vida privada, ¿qué? Lo confundirán todo, ¿no?

—Brecht no confunde nada, créeme...

—¿Y María? ¿Nuestra María?

—No sé —dijo Hans, que había dejado la colilla del puro sobre uno de los

tablones del banco.

—Deben de hacerse la picha un lío; seguro que se asustan y se hacen reír unos a otros sin saber ni cómo ni por qué... ¿No estás de acuerdo, Hans?

—No —dijo Hans soplándole al ascua del puro—. A lo mejor... es...

—Son unos putones —añadió Théo. Se quitó el abrigo y lo sacudió—. Yo los metía a todos entre rejas. ¿Para qué los necesitamos? Estamos aquí para eso...

—No —dijo Hans—. No estamos aquí para eso.

Luego, cuando el uno hubo terminado de rezongar y el otro de ser evasivo, los dos hombres —el tiempo pasaba— se levantaron y echaron a caminar hacia el río Spree, que allí se ensanchaba.

Cuando Brecht no incluía su nombre en la lista de los actores que debían presentarse a los ensayos de *Antígona*, María se pasaba al sector norteamericano. Gracias al salvoconducto marcado en rojo que Hans Trow había mandado hacerle podía ver a su hija Lotte. Tranvías hasta los topes, gabarras surcando el río en fila india, carros cargados de patatas, columnas de humo negro de chimeneas de fábrica, sordomudos vendiendo biblias, viudas que ofrecían los zapatos bien lustrados de sus difuntos maridos, un vendedor de periódicos que gritaba obsequiando con caramelos, todo aquel Berlín variopinto y plateado se desplegaba ante su vista.

María tomaba varios tranvías para atravesar los barrios de Steglitz y de Lichterfelder camino del Wannsee. Ramificaciones de sombras proyectadas sobre interminables muros de ladrillos de antiguos cuarteles, robledales en los que los conejos salvajes campaban por sus respetos, pinos silvestres y pinos cembra, todo cada vez más silencioso conforme se acercaba al Wannsee.

María bajaba del tranvía, echaba a correr, cruzaba a campo traviesa terrenos arenosos y pasaba junto a villas abandonadas cubiertas de maleza. Rodeaba una antigua piscina llena de agua salobre, oía saltar a una rana y los días de sol veía algún que otro lagarto calentándose sobre las piedras de los escalones.

La madre de María, Lena Zorn, que cuidaba de Lotte, vivía en una inmensa villa amarillenta cuyo peristilo había invadido la arena y en cuyos rincones anidaban los pájaros. Lo único que parecía vivo en torno a aquel edificio de ventanas desconchadas era un prado en el que plantas y lilas crecían con gran lozanía.

Con colgaduras pesadas, bancas traídas del Bundesbahn, cristales gruesos y toda una vajilla de estaño apilada en un aparador de la época de Bismarck, el salón de la villa parecía un vagón de tren. La abuela daba la impresión de flotar dentro de su traje gris. Con una toca negruzca y a franjas echada sobre los hombros, rodeada de vasos para *whisky*, se paseaba con su bolso en la mano y quejándose del precio de la penicilina. No se levantaba de su banca más que para llamar a Lotte, que jugaba fuera.

Madre e hija se hablaban poco. Evitaban recordar el pasado. «Eso, eso», le decía Lena a su hija, «tienes razón, ¡ponte del lado del más fuerte! ¡Sé que eres una antifascista de primera! ¡Lo sé! ¡Antifascista desde el principio! ¡Ni tu padre ni tu marido se dieron cuenta! ¡Ni yo!». Y suspiraba, posaba sus manos (con la izquierda seguía agarrando el bolso) en sus muslos, como fatigada de haber dicho aquello, y se quedaba inmóvil, recostada contra el respaldo de piel de la banca, como si el molinillo de su memoria se hubiera parado el 8 de mayo de 1945 a las ocho de la mañana, cuando oyó por la radio que la Alemania nazi había capitulado sin condiciones.

Desde aquel día la madre criaba a Lotte, se ocupaba de su asma. Contaba una y

otra vez sus arrugados billetes de banco. Y de vez en cuando, como testimonios del tiempo ido, se deshacía de viejas fotografías de Viena que llevaba en el bolso.

Luego tomaban un té melancólico, unos *bretzels* duros como la piedra. En la penumbra, amenazante, fantasmal, había suspendida sobre la mesa una lucerna envuelta en lona de paracaídas... Se presentaba una vecina, toda ella rosada, corpulenta y emperifollada, que se comía a besos a la niña, la apretujaba y la cubría de caricias y mimos. El té se servía en silencio.

—¿Y sus ataques de asma? —Preguntaba María.

—Desde que está conmigo no ha tenido ninguno —contestaba su madre.

Empezaban a sentirse incómodas. La mirada de María erraba por los adornos y porcelanas de un estante. Se detenía en una fotografía antigua con marco de color plata desvaído: dos caras de expresión burlona, la de María y la de su marido, con su gorra de militar y el pelo cortado al rape. María se decía que había habido un tiempo claro y despreocupado; ahora todo era sombrío, inexplicable, ingrátido.

—¿Tú trabajas con ese Brecht?

—Sí.

—Pues yo creía que ése se había muerto —se sorprendía la vecina.

—No, no se ha muerto.

—Ése tuvo que salir huyendo del país hace años... Un comunista...

La conversación decaía. Todo el mundo se ponía en pie.

—Yo conozco a una que no va a acostarse tarde esta noche... —Decía la vecina.

En la escalinata María buscaba con la mirada a su hija. La pequeña estaba jugando en su rincón. La soledad en la que vivía Lotte era evidente. María se le acercaba, la abrazaba, se daba media vuelta, se iba de la casa.

Diez minutos más tarde estaba montada en un tranvía que chirriaba y daba bandazos, vacía y traspasada de pena. Estaba volviéndose ajena a su propia vida.

En esos momentos se refugiaba en un café blanco y abovedado de la Würmlingerstrasse. La estufa de cerámica zumbaba y desprendía destellos. Una pesada mesa redonda de roble... Un vaso de cerveza burbujeante que acababa sin burbujas... La paz y el silencio del local le permitían calmarse. La cabeza se le inclinaba, se quedaba dormida.

El dueño se acercaba de vez en cuando para echarle un leño a la estufa y se quedaba mirando a aquella bonita joven dormida.

María soñaba que estaba jugando en un bosque vienés. Cogía flores, y llegaba a un claro. La atacaban y le picaban unas avispas, que en racimos viscosos se le colaban por la blusa.

Cuando salía a la calle iba aturdida: gente que hablaba, coches que pasaban, figuras con abrigos que iban y venían. Se apoyaba contra una verja. El sol amarillo de la tarde la apaciguaba.

A finales de noviembre de 1950, durante los últimos ensayos de *Antígona*, María Eich advirtió que los servicios de Cultura multiplicaban las llamadas de teléfono, las visitas, las preguntas a los actores. Tenía la impresión de que por el ministerio debían de circular informes raros.

Se oían timbrazos estridentes en mitad de los ensayos o el teléfono que había al pie de la escalera de la residencia de Weissensee rompía a sonar de pronto. Un domingo por la mañana, en la sala de ensayos de la Reinhardtstrasse, visita de un burócrata. Interrumpía el ensayo o quebraba el jubiloso ambiente que Brecht había creado. Y aquellos que estaban haciendo ejercicios de flexibilidad (lenta pirueta cara al público, pies ligeros, piernas tensas, brazos en corona y luego relajados), aunque seguían a lo suyo, no dejaban de mirar de reojo al curioso visitante.

El miembro de la comisión de Cultura seguía con el sombrero en la mano, gabardina triste, nuca ancha. Cerraba con gesto llamativo la tapa del piano y apartaba las partituras de Dessau. Sonreía entonces con aire de espía, lo que equivalía —como Brecht sabía— a un informe puesto sobre la mesa de Dymschitz, copia a la Liga Cultural, misiva alambicada y tortuosa para denunciar la tendencia esteticista y formal que iba adoptando el Berliner Ensemble, su elitismo, su jerga. Brecht era presentado como un artista casquivano que farfullaba fábulas y daba pasmosos ejemplos de insolencia. Estaba más que dicho que el Ministerio de Cultura Popular esperaba «un sólido arte proletario», algo sano y útil como una buena cacerola, una carretilla, un martillo. Pero Brecht embrollaba, sacaba conclusiones, hablaba, opinaba, hoy decía blanco y mañana negro con el pretexto de hacer dialéctica. Aquel hombre escurridizo daba la impresión de jugar con todos y con todas. En su trato con algunos desarrollaba un complejo de superioridad. Hacía más comentarios irónicos, hablaba alto y fuerte, se burlaba de los actores que exigían hablar de cuestiones psicológicas, citaba a cada momento a Shakespeare, con el cual se identificaba de una manera obsesiva. Total, era listo y sabía ridiculizar con gracia las grandes obras de repertorio diciendo que si se mantenían era para ser profanadas, no porque se les rindiera ninguna «polvorienta veneración».

María sabía que eran escritores celosos de Brecht, miembros eminentes de la Liga Cultural, los que inspiraban los informes que iban recargando los despachos del ministerio. Ella misma llegaba por momentos a no entender nada, pues no pocas de las disertaciones de Brecht sobre el teatro griego se le antojaban pesadísimas, como la de aquel día en que habló largo y tendido sobre la diferencia entre el odio de Aquiles por Héctor y el de un trabajador por su patrón.

Por la noche, cambio de tono, siempre lo mismo: Brecht le quitaba el jersey, le arrancaba la falda.

Y ella se sentía humillada, como si saliera de un examen médico.

A continuación echaba a disolver unos comprimidos en un vaso de agua. El maestro tenía problemas cardíacos.

Un martes por la noche, Brecht y María fueron a una velada de la Unión de Escritores. Gentío. Helene Weigel se le acercó a él por la espalda y le susurró:

—Se diría que María Eich se ha esfumado en el aire. Viene, desaparece, aparece; es un fantasma. Un fantasma, eso es tu querida protegida, estás viviendo con un fantasma. Espero que tengas suficiente memoria para recordar dónde la has dejado, que sepas por dónde pasó tu arrebatadora corriente de aire.

—¿No te cae bien? —dijo Brecht clavando el tenedor en un pepinillo de su sándwich—. Eso ya me lo habían dicho —añadió.

—Dicho ¿qué?

—Que María hace como las corrientes de aire y un día desaparecerá.

Brecht se llenó el plato de una especie de carne de ternera en conserva con fragmentos cartilagosos que crujían al masticarlos; le habría gustado estar en pijama, en la inmensa cocina enladrillada de la villa del Weissensee, contemplando la tornasolada cabellera de Ruth Berlau sobre sus hombros... Ah, pero no la anciana de hoy, sino la joven sueca de 1941, con su traje de baño de cuadros rojos y blancos y la alegría de bañarse en el Báltico. María era una chica interesante pero no como Ruth...

Vinieron por él.

Brecht dejó el plato, encendió un puro. Se lo llevaron al centro de la sala. Se preguntó si su signo zodiacal sentaría bien en Moscú: allí reinaba Nerón.

Respondió con buen humor, y hasta con agudeza, a los brindis que hacían. Lo hizo sobre todo por Helene, que se había convertido en un personaje popular y dichoso. No quería «aguarle la fiesta», como él mismo dijo, ni que se preocupara de nada, aunque las noticias que venían de Moscú no eran muy halagüeñas. Las cosas estaban poniéndose feas. Le pediría a su escenógrafo que añadiera una larga pincelada bien cargada de tinta china. Así, de una vez, una rúbrica.

Algún día iría a China. Un valle entre montañas. Una casita minúscula, el martilleo de su máquina de escribir, la niebla en hondonadas que se verían desde la cocina, el canto del gallo. Algún que otro reniego sin mala fe al leer los periódicos llegados de Alemania. Con una tiza haría un círculo, metería dentro dos gallos y un niño y vería qué pasaba; se abotonaría la chaqueta. Después de comer, siesta, riñones de vaca, unos cuantos tijeretazos a algún poema demasiado largo, visita al taller de un carpintero chino. Caminar entre virutas. Probar su nuevo escritorio, mesa de madera clara. Patas de perro, gorriones, cortinas, escalerilla, paté, cerveza. Poemas con tinta china...

En verano se lavaría en una vasija de esmalte. Probaría la compota metiendo el dedo en la compotera. Grosellas, cansancio, sueño, habladurías. Le silbaría a su perro e iría a jugar a las tabas con el hijo del carpintero. Y hasta la noche bostezaría en el patio mientras miraba los boneteros envueltos en la niebla. Se fumaría un puro.

En todo eso estaba pensando mientras el director de la Academia de Moscú, Serguei no sé qué, le estrechaba la mano, se la retenía entre las suyas, hablaba con entusiasmo de la Federación de la Juventud Libre...

Un viejo amigo, un tal Rudolf Prestel, que decía haber sido compañero suyo en el instituto de Augsburgo, se le acercó con un plato de carne de vaca en salsa y le cuchicheó:

—¡Lo primero es la manduca! La moral luego... ¿No, Bertolt? ¿No?

Langhoff y Dymshitz, con sus trajes bien cortados, parecían notarios. Sus mujeres llevaban unos vestidos espantosos. En un rincón de la sala estaban también Arnold Zweig y Johannes Becher, que habían tenido el honor de ver sus escritos arrojados a la hoguera por unos rubicundos miembros de las SA, poesía ardiendo ante un corro de camisas pardas, en una plaza adoquinada...

Se le acercó de nuevo el otro, el amigo de la infancia:

—Aquí, lo primero es la moral, la manduca ya vendrá... —dijo señalando con el tenedor lo que llevaba en el plato.

Brecht hizo como que respondía a unos jóvenes que lo llamaban y afectó un gran contento. Cogió a una estudiante por el hombro y le dijo:

—¡Siga usted así! ¡Sonría! ¡Le daré a usted un papel en *Puntilla*! ¡Palabra de Brecht!

Antes de que la joven pudiera contestar el maestro había pasado dos dedos por detrás de la espalda de María para hacerle cosquillas. «Lo primero la manduca, la moral después», susurró. Se sintió de pronto invadido por una sensación indefinible ante aquella sociedad provinciana, aquel trasiego de gente vestida de gris... Tenían la tiesura académica de la nueva burocracia moscovita...

Rehusó tomar la palabra, se puso el abrigo, se dirigió al coche oficial. Huir del mundo y refugiarse en el vértigo de la nada. Pero se enmendó enseguida: el mundo está en ruinas y tiene hambre, ¿cómo puedo quejarme de estar aquí?

El chófer le preguntó a qué hora debía pasar a recogerlo al día siguiente. ¡A las siete y media!... Al llegar a su habitación se tumbó y se puso a escuchar un 78 revoluciones, una grabación de Bruno Walter que le había regalado Paul Dessau.

Cinco días después del inicio de los ensayos, Brecht subió al camerino de María, que estaba lavando su ropa interior en el pequeño lavabo. Brecht dio unas vueltas a su alrededor y se sentó en una butaca de terciopelo carmesí con dorados barrocos.

—No se te ve lo bastante ligera, María. —Ésta enjabonaba el sujetador—. ¿Podrías hacerme un favor?

María pensó que se refería a algún favor de tipo sexual.

Brecht siguió diciendo:

—¿Podrías ser más ligera? —Y tras una pausa—: He pensado que si gesticularas menos con los brazos se te vería más ligera.

—Sí, es verdad.

Silencio.

—¿Entiendes?

Brecht encendió un puro y, como siempre que se ponía nervioso, se envolvió en humo y adoptó una actitud socarrona y afectada.

—¿Me pasas la toalla? —preguntó María.

Brecht le dio la toalla.

—Más ligera... como este humo... más ligera...

María observó a la luz las prendas y empezó a tenderlas de un alambre que iba del biombo a la estantería de los sombreros.

—Menos gestos —murmuró Brecht—, ¿sabes?

—Entiendo.

Hubo un silencio.

—No deberías tomártelo así.

—Lo siento.

Brecht giró el puro sobre un plato de estaño que servía de cenicero para desprender la ceniza.

—Ya me lo habían dicho.

—¿Quién?

—Helene Weigel.

—¿Estás segura?

—¡Totalmente!

Brecht tenía hambre, le apetecía algo graso. María estaba poniéndose su falda de ratina rojo sangre. Como la cremallera no cerraba, Brecht se levantó para ayudarla.

—¡Has engordado!

—No —dijo ella.

María empezó a abotonarse la blusa, hasta que vio que uno de los botones de nácar estaba a punto de soltarse. Estiró el hilo y el botón cayó, rebotó sobre la silla y rodando por el suelo fue a meterse debajo de la butaca de Brecht. Éste se agachó un

poco para ver dónde se había quedado.

María se puso a cuatro patas para buscarlo.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, ya lo hago yo.

—¿No quieres que llame a una encargada de vestuario?

—No, gracias.

Hubo un silencio.

—Perdona, estaba bromeando —dijo Brecht.

Pensó que tenía que añadir una larga pincelada negra sobre la larga tela de algodón beis que cerraba el escenario. María estaba cosiéndose el botón, de pie, estirando nerviosamente de aguja e hilo.

Al acabar cortó el hilo con los dientes, terminó de abotonarse la blusa y se quedó mirando a Brecht, quien para apagar el puro lo estrujaba obstinadamente. Brecht había envejecido. El labio inferior le colgaba un poco, flácido. Y al afeitarse se había dejado pelos bajo la oreja izquierda.

—Siento lo que acabo de decir.

—No has dicho nada.

—Sí, he dicho que...

—Sé lo que has dicho...

Delicioso veneno del actor, pensó Brecht. Y su deseo de reconciliarse con ella se convirtió en aversión: ¿quién se creerá que es, esta tonta?

María, que se había puesto una chaqueta, preguntó:

—¿Puedes pasarme mi texto?

Brecht se levantó, abrió el armario ropero y cogió el texto del estante. María lo abrió por una página que tenía señalada con una postal de Bad Vöslau, una postal que su padre le había enviado unas vacaciones desde ese balneario austríaco cuando ella tenía ocho años. Leyó su papel, señaló unos pasajes. Brecht se puso a estudiarla. A veces la miraba sin que ella se diera cuenta y se decía que transmitía una curiosa sensación de soledad, de una soledad de niños olvidados durante años en el fondo de los internados. Aquella soledad la aureolaba de un misterio tal, la hacía a un tiempo tan curiosamente presente y ausente, que daba la impresión de que María no tuviera un destino, que viviera un único y eterno hoy. Si había pisado las tablas, si había querido pasear su figura por el escenario de un teatro, era para poder exhibir aquel hoy único y monótono que vivía desde su adolescencia. Los actores parecen por eso convalecientes que se cuidan, como si las cosas importantes se hubieran ido junto con la salud y, al salir del sanatorio, de sus años de aislamiento, no pudieran ya recuperar aquella salud que tuvieron en la infancia. Sí, se dijo Brecht, ningún destino, esta mujer no es más que un bolso de viaje depositado en un escenario.

La víspera de los días en que tenía cita con Hans Trow, María Eich dormía mal. Por la radio, con el volumen bajo, se había enterado del intercambio de comunicados desagradables entre Stalin y los occidentales. Por la mañana se había tomado un té bien cargado para despabilarse y se pasó por el ensayo de *Antígona*. Como no tocaban escenas en las que ella interviniera directamente, se instaló en la octava fila, entre asientos vacíos. Brecht se interrumpió de pronto —estaba dando consejos a los actores— y fue derecho hacia ella, que rebuscaba una pulsera en el bolso.

—La mayoría de las personas —dijo de un tirón, casi sin respirar— no son conscientes, María, de los efectos que el arte puede producir en ellas, efectos buenos y efectos malos. La representación da una imagen, una idea del mundo, clara o confusa, usted debería saberlo, y, aunque no esté usted atenta, a nadie dejará intacto, ¡ni siquiera a usted! ¡El arte que no se hace para ser comprendido, tenido en cuenta, degrada! ¿Puede usted entender eso?

Y acto seguido, de forma extraña, le volvió el cuello de la chaqueta, como si, por un escrúpulo puritano, hubiera querido teparle el escote, tras lo cual regresó al escenario.

Los actores esperaban preguntándose qué sucedía en la oscuridad del fondo. Por su semblante serio y frío, todos comprendieron que Brecht estaba de un humor de perros; el ensayo prosiguió. Los postes y los cráneos de caballos, la mesa de trabajo se habían metamorfoseado en objetos incongruentes que chapoteaban en una luz turbia.

Y un foco se fundió, para acabar de arreglarlo.

A primera hora de la tarde María paseaba por el parque. La impresionaba la soledad del lugar. Por la parte de los pinos había un cine, el Metropole, con una gran marquesina amarilla cubierta de nieve. María fue y se sentó en los escalones, sobre un ejemplar del *Berliner Tagblatt* que había deslizado bajo su trasero. Y allí, viendo a unos soldados con capote puesto que hablaban y se calentaban zapateando, se le pasó el mal humor. Con aquellos tonos rojizos presidiendo ruinas, el cielo iba tomando aspecto de puesta de sol *kitsch*. María se sintió tranquila. Se levantó y se dirigió a la dirección que le había dado Hans Trow. Llegó diez minutos antes de la hora.

La Posada del Cisne era de techo bajo, abovedado, con claraboyas redondeadas y de ladrillos de colores. Pesadas mesas rectangulares de madera oscura. Junto a la ventana, en medio de una nube de humo azul, un joven vestido con suma elegancia repasaba un cuaderno y a ratos movía un poco un papel de calco y medía algo con una pequeña regla. María había pedido un té y esperaba en la penumbra.

Llegó Hans Trow. Hablaron de Brecht y del Berliner Ensemble, cuyo letrero colgaba girando sobre sí mismo por encima del Deutsches Theater, redondo como la enseña de la Mercedes. María se liberaba y se soltaba a hablar. Se sentía escuchada.

Nadie me escucha como él, pensó. Se preguntó si sus revelaciones eran favorablemente acogidas y estudiadas en los servicios secretos.

Hans le dijo que en la guerra había conocido un buen teatro en Stettin y que los oficiales, amigos suyos, iban a menudo. Había momentos de silencio, pero luego algo fresco, reposado, volvía a trabar la conversación. Todo parecía claro, tranquilo, familiar, como hacía años que no lo era. María tenía ganas de tutearlo. Hans le puso de pronto en la mano un objeto metálico y frío. Era una pequeña cámara fotográfica Kodak, importada del Oeste.

—Tengo la impresión de que nos miran. Que todo el mundo lo hace —dijo ella mientras Hans pagaba.

Caminaron un poco y María no sabía qué hacer, ni qué decir. Advirtió que algunas ruinas tenían un curioso halo claro por las noches. Caminaban y cruzaban vallas. Todo lo que había hecho, discutido con Brecht, todos los malentendidos pasaron a formar parte de un mundo viejo que estaba agonizando. Sin saber muy bien lo que le ocurría, María se sentía confiada, segura, con ganas de comentar que una gracia, una levedad especiales parecían poseerla. Le apetecía un café bien caliente, pasarse un día caminando por una acera recta que saliera de Berlín. Veía la cúpula de una iglesia y un avión que aterrizaba por la parte de Tegel.

¿En qué momento se había apartado ella de aquel mundo original y fresco que volvía cuando estaba en compañía de Hans Trow?

No tenía más que caminar a su lado, que escucharlo explicar cómo se utilizaba la cámara, para que le desaparecieran las dudas, las ansiedades, las pesadillas, las sombras, los temores; con sólo que él hablara quedamente, el género humano dejaba de ser de plomo. ¿Por qué de pronto todo parecía esperanzado y extravagante? Puede que aquel vendedor que veía bajo el puente del metro, con sus peines y sus dos tomos de Goethe, sus baratijas y una cinta de encaje, fuera un mensajero... Vendedores, gratos mensajeros... Había que pensarlo... Hans compró un peine.

Luego él extendió su impermeable entre los pinos negros y se puso a hablar.

Hablaba de su misión como si hubiera querido repetir una parte de su vida que hubiera anulado como consecuencia de algo que se callaba. Pero el cansancio, el desamparo pudieron verse en su rostro cuando, con una suerte de doloroso desdén, dijo:

—¡Ahora sé lo que quiero!

Y había seguido hablando más fuerte. Y resonando entre aquellos pinos, aquella frase repetida resultó ser un curioso mensaje:

—¡Sé lo que quiero!, María.

Se despidieron cerca del Deutsches Theater. El letrero luminoso del Berliner Ensemble giraba en la noche, se reflejaba en el canal. Hans se alejó caminando por la orilla. Todo se estancaba, embotado, soñoliento; el mundo dormía. Por el agua, muy honda, se deslizaba una gabarra verde, plomiza.

Al día siguiente, pese a sus buenos propósitos (Debo mostrarme siempre alegre,

soy *Antígona*, soy ligera, soy un ángel), María tuvo un despertar de pánico. Cuando estaba en la ducha rascaron en la puerta.

—¿Quién es?... ¿Quién? —dijo ella.

Y Brecht respondió:

—¿Por qué no echas el pestillo en el cuarto de baño? ¿Es que esperas a alguien?

Y a continuación sintió María sus dedos, la toalla, que la tiraban a la cama y luego a la alfombra.

—¿Para quién? —murmuró él mientras la poseía.

Y lo hizo con más ímpetu, María estaba confundida por tanta fogosidad.

—¿Para quién? ¿Para quién has meneado el trasero esta mañana?

La lámpara de la mesita de noche se había caído.

Brecht se fue dando un portazo. María se sintió «amante coraje» por haberlo puesto celoso y haber apagado su ardor en lo que él llamaba su «*thriller* erótico». Cuando Brecht volvió a entrar en el cuarto, no fueron más que un hombre y una mujer que vivían juntos, se movían, hablaban, aparentemente como si tal cosa, pero que habían perdido la confianza. Las palabras sonaban entre ellos opacas. Un mechero brilló en la oscuridad. Una toma, el otro da, se repitió para sí Brecht, la una da, el otro toma.

Brecht se sentó en la cama y abrió una novela norteamericana. No leyó, pensó que con Ruth lo hacía en la alfombra, con Helli en la escalera, con Greta, apoyados en la cerca de hierro junto a un macizo de flores. Con Ruth paraba el Stayr negro y lo hacían en la cuneta, sin quitarse siquiera la ropa.

El ensayo general de *Antígona* fue en abril; aunque la obra obtuvo la aprobación automática de los órganos oficiales, pronto acabó comentándose sobre todo la brillante actuación de María. Brecht, el maestro, se había opuesto a toda idea de jerarquía entre los actores.

Transcurrieron mayo y junio. Viajes, encuentros. Preparativos para la Fiesta de la Juventud. María había empezado a tomar pastillas de miel, su voz se cascaba pronto. A finales de julio partió junto con Brecht y los demás a la costa del Báltico.

Ahrenshoop. Pequeña ciudad que se extiende a lo largo de una gran franja de arena y es digna de ser conservada en un museo: bonitas casas estrechas, maderas talladas, escalinatas, escaleras interiores, un mundo tranquilo como de comienzos del siglo diecinueve. Más allá, dunas, extensiones de arena mojada, rompeolas batidos por el agua, unas cuantas casetas de baño, vastas llanuras, superficies de agua salada...

Unos fotógrafos se acercaron para tomar unas instantáneas de Brecht.

María se alojó en la pensión de una familia que había cerca de la iglesia. Algunas noches la invitaban a tomar el aperitivo. El resto del tiempo se paseaba entre las dunas. Días claros que daban la impresión de que la Tierra hubiera dejado de rotar. Unos críos rudos, pelados, angulosos, de miembros trémulos y encanijados, se zambullían en aquellas olas demasiado verdes que azotaban sin cesar el espigón. Esas olas lo lavaban, lo oxidaban todo, espaldas y rodillas, excrementos de gaviota y boyas. María se bañaba en aquellas aguas frías para olvidar.

Se desentendía del grupo de Brecht. Días de viento, de luz, largos y perfectos. Las mareas duermen, someten. María caminaba a veces entre las olas, miraba a los niños y pensaba en su hija. Ver familias tumbadas sobre toallas la ponía melancólica. Ella se hartaba a nadar para superar su desánimo.

Después de comer reinaba el silencio bajo un cielo azul claro. Los bañistas se veían como puntitos, el mar centelleaba. Amplitud, nubes... Una sensación de divina dulzura invadía a María. Las potencias marinas parecían tragarse las siluetas, entre los fulgores de alta mar. María se preguntaba por qué querer explicar cosas incomprensibles con cosas comprensibles. Se quedaba sentada en un banco y contemplaba admirada aquellas olas vespertinas venidas de los países escandinavos que blanqueaban la costa con tanta regularidad.

Una noche que estaban todos reunidos María se puso a guiñar un ojo y luego el otro mirando un pino y Brecht le preguntó:

—Pero ¿a qué juegas, María?

—Oh, me entretengo...

El silencio se hizo más profundo y todos se volvieron hacia ella.

—Pero qué...

—Estaba viendo la diferencia entre la visión de un ojo y la del otro.

Helene Weigel se acercó a la mesa con una lámpara de petróleo en la mano y la puso entre vasos y tazas.

—¿Y? —preguntó Brecht.

—Y... nada —dijo María—. Me preguntaba qué explicación tiene el Mal... Y si Dios existe...

Nadie hizo comentario alguno. Se oyó cómo Helene Weigel encendía una cerilla, quitaba el cristal de la lámpara, la acercaba a la mecha y regulaba la llama. Algunas gotas de lluvia cayeron sobre el mantel de la mesa. Una tormenta bramaba en el mar, a lo lejos.

—Es mejor no pensar en problemas que uno no puede resolver —afirmó Brecht.

Helene Weigel terció para preguntarle a María:

—¿Qué ha hecho usted después de comer?

—He ido a ver la vieja iglesia de los pescadores. Y me he dado un baño.

Una taza chocó contra un vaso, Brecht bebió un aguardiente, Ruth Berlau hundió la mano derecha en su melena morena.

—Es mejor no hablar de asuntos que no tienen respuesta —repitió Brecht.

Y encendió un puro.

Brecht solía llamar a María a su habitación, que era también su despacho. En general, todo ocurría como sigue: María se tumbaba, él la desnudaba lentamente. Pasada la fase erótica, el maestro se daba una ducha. Y María fotografiaba con mucho sigilo los papeles que había sobre la mesa.

A veces hurgaba también en la papelería y desarrugaba borradores de poemas.

Aquel verano entregó a una empleada de Correos cuatro carretes que fueron enviados a Berlín. Se supo así que Brecht había remitido tres cartas a Erich Honecker, entonces diputado, para mediar en favor del famoso actor Ernst Busch, cuyo nombre, en una canción infantil, no había gustado a las autoridades. Aparecían asimismo tres cartas dirigidas al compositor Paul Dessau, que también era tenido por un curioso formalista después de sus composiciones para *El interrogatorio de Lúculo*. Eso, más una carta a Kurt Berthel, el poderoso secretario de la Unión de Escritores, abogando de nuevo por Ernst Busch, y algunas otras a editores extranjeros. Hans Trow, que pasaba el verano leyendo periódicos occidentales, recibió los envíos de María. Mandó revelar los negativos y concluyó: «Aquí no hay más que aburrimiento, todo eso lo sabemos ya...». Se retrepó en su sillón y le dijo a Théo Pilla:

—Lo que yo quisiera saber es cuándo la dejaré embarazada el «maestro».

Durante toda su estancia en Ahrenshoop, María hacía mutis por el foro cada vez con más frecuencia. Sus ausencias cabreaban a Brecht. Cuando éste entraba en el cuarto de baño, veía que su querida *Antígona* había colgado una toallita azul del gancho que había cerca de la ventana y atado su traje de baño, exiguo, a la falleba. El trozo de tela gofrado se agitaba en la corriente como riéndose del viejo Brecht. Sí, aquel bañador blanco arrugado (con la pequeña cenefa de encaje del *bustier*) se

movía suavemente, oscilando, a la brisa matutina. La prenda se reía del maestro. Brecht había interrumpido su afeitado, había dejado la brocha en el lavabo y había tocado con la mano la leve costura de la entrepierna, a la altura del monte de Venus, donde el bañador se ceñía. Se preguntaba por qué María, cuando hacían el amor, ponía aquella cara de reina muerta que volara hacia las estrellas y apretaba los párpados, como recogién dose en sí misma. María se le escapaba, era lo que siempre hacía, por otra parte: huía de las sesiones de trabajo del Berliner, de las clases teóricas, huía por las escaleras del teatro, huía apurando cervezas, yendo a nadar mañana, tarde y noche, aventurándose mar adentro.

Brecht echó cuentas: «Desde que llegamos no me la he tirado más que cuatro veces, la última sobre el suelo de linóleo».

Acabó de afeitarse, se vistió, cogió su bastón y salió hacia la playa. Lo primero que vio fue el jardín inundado de sol, luego siguió la carretera asfaltada, llena de grietas y grandes rodales de arena, hasta que tomó el sendero con huellas de ruedas. Al remontar las dunas se sintió como mecido por el refulgente vaivén de las olas.

¿Dónde estaba María?

Solamente veía el vasto horizonte y suaves olas que bañaban la redondeada inmensidad de la playa. Se quitó las sandalias y descendió por la pendiente de arena, se pinchó en unos cardos. El cielo cristalino presentaba algunos ínfimos filamentos de cirro. Vaharadas de olor a algas secas... Como buenamente pudo, Brecht atravesó una explanada de guijarros y miró hacia las rocas. Reconoció el bolso de lona y, sobre una toalla blanca extendida, el cuaderno escolar en el que María tomaba apuntes durante los ensayos de *Antígona*.

Se sentó junto a la toalla y contempló el mar. Olas, gritos de niños, ráfagas de viento. Cuánto tiempo sin sexo, pensó.

Una gaviota solitaria cruzó ante su mirada y lanzó un chillido ronco. Las olas eran tan lentas y suaves que uno se preguntaba si aquella vastedad no sería una única masa honda, verde, inmóvil bajo el sol. En aquel momento apareció María, congelada, tiritando, con la piel cuajada de gotitas.

—Ven, que te froto —se oyó Brecht decirle, con una voz falsamente calurosa.

María se sentó dándole la espalda y él, con la toalla llena de arena, empezó a frotarle las zonas lisas de la espalda como si estuviera rascando una pared. Ella se puso tensa y se encogió un poco, y Brecht le frotó los brazos como si quisiera sacarles brillo; al final, cuando él quiso besarle las manchas rojas que le habían salido a lo largo de la columna vertebral, María se apartó. Brecht le deslizó la mano entre los muslos.

—¿Quieres hacer el amor?

—No, ahora no.

María se tumbó en la toalla y, con una gran atención, empezó a mirarse las rojeces de los brazos.

—¡No sé cómo comportarme contigo!

Se quedaron medio dormidos al arrullo de las olas. A veces, cuando volvía la cabeza, María distinguía entre sus pestañas líneas claras que se movían, sombras que pasaban, destellos metálicos sobre el agua.

Un telón de nubes ascendía por la izquierda, y el mar se volvía violeta oscuro con zonas claras y frías. María se levantó, se puso una falda, se fue, fantasma radiante, por un sendero de cardos.

Brecht durmió un rato pesadamente, luego se puso en pie y contempló el paisaje. La playa estaba desierta, tanto que mirarla dolía y parecía quemar de puro árida. Cuando volvió a la villa encontró tendidas de un alambre prendas de ropa interior secas y unas camisas que, abombándose al viento, parecían rellenas de invisibles torsos de muñecos de feria.

El runrún de una avioneta resonó un momento por una parte del cielo y estuvo luego extinguiéndose una eternidad. Remanso de silencio, el jardín, las tumbonas, la mesa de hierro evolucionaban en medio de un líquido extraña y artificialmente inmóvil. La sombra de unas nubes que no terminaban de pasar oscureció un momento la escalinata.

Brecht pensó que la tierra debía de estar muerta o que se había alejado muchísimo de él, pues en aquel remanso de silencio, en las hierbas que brillaban entre el césped, no quedaba más que el polen de su propio final, el polen maravilloso y centelleante de su extinción.

Muy contento, se preparó una taza de café y se la tomó sentado en la escalinata, esperando a los demás.

En algunas veladas que Brecht daba en su casa, María Eich era relegada a un rincón de la mesa.

Una noche abandonó a los invitados y decidió cambiar de sitio los muebles de la habitación de Brecht. Bajo la mesita de noche vio una Biblia estonia y se puso a repasarla. Entre las páginas encontró una flor seca de color malva y se preguntó quién la habría puesto allí.

Cayó la noche. Ella siguió quieta, con la Biblia sobre las rodillas, ensimismada. No estaba triste. Al cabo oyó pasos en el pasillo, la puerta se abrió, alguien encendió la luz. Era Brecht, traía una copa de champán que burbujeaba.

—Para usted.

Ella bebió despacio, sabía lo que tocaba a continuación. Él la desnudó, la puso cara a la pared, la poseyó. No me hace el amor, me registra, pensó ella. Y se agarró a las cortinas amarillas y apretó fuerte cuando Brecht suplió su virilidad desfalleciente con el mango de un cepillo del pelo.

A la mañana siguiente María cogió una bolsa de playa, metió en ella el bañador, albornoz y gorro de baño, salió sigilosamente de la habitación y desapareció por la puerta verde del jardín.

Mañana radiante. Cielo blanco, calor que ya bañaba las villas y el gran internado que acogía entonces a hijos de dirigentes de la Nación. El aire vibraba como recuerdos borrosos. Todo resultaba grato, majestuoso. Se oía el murmullo de las olas, las rocas, las algas. Allá lejos, a la izquierda, una península detenía las tormentas. Se veía también un campo amarillo. Y a sus espaldas María tenía un antiguo casino convertido en casa del pueblo con las ventanas abiertas... Se bañaba. Durante toda su estancia allí se bañó siempre en el mismo lugar. Un canal de agua más oscura, un trazo negro mucho más hondo, un resto de estructura de cazatorpedero. Dejaba su blusa sobre un pilón. En ningún otro sitio se sentía tan bien, tan pictórica. Su vida se anulaba ante el movimiento eterno de las olas; aquello se ensombrecía, amarilleaba, se perleaba. El mar centelleaba a mediodía, a las cuatro tenía una tonalidad violácea. El calor le templaba las piernas. Se sentía lisa y bella, despreocupada, aturdida. Una vela que aparecía a lo lejos en el mar la sorprendía como un espejismo. María se quitaba sus gafas oscuras, se tomaba a sorbos un té frío que traía en el termo. Nadaba en la armonía. Se metía en el agua. El cielo formaba un agujero llamativo, e innumerables nimbos diminutos ascendían y se deshacían al sol en miríadas de chispas; el ruido de la marea que subía iba cambiando; María se olvidaba de Brecht y compañía, cuya choza ideológica se vendría abajo...

Una vez, tras una corta discusión con Brecht, María descubrió un pinar que había al pasar el antiguo estanque. Prados, un barrizal, una fantástica claridad que vagaba por la región brumosa. Otra tarde, tontamente, se quedó parada ante un cruce. Había

unos raíles que se perdían en un montón de ceniza de carbón, un paso a nivel roñoso, hierbas en los andenes abandonados. Se sentía atraidísima por aquel lugar. El teatro, el verdadero teatro del universo, era aquello.

En Berlín, Hans Trow quedó tan desconcertado por los últimos informes de María que los introdujo en la carpeta de documentos relacionados con la reorganización de los puertos del Báltico. Lo puso todo en un maletín y añadió una nota dirigida a Schrameck sobre los dispositivos de seguridad del servicio de contabilidad. Tras lo cual su alta figura se dejó ver cruzando el pasillo hasta la calle. Pasó la tarde en una piscina que había pertenecido a la Luftwaffe. Volvió al atardecer, con un pequeño sándwich —pan integral y salchichas— y se encerró en su despacho con la intención de volver a leerse el parte de las conversaciones que María había sostenido con Brecht y «compañía». El pasaje más sorprendente era el relativo a la implantación de un calendario de las fiestas que el Nuevo Estado necesitaría. Brecht, según María, había establecido y proyectado con gran precisión una serie de festejos oficiales, entre los que se incluían la fiesta de la Victoria, la noche de los Aguinaldos (por qué aguinaldos por la noche, los nazis ofrecían cuchillos largos), el día de la Lucha Mundial, el día de la Juventud y, por último, el Carnaval.

El Carnaval, terminaba el informe, debía tener una gran importancia, día de disfraces y burlas, «día de duelo para los bienes más sagrados y de burlas para las personas mejor situadas». Hans subrayó con la pluma: «de burlas para las personas mejor situadas».

¿Quién es aquí el que desbarra, ella o él?, se quedó pensando un momento, pasmado.

Releyó varias veces las últimas notas y se dijo que no tenía maletín bastante para tanta tontería. Las rompió en dos trozos y luego en cuatro y las tiró diciéndose que jamás había supuesto a Brecht tan retorcido como para concebir una fiesta en la que las personas mejor situadas fueran puestas en ridículo... Eso demostraba que en su sistema mental había algo que no funcionaba. Preocupado, decidió ver a María antes de lo previsto; llamó al enlace, una tal Ursula Bruckmann, joven estudiante de teatro de Dresde que estaba de prácticas en el Berliner y planchaba los trajes de los actores. Marcó un número de teléfono y dejó que sonara, pero como nadie respondía se alarmó un poco. Volvió a intentarlo por la tarde y la persona que contestó, un tal Eckmann, que trabajaba también en vestuario, le dijo que Ursula llevaba varios días sin aparecer. Sintió una curiosa tensión, luego una sensación de opresión creciente, luego pasaron las horas, vino la fatiga, el hastío. Decidió ir a ver la habitación de estudiante que la chica tenía en la ciudad universitaria.

Con una voz ahogada habló en recepción, y el portero, con ese olfato que tienen los soldados —aun de paisano— para reconocer la autoridad, se abotonó el uniforme y lo llevó a la habitación, en el cuarto piso. Era un cuartito blanco, había una taza de té con una fina capa de cal, un calendario con los días tachados hasta el lunes y la reproducción de una cabeza de ángel de Durero con trazos a lápiz: habían querido

dibujarle más rizos; en el lavabo, rastros de jabón, un radiador eléctrico traído del Oeste y en el armario, colgada de una percha, una blusa que giró lentamente; colocada bajo la cama, había además una radio. El cuarto olía a un perfume extraño.

—¿Cuándo se fue?

—El martes pasado.

—¿Y han informado a alguien?

—Al administrador.

—¿Se la veía preocupada?

—¿A quién?

—A Ursula Bruckmann.

—A todo el mundo se lo ve preocupado.

Hans examinó las cerraduras, la reja de la ventana. Se irguió y dijo:

—Deme la llave de la habitación.

Se detuvo un momento en una posada que daba al Weissensee para hacer una corta llamada, luego volvió a casa y metió la llave en una cajita de puros holandeses diciéndose lo rápido que desaparecían las jóvenes. No sería sin duda la última. Sabía que a Otto, a Grotewohl, aquello no le gustaría. El cansancio, el tedio, el paso de las horas. Se puso a repasar las ampliaciones de unas fotos que había hecho Ruth Berlau.

Se quedó mirando con aire soñador una en la que se veía a Helene Weigel sentada en el carro de *Madre Coraje*, tocada con una pañoleta campesina. No sería aquel tipo de teatro el que entretendría mucho tiempo a las masas...

Enero blanqueó Berlín. El viejo Skoda negro de la seguridad empezaba a desaparecer bajo la nieve. Con sus guantes ya puestos, Théo Pilla observaba a través de unos gemelos las dos ventanas bastante altas, de columnas dóricas, de la habitación de Brecht, la cual, pese a interponerse las peladas ramas de un olmo, se veía muy bien. No había ni cortinas ni visillos, podía ver las idas y venidas del maestro... que de pronto apareció, pálido, con su gorra puesta y su puro. Quizás estaba observando la oscura Berliner Allee y la veranda... En ese instante la ventana se abrió y Brecht, con ademanes ostensibles, dejó caer algo al suelo, sobre las hojas medio podridas.

Théo Pilla, entumecido por el frío y tres cuartos de hora de observación, se puso a contar maquinalmente los pequeños cuarterones de cristal. De tanto mirarlas, las ventanas parecían avanzar y retroceder, como en una alucinación. Tuvo un sobresalto al oír de pronto la portezuela del coche y sentir que la nevada persona de Hans Trow se sentaba a su lado.

—¿Y bien? —dijo éste, quitándose los guantes y el sombrero.

—¿No tendrás una manta? Me estoy helando.

—¿Qué pasa ahí dentro?

—Cochinadas —murmuró Théo.

Hans se frotó las manos y cogió los gemelos.

—¿Está María?

—En el baño... No tiene prisa...

Hans ajustó los gemelos y redujo los contornos negros de la habitación.

—A ti te gusta esa habitación —dijo Théo limpiando el vaho del deflector.

—Sí, me gustan las habitaciones —dijo Hans.

—A mí también, pero a ti te gusta especialmente la de María.

—¿Cómo? —preguntó Hans.

—A ti te gusta ésta —afirmó Théo—. Es la habitación de María, a ti te gusta María.

—Sí.

—Te ha gustado desde el primer día.

—Sí —dijo Hans.

—A mí también... —dijo Théo, y añadió—: Es broma, eh.

—Pues lo mío no —repuso Hans, que observaba el ir y venir de Brecht.

Una sonrisa iluminó la cara de Théo.

—¿Por qué no te la tiras?

—Nada de relaciones.

—¿En qué sentido?

—Nada de relaciones sexuales con los agentes. Nunca. Nunca trabajando, Théo,

nunca.

—Tiene unos labios muy expresivos —murmuró Théo.

—Hummm.

—Demasiado.

—Demasiado ¿qué?

—Expresivo, todo es expresivo en ella.

—Son labios de actriz; en los actores todo es expresivo —dijo Hans—. Son todos infatigablemente expresivos...

Y observaba a Brecht de una ventana a otra.

Bertolt mordisqueaba el puro y hojeaba deprisa los periódicos occidentales.

—¡Lee *Time Life* y *France-Soir*! —comentó Hans.

—El que puede.

Hans miraba aquella figura y sacaba los labios con aire dubitativo.

—¿Por qué no te la tiras?

—Tirármela no es la solución.

Hans Trow entreabrió la portezuela y vació el cenicero del salpicadero.

—¿Por qué no te la tiras? La quieres... ¿Qué otra solución hay?

—¿Cómo?

—¡Que te la tires!

Hans dejó los gemelos en sus rodillas y se volvió hacia Théo.

—Yo quiero a esa mujer. Lo mejor que puedo hacer por ella es ayudarla a pasar al Oeste.

—¡Por lo menos te hará poca gracia verla pasearse de una habitación a otra con el gordo!

—¿Qué han hecho?

—Ella ha puesto en orden un par de armarios y él ha estado leyendo periódicos occidentales y llenándole la habitación de humo. Luego han debido de hacer alguna cosa en el baño, en la cama, al pie de la cama, no lo he visto.

Se calló un momento y luego insistió:

—¿Por qué no te la tiras? Acompáñala al Oeste y allí te la tiras.

—No quiero.

—No puedes.

—No.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—No. Y déjame en paz —repuso Hans.

Se hizo un profundo silencio. Hans se preguntaba por qué desde su adolescencia había ocultado todo sentimiento de amor, por qué lo sentía como algo vergonzoso. Se acordaba de un paseo que había dado un verano con Ingrid, estudiante de bachillerato como él, un paseo por el campo a orillas del Báltico, a primera hora de una tarde de marea viva. Debía declarársele. Había interminables matorrales silvestres y aguas vivas, Ingrid se había despojado de su ropa y estaba bañándose sin tapujos, y él,

muerto de miedo, se había quedado sentado en un muro y vestido, dándole vueltas a frases idiotas o indecorosas, viendo cómo la chica a la que quería se bañaba y deseándola con locura, consciente de estar absolutamente bloqueado. Y mientras él seguía allí quieto, Ingrid se envolvía en una toalla y, tiritando, cubiertos los hombros de gotitas, se sentaba con la espalda apoyada contra la suya. Hans recordaba que la trenza de la chica le rozaba la nuca, una trenza tan atractiva y fascinante que la tenía presente como un objeto aislado.

Pues eso, aquella jovencita había saltado de pronto a la arena y, riéndose, había echado a correr; por el lado de las villas se avecinaba una tormenta.

—Estás bloqueado —dijo Théo.

—Sí —dijo Hans.

Éste se subió el cuello del gabán y sintió frío en los pies.

—Toma —masculló Théo—, ahí la tienes.

Una vaga angustia se apoderó de Hans cuando cogió los gemelos para seguir observando a la pareja. En el cuarto alto, la luz cambió y se hizo rosada, como si Brecht hubiera apagado la gran lámpara del techo y hubiese dejado algún tipo de iluminación indirecta.

Brecht alargó de pronto el brazo y quiso quitarle con suavidad el albornoz a María, pero ésta le retiró bruscamente la mano del hombro. Hans dejó los gemelos, toda su angustia había desaparecido.

Se dijo que le gustaría salir en otra vida con aquella mujer. Pero luego se lo pensó mejor y prefirió hacerlo en ésta. Era evidente que María no amaba a Brecht.

La figura regordeta de Théo Pilla quedó rodeada de humo azul. Un punto rojo chisporroteó en medio.

—No deberías fumar —dijo Hans.

Hans se vio reflejado en la ventanilla, los regueros de nieve de fuera formaban de fondo un paisaje lunar que contrastaba con aquella imagen negra.

—Nadie debería hacerlo —repuso Théo. Y añadió—: ¿Sabes, Hans? Yo a las mujeres las adoro, y cuando me digo que no son más que unas débiles mentales puedo tirármelas... Pero si me enamoro de alguna me la imagino como a la Virgen santa. ¿Ves lo que quiero decirte?

—No.

Hans se abotonó el abrigo hasta el cuello, metió los gemelos en el estuche y se dijo que su vida no consistía más que en una serie de actos incomprensibles, pero que al menos sabía que amaba su patria, su trabajo, su misión y amaba a María Eich, aunque no viera cómo conjugar todo aquello. Incluso hablar, a veces, le resultaba penoso.

—¿Quieres que hablemos del tema algún día? ¿En serio?

—No —dijo Hans—. Buenas noches, Théo.

Subió sin prisas el sendero del pinar. A lo largo del lago, las serpientes luminosas se dislocaron.

En primavera sucedieron una serie de incidentes que causaron un gran malestar a María. Para empezar hubo una discusión en la sala de ensayos, a propósito de unas fotos del grupo que había que dar a la prensa y que una de las secretarias del Berliner Ensemble fue a enseñarles. Todo el mundo se mostró de acuerdo con la opinión de una actriz de origen eslavo que prefería una de María en que se la veía con la cara envuelta en un pañuelo triangular, como una joven pionera. Aunque María se opuso a la elección de aquella foto, en la que su admirable mata de pelo aparecía casi tapada, se vio obligada a ceder cuando Brecht terció en la conversación diciendo irónicamente: «La persona poco cultivada suele percibir mejor lo bello cuando los contrastes son muy fuertes, cuando el agua azul es más azul, el trigo más amarillo, el ocaso más rojo y los actores llevan rizos como caniches...»; María prefería las fotos de cuando era aficionada que tenía en la mesa de su camerino.

En el pasillo, al acabar el ensayo, María volvió a la carga y Brecht, que estaba bajando las escaleras, le aseguró en tono algo irritado:

—Todo lo que embellece trivializa y es extraño al arte, que debe servirse de un efecto de distanciamiento, ¡no lo olvides!

—¡Vale! —dijo María.

La palabra «Vale» se convirtió en una de sus respuestas habituales. Y cuando todo le pesaba demasiado, cuando se sentía falta de aquel «sano juicio proletario» que se paseaba por los pasillos cual duende de bosque, iba a refugiarse en un restaurante de la Henriettenplatz y llamaba por teléfono a su hija Lotte. Le había cogido manía a la valerosa Weigel. Y al pasar por delante de los escaparates y las ventanas de su barrio se miraba para ver lo bella que era.

Por último, otra desgracia; un día, al salir de las oficinas a las que la habían convocado para darle cartillas de racionamiento, bonos y una especie de vale que le daba un crédito considerable, se quedó impresionada al ver a unos niños con pinta de traspillados tratando de encender unos cigarrillos occidentales. María quiso comentárselo a Hans, quien, dando muestras de cierta impaciencia al teléfono, le explicó que «los instrumentos de trabajo estaban debidamente distribuidos por la ciudad».

Y le repitió, con una especie de amabilidad algo mecánica, que ella tenía una misión que cumplir. Le preguntó luego cómo iban los ensayos, y cuánto interés pedagógico creía ella que tenía lo que Brecht decía. ¿Había hablado de la China de Mao? «Sí, un sí ardiente, un sí de todo corazón», contestó María, a ella le daba lo mismo, lo único que quería era tomarse un café con Hans. Le habría gustado volver a casa, meterse en la cama y despertarse junto a él.

Pero la voz de Hans al otro lado del teléfono puso fin a las ensoñaciones pequeñoburguesas de María de forma tajante.

—No entiendo su malestar. ¿Qué la inquieta? Lo que usted me cuenta son naderías...

—Nada de esto me resulta divertido —balbució María.

—¿Por qué?...

—Siento que no podré hacerlo —dijo ella—. Yo soñaba con interpretar a *Antígona* bajo la dirección de Brecht. Yo soñaba con Grecia, donde todo se consume al sol. Quería dioses, un mar que se moviera, centelleara, deslumbrara, y me veo metida en una casa de muertos, entre gente que divide el mundo entre cabrones pequeño-burgueses y obreros espléndidos.

—Sí —respondió Hans—, un país en el que el mar centellee... Grecia...

Y volvieron a Brecht.

—¿Qué les enseña durante los ensayos?

—Sus intervenciones son muy discretas. Brecht se sienta en la sala, no nos molesta mientras trabajamos, no lo sabe todo mejor que nadie y no da la impresión de conocer su propia obra. Parece siempre como que «no sabe». Cuando un actor le pregunta: «¿Tengo que ir hacia allá? ¿Cuándo digo esto?», Brecht suele contestar: «No lo sé», aunque propuestas, movimientos, gestos, todo le sirve. A veces tiene arrebatos de entusiasmo, ¡es el Brecht que a mí me gusta!... Suele rodearse de alumnos muy jóvenes y, si una propuesta le parece bien, la hace suya y la defiende. Es abierto, natural, no fuerza nada... Eso sí, detesta que la conversación derive hacia temas psicológicos, entonces corta por lo sano...

Mientras decía todo aquello tenía la impresión vaga de estar dando una imagen de Brecht demasiado halagüeña. Quería demostrar que éste no la turbaba ni sentimental ni físicamente y podía juzgarlo sin denigrarlo. Lo que por encima de todo temía era que Hans Trow dejara de confiar en ella. Le habría gustado hablar con él para probarle su amor al deber socialista.

Y cuando Hans Trow, en un tono inesperadamente alegre, le dijo: «Algún día iré yo a los ensayos, aunque sólo sea para ponerle las plumas de punta a la paloma de Picasso», ella se preguntó si no habría conseguido su objetivo: interesarlo.

Théo Pilla no cabía en sí de contento. Entre el montón de documentos e informes clasificados «confidenciales» había una nota de un tal Richard A. Nelson, que había vivido mucho tiempo en Hollywood y que desde el retorno de Brecht a Berlín había enviado algunos de los elementos del expediente que se le tenía abierto al dramaturgo, a quien los norteamericanos calificaban «*of communist tendencies*». Dichos elementos no aportaban nada nuevo, aparte de la noticia de que el FBI no había sido autorizado a poner bajo escucha telefónica la villa de Brecht, en Santa Mónica. En cambio, su amante y colaboradora, Ruth Berlau, había sido objeto de una vigilancia permanente. Seguimientos, apertura de correo, informes regulares. Lo que hacía las delicias de Théo era el número de errores que detectaba en los informes del FBI. La paranoia de los norteamericanos había llegado al punto de creer que los términos jurídicos del contrato que Brecht había firmado con la Warner, y del cual había una copia en la Universidad de Illinois, contenían informaciones en clave. Había también un informe cuyo autor se mostraba sorprendido por el interés que en 1944 habían despertado en Brecht las cámaras fotográficas. Él, Théo, sabía por qué: Brecht se pasaba el día fotografiando la barriga de Ruth Berlau, entonces embarazada.

A mediodía, Hans Trow se comió un sándwich de salchichas a orillas del Havel y visitó luego un pequeño museo marítimo, que seguía casi en el mismo estado que cuando de joven lo visitó con su padre. En las vitrinas, maquetas de gabarras y veleros, fotografías desteñidas de viejos aparejos de barco. Hans Trow se preguntaba si de verdad Brecht creía que el teatro haría emerger fuerzas revolucionarias. ¿Estaba preparando su fuga a China o, como decía María, a Austria? Había releído las notas de María, había abierto el correo de Brecht. ¿Por qué había vuelto Brecht a aquel país en el que hasta el café era malo? ¿Él, al que tanto le gustaba el dinero, los billetes de banco, las comodidades? Hasta su ideal de mujer lo inclinaba por las suecas o las vienesas, en ningún caso por las uniformadas berlinesas del Este. ¿Podría el materialismo marxista transformarlo? ¿A él, que había sido anarquista? ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? ¿La gloria? ¿Venganza por la humillación sufrida en Estados Unidos? ¿Sentía un viejo odio pequeñoburgués de familia? ¿Aspiraba a una nueva Atenas? ¿Perseguía privilegios personales por celos de Thomas Mann, cuya posición era envidiable? ¿Qué quería?

Incluso su marxismo, con su culto a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, era anacrónico... Había que ser burro para remitirse a tales antiguallas. Y, además, esa manía teatral de llenar el escenario de pancartas, como si los espectadores fueran subnormales.

Salió del museo y cruzó un puente. De una vieja mansión aristocrática no había quedado más que la escalinata y la fachada, las repisas de cuyas ventanas se veían

ennegrecidas. El interior era un mar de ortigas mecidas por el viento.

Volvió al despacho, ordenó unas fichas y se dijo que esa noche iría a ver la reposición de *Madre Coraje*, que reemplazaba a *Antígona*. A continuación se quedó mirando largo rato la pizarra, cogió un trozo de tiza y sustituyó un pequeño número dos por un inmenso tres. Escribió: ¿dos guerras mundiales? No, la tercera había empezado, pero a nadie le preocupaba...

Mientras se ponía el impermeable se dijo que así era, que iba a encargarse de un autor dramático cuyo parte médico no le echaba mucho más de diez años de vida, dado el mal estado de su músculo cardíaco.

El fracaso relativo de *Antígona* empañó la imagen de María Eich. Brecht cambió el reparto del *Urfaust* y le dio un papel secundario. Brecht dedicaba gran parte de su tiempo a Käthe Rüllicke.

Esta joven trabajaba también en la redacción de un suplemento literario del *Neues Deutschland*, bajo la dirección de Stephan Hermlin. Tenía un gran encanto.

Dos agentes de policía agregados al nuevo burgomaestre de Berlín fueron a buscar a Brecht en mitad de un ensayo.

Lo montaron en un antiguo Mercedes negroazulado: hayas, abedules, pinos, arces, albañiles y obras desfilaron por el parabrisas.

Entraron por fin en un gran edificio; Brecht subió con esfuerzo las escaleras, escoltado por una mujer en traje sastre pardo y con un apretado moño. Entró en el despacho del burgomaestre. Mazos de octavillas. Sobre el revestimiento de roble, en un marco acristalado, colgaba una fotografía de Ulbricht en Moscú, junto a Stalin.

Al terminar la entrevista Brecht contó:

—El burgomaestre no me ha dicho ni hola ni adiós, ni me ha dirigido una sola vez la palabra; ha dejado que fueran sus dos colaboradores los que hablaran. Lo único que ha dicho ha sido una frase sibilina acerca de que mis vagos proyectos destruirían cosas que ya existen. Y claro, Ackerman y Jendretzky han propuesto *Kammerspiele*. Se habló también de medidas económicas. Me han puesto la cabeza como un bombo con esta idea pequeñoburguesa: «A cada hombre del pueblo, un palco de teatro a su nombre» —y añadió—: Me he sentido extrañamente sucio, casi envilecido. Por primera vez siento el aliento fétido de la provincia.

Brecht se mostraba cada vez más irascible. La tomaba con todo el mundo de manera muy injusta, cosa impropia de él. Los papeles eran cada vez más necesarios para moverse por Berlín, y Brecht comentaba el día a día con una ironía terrible, de lo cual María daba cuenta en un cuaderno apenas el maestro se volvía. Relación con el mundo, actitud, juego, éxito, cenas, preguntas, futuro: todo se volvía sombrío.

Incluso las mujeres de la limpieza del Berliner Ensemble hablaban en voz baja. Luego Brecht cayó misteriosamente enfermo y no pudo participar en el congreso de escritores, a cuyo presidente escribió una carta. Y en compañía de Käthe Rüllicke, Klaus Hebele y Peter Patzlich se fue a la villa de Rostock, donde siguieron de cerca los últimos ensayos del *Don Juan*, dirigido por Benno Besson. Käthe, muy enérgica, intervenía en los debates, opinaba y proponía cosas que gustaron mucho. Brecht había encontrado en ella no solamente a una preciosa actriz que lo admiraba plenamente, sino también a una colaboradora inteligente. Una llamada telefónica puso al tanto a María de lo que estaba pasando.

El triunfo de aquella adaptación del *Don Juan*, de Moliere, hizo caer a María en un periodo de desgracia. Ya no era más que un muñeco erótico puesto en un estante

sobre la mesita de noche del gran maestro. Era el juguete de un chulo de putas. «¡Chulo de putas! ¡Chulo de putas intelectual, pero chulo de putas!», se repetía ella, aun sabiendo que la situación no podía reducirse a un insulto. Las palabras no la salvaban de la inmensa decepción que minaba su ánimo día tras día, tampoco los exabruptos.

A menudo dejaba su camerino y se paseaba a orillas del Havel, fumando puritos para sentirse a la altura. Se había imaginado su vida en Berlín bajo perspectivas más risueñas. Sabía lo que pretendía la astuta campaña de prensa que apostaba por hacer de Brecht un formalista, tomó cartas en el asunto y multiplicó los informes. Trataba de ser cada vez más precisa en sus comunicados a Hans Trow. Sus notas acabaron todas criticando a Brecht. María, que hacía sólo unos meses tenía al Berliner Ensemble por un conjunto de amigotes lo bastante ingenuos como para creer que educaban al pueblo, empezó a pintar la situación mucho más negra. Hacía hincapié en los conflictos, las rivalidades, el oportunismo de los que rodeaban a Brecht. Conoció el oscuro regocijo de revelar secretos, manchar reputaciones. ¿No la habían tratado a ella como a un monigote? Ahora verían... Sus comentarios, incisivos, escuetos, reducían a Brecht, sus trabajos, sus conversaciones, a simples divagaciones de pequeñoburgués satisfecho de la vida y que utilizaba la dialéctica para obtener privilegios. Lo describía de pie ante su tribuna, preguntándose cómo hacerles la corte a las mujeres de los dignatarios, cómo ser listo con los dirigentes de la Unión de Escritores. Adjuntó incluso algunos borradores de poemas en los que Brecht confesaba que la falta de inspiración hacía soplar en su cabeza el viento de la nada...

Aquellas notas inquietaron a Hans Trow. Las clasificó aparte, empezó a visitar más a menudo, con un pretexto u otro, los pasillos del Berliner Ensemble para ver qué estaba ocurriendo. Se pasaba por los despachos de la administración, daba vueltas, aplicaba el oído. Se lo veía tras los altos ventanales de la academia alemana de bellas artes, Koch-platz. Unos viejos actores entresacados oportunamente de carcomidos carteles teatrales se quejaban de los métodos de Brecht. Se recordaba el hecho de que tratara con un editor del Oeste, de que a su alrededor reinara un ambiente de galantería erótica que provocaba el escándalo de los virtuosos combatientes por la liberación del proletariado.

Una joven actriz oriunda de Polonia, con un jersey de marinero y larga melena sobre los hombros, entró un día a media tarde en el camerino de María y le dijo:

—¿Ha sido usted su amante?

—Sigo siéndolo.

—Dicen que ha tenido muchas, que tiene muchas.

—Sí.

—¿Usted lo ha engañado?

—No...

—Yo puedo acostarme con cualquiera —dijo entonces la otra—, a mí me da igual quién me manosee, viejo o joven. Mientras me demuestre que le intereso dándome

pasta... En realidad, el dinero es la única forma de saber si le interesamos a un hombre...

—Eso que dice no me parece muy bien.

—Ya me lo dirá cuando se vea en el ataúd comida por los gusanos; además, su ataúd es su mesa de maquillaje. ¿Cuántos amantes ha tenido usted en su vida? Han debido de ser la tira... ¿Tiene usted hijos? —añadió.

—Sí.

—Yo también. Y no me apetece nada que mi pequeño viva en una sociedad que a mí me parece pasada, débil, pretenciosa con tanto eslogan idiota.

Aquella misma noche, en lugar de reunirse con Brecht en el club La Gaviota, María anduvo a orillas del Spree. Gabarras, línea de luces de los demás barrios, locura de vivir sin verdadero sexo. Sentimientos exaltados.

Sañaba con bañarse en una isla griega, con ir a ver a sus padres, convertidos en dos ancianos que se pasaban el día tumbados al sol. Se dijo que sus pasos ya no dejaban huellas, que su sombra proyectada en las paredes menguaba, que el vacío y el viento invadían su universo interior. Le habría gustado mirar infinitas ondas centelleantes para perder la conciencia, convertirse en alga. Buscó donde guarecerse de una tormenta, que sonó exactamente como lo hacía en las colinas boscosas de alrededor de Viena. Una vieja puerta que le recordaba el jardín de su adolescencia la atrajo. Notó en las mejillas el frescor del bosque. Durante un rato le hizo compañía un viejo radiador medio oxidado. Se preguntaba si Brecht tenía corazón, si había sido niño, nada de eso se notaba en él...

El Oeste y los sectores aliados publicaban comunicados amenazantes. La propaganda, dura, brutal, se intensificaba. Los periódicos de Alemania Occidental criticaban airadamente a los dirigentes de Pankow. Y la Iglesia católica, sobre todo desde Múnich y Roma, no hacía sino echar leña al fuego. Las nevadas no impedían ya los incesantes despegues y aterrizajes de aviones militares. La moral socialista era puesta en ridículo por editorialistas a sueldo de los norteamericanos. Parte de los funcionarios de los ministerios de Berlín Oriental se mostraban especialmente puntillosos. Se debatía largo y tendido para ver si en los teatros alemanes se tenía debidamente en cuenta la teoría leninista del conocimiento. Se multiplicaron los seguimientos, se abrió el correo, se colocaron escuchas telefónicas. María se sentía de nuevo útil en medio de aquel vasto movimiento de actividad política e impulso revolucionario. «Con un corazón puro cada vez más ardiente» se entregaba a su deber y en la cama sabía comportarse con Brecht como una experta, abandonándosele, negándosele, ofreciéndosele, apuntando febrilmente todas y cada una de sus palabras.

Su labor de información la ponía de buen humor, le producía una satisfacción extraña: se alegraba con amargura de participar en aquella caza de brujas. Cuando oía cantar a los mirlos por la ventana de la cocina se sentía como ellos: también aquellos pájaros se denunciaban unos a otros, de rama en rama. La naturaleza del Estado, la naturaleza de su labor, la gran naturaleza primordial trabajaban al unísono. El Honor,

el Orgullo, la Virtud, los mirlos y sus informaciones contribuían a la dicha de aquella nueva Nación. Cantando, la Historia, los seres humanos y las aves se desembarazaban de un viejo mundo podrido. Y cantaban el nacimiento de un nuevo orden sobre las ruinas del antiguo.

María se sentía mirlo entre los mirlos.

Brecht, por su parte, repartía su tiempo entre tres deliciosas actrices. Encantado de ver a María de tan buen humor, todo era hacerle regalitos. Cuando a primera hora se levantaba, cantaba mientras se calentaba el té. Un día le anunció que la invitaba a pasar el verano en su casa de Buckow. María anotó el dato y luego se lo transmitió a Hans Trow junto con las fechas. Todo aquello iba a parar al Ministerio de la Seguridad del Estado.

Un ordenanza entraba en un vasto despacho, claro, circular, el general Orlow (nombre en clave) se levantaba pesadamente y, gruñendo, cogía el informe. Taconazo. Con un ademán desabrido despedía al ordenanza y una vez a solas desgarraba el sobre con el índice, sacaba los papeles, los hojeaba torciendo el gesto. La decadencia de Occidente, *westliche Dekadenz*, empapaba las palabras de aquel Brecht. Leía deprisa, luego llamaba a Otto Grotewohl, *Ministerpraesident*. Allí tenía las pruebas que demostraban que Brecht era una figura perniciosa. ¿Brecht? Un adversario de la dictadura del proletariado. Un separatista en un Estado que necesitaba más que nunca estar unido para hacer frente al imperialismo yanqui. En realidad, habría preferido tener una conversación con el general Clay antes que leer informes sobre Brecht y compañía.

# Buckow

1952

## 1

En febrero de 1952 Brecht y Helene Weigel visitaron un terreno a orillas del lago de Scharmtüzel, a una hora de Berlín. Viejos árboles enormes, casita modesta, sombreada. Más arriba, una casa espaciosa, blanca, de tejado pardo, con un gran ventanal en chaflán. Y un patio adoquinado, y un invernadero. Nada más verla, la propiedad les recordó la casa de Svobstrand, en Dinamarca, en 1933.

A Brecht le gustó aquella casa rodeada de pinos y rosales silvestres, el lago gris, el paseo, los viejos bancos, un invernadero.

Weigel se instaló en la enorme casa de lo alto exactamente como lo hizo en el Berliner Ensemble: para recibir, animar, pensar, decidir, escribir, reinar.

Brecht se quedó con la casita de ladrillos marrones, cerca del agua.

Durante todo el verano de 1952, Weigel se ocupa de enviar las invitaciones. Es perfecta para la intendencia, cambiar las sábanas, confeccionar los menús, mandar encerar los muebles, dar instrucciones a la cocinera. María Eich se aloja en la casa pequeña. Mira trabajar al maestro cuando la mañana es aún fresca y el lago centellea.

Brecht se pone a trabajar temprano, con el frescor de la mañana. María lee *Coriolano* a la puerta, cerca del invernadero o apoyada contra alguno de los pinos. Brecht ha encontrado una mesa de posada. Juntos pintan las patas de hierro y dos butacas de jardín. Brecht alarga sus siestas leyendo un volumen de Horacio, aunque encuentra a este autor demasiado indulgente con los malos poetas, exactamente como le pasa a él, que se siente rodeado de asesores, dramaturgos y poetas eminentemente malos que escriben adaptaciones chapuceras.

—Entran en el ritmo de los poemas igual que una vaca por un agujero —le dice a María.

Lee con mucha atención la *Tagliche Rundschau* y el *Neues Deutschland* para saber a quién atacarán. ¿La academia de bellas artes? ¿Sus allegados? ¿Él?

María suele coger los remos de una vieja barca que hay en un cobertizo, los pone en los escálamos y se va a pasear por los cañaverales. A menudo le da golpecitos a un

barómetro del pasillo y Helene Weigel le dice:

—¿Qué, todo bien?

—Todo bien.

—Hace calor...

—Veintiuno en el pasillo.

—Parece usted acalorada.

—No, estoy bien.

—Sí, tiene usted calor...

—¿Se lo pasa usted bien aquí?

—Da la impresión de que se aburre. ¿Quiere que cambie sus sábanas?

—Están ya cambiadas.

Cuando se queda dormido en su butaca de mimbre, Brecht sueña cada vez más a menudo con sus padres. La voz monótona de su padre, la voz cercana de su madre, la profunda concentración de ésta cuando le leía a Lutero.

Mientras el maestro duerme, María le coge las gafas y mira a través de los lentes con la secreta esperanza de ver:

Vio con los ojos del genio. Lo único que ve son las losetas del suelo, la hierba, la figura de la Weigel delante del invernadero: sonrío con una expresión de modestia que es su orgullo. María deja las gafas y se aleja pensando que para las «llamadas de urgencia» no tiene a nadie, ningún contacto. ¿Sigue Hans en Berlín? Brecht dormita pesadamente, como hundido entre los pliegues de su débil corazón, a mil años luz de todo. Aparecen las calles de Augsburgo, blancas, tardes interminables, vencejos que pasan volando a ras de los árboles y anuncian la tormenta.

—En el cielo ¿qué hay? —Pregunta un Brecht niño.

—El paraíso.

—¿Estás seguro?

—Completamente, Bertolt.

—Mi hermano Walter dice lo contrario.

Luego, cuando la sombra invade bajo el sol la parte acristalada del invernadero y Brecht se ha hundido un poco más en la butaca:

—¡Ven aquí! Bertolt, ¿vienes?

—¿Y mi hermano Walter?

—El lleva corbata, va limpio, se lava las manos, ordena su cuarto. Él es muy aseado, ¡su cuarto no parece una leonera!

—No, no voy.

Cuando se despierta, el cielo azul se ha vuelto negro. Cielo tembloroso, jardín de belleza estival, viva, avasalladora. Brecht se siente incapaz de percibir nada, lo asalta un súbito terror, el poco tiempo que le queda, el mundo está ausente... Momento sin significación, zozobante, inestable, huidizo. No ve más que el traje de baño de María tendido en la valla. Quisiera unos brazos frescos, un cuerpo fresco que prometiera futuro. Nada un rato en el agua oscura. En torno al lago fluye, desbordante, la nada.

Oscuridad, frufús, murmullos. Las aguas del cielo, las aguas del lago. El sendero y los grandes árboles. María y Bertolt traspasan la misma valla todos los atardeceres. Los campos se despliegan en suave pendiente. Hierbas que ondean, arbustos tupidos, copas de pinos negros. El lago brilla. Nubes que se dispersan con lentitud sugiriendo la presencia de potentes vientos de altura. Brecht se pone la mano a modo de visera para contemplar aquel borde del cielo.

Un atardecer que María y él están paseando por la carretera que bordea el lago, María ve un Mercedes gris que pasa lentamente a la sombra de un seto y que parece un coche patrulla. Distingue dentro tres cabezas, una de ellas la de Théo Pilla, pero pese a su sorpresa sigue hablando del reparto de papeles y de los nuevos ensayos de *Coriolano*. Una sola mirada furtiva a Brecht, su inquietud. El hace como que la escucha, ella como que le habla, hasta que de pronto Brecht se vuelve a mirarla e, interrumpiéndola, le dice:

—¡Hemos estado perdiendo el tiempo!

Luego él sube la pequeña escalera de madera que conduce al desván, donde tiene instalado un estrecho atril en el que escribe textos lapidarios con un basto lápiz azul. Por el ventanillo de gruesos cristales mira el jardín.

Esa tarde escribe:

Por la ventana, en el jardín, de pie ante mi atril, veo el saúco.

Veo el rojo y el negro y bruscamente recuerdo aquel otro saúco de mi infancia en Augsburgo.

Y me quedo un rato preguntándome muy seriamente si ir por mis gafas a la mesa y ver de nuevo las bayas negras en las ramas rojas.

## 2

Pasada la grata sorpresa de alojarse en una bonita casa rodeada de viejos árboles, María Eich se amuerma. Está de un ánimo extraño. Se siente cada vez más desplazada. Su habitación, situada al norte, es húmeda y da a unas ramas llenas de pulgón. Por la noche el aire que respira huele a moho. Tres días de fuerte viento han traído unas nubes anchas, grises, fluviales. El viento sacude las hojas.

Sigue siendo considerada la favorita, claro; su papel en *El cántaro roto*, de Kleist, ha sido muy comentado, claro; y se ha sentido igual que Ruth Berlau, quien, con sus viejos jerséis, se mantiene alegre y fresca. Además, Ruth le ha hecho unas notables fotos en el papel de Eva, con la cofia blanca y la falda campesina.

Muchas mañanas se desliza temprano al pasillo con una pañoleta en la cabeza y unas novelas bajo el brazo. Se esconde en el invernadero, entre macetas medio rotas y plantas invadidas por la hierba. Coge una silla de jardín y la pone al pie de un panel traslúcido y muy grueso que proyecta una luz acuática sobre el pavimento.

Desde ahí observa a los invitados que rodean a Brecht: actores de Dresde, chicas estudiantes, Paul Dessau... Ella se queda allí, pensando en todas aquellas jóvenes que acribillan a Brecht a preguntas.

Con cortesía y educada desgana, Brecht acepta comentarios, preguntas. Ella misma ha aprendido de él esa amabilidad inquebrantable que, aunque le parte el alma, le permite al menos ser una desesperada sonriente. En sus numerosos informes dirigidos a Hans Trow (a una media de dos por semana), María Eich no puede evitar ampliar sus notas al pasado de Brecht, que resurge cuando algunas tardes se toman unas copas de más.

Más de la mitad de los informes que escribe para Hans Trow refieren anécdotas sobre Hollywood, sobre los obreros norteamericanos, «comprometidos por la buena vida». Recoge también muchos detalles curiosos. Cuenta tres veces, según tres testigos diferentes, la comparecencia de Brecht ante el Comité de Actividades Antiamericanas, con la prensa, la radio, el cine. Cuenta que Brecht había leído públicamente su obra didáctica. Encuentra incluso unos recortes de prensa norteamericana y los fotografía con la pequeña Kodak de fuelle. No sabe que en poder de Hans y sus servicios obra ya una copia de dichos recortes, suministrada por otra actriz.

Escribe una larga memoria para contar que la tarde en la que Roosevelt fue reelegido, Brecht estaba paseándose con un vaso de cerveza en la mano por la villa de un amigo, entre las faldas de un *party*. Groucho Marx y Charlie Chaplin fueron los únicos que se quedaron junto a la radio para conocer con detalle los resultados de los comicios. María escribe asimismo un par de párrafos sobre Charlie Chaplin y la influencia capital que éste ejerció sobre Brecht, en particular en *El señor Puntilla y su criado Matti*. La idea de un patrón que, cuando se emborracha, se hace más humano,

quiere a sus obreros y acepta las reivindicaciones de éstos pero que, a la mañana siguiente, tras dormir la mona, se vuelve otra vez odioso, es una idea que Brecht tomó de *Luces de la ciudad*, de Chaplin.

Hans Trow se preguntaba si el tesón que María ponía en su labor informante no ocultaría un secreto fervor vagamente amoroso por Brecht. El «Lo escucho» dicho por una fuente de información se transforma fácilmente en un «Lo comprendo». Los últimos informes daban pie a esa interpretación. Y más sabiendo que, por el cotejo de los partes de María con las notas de otros informantes, Brecht debía de trabajar en textos *top secret* de los que nada decía a sus allegados, y escribía por las noches. Brecht mentía a todo el mundo alegremente. Hacía desaparecer ciertos poemas nadie sabe cómo. Y el dinero iba directamente a bancos de Zúrich.

Hans Trow le había pedido a María que estuviera al tanto, echara un vistazo en los desvanes, tras la bañera, y que se hiciera más la encontradiza. Pero la cuestión seguía siendo la misma: ¿formaba parte María Eich del círculo de admiradores de Brecht? Confrontando una y otra vez los diversos testimonios, Hans Trow llegó a la conclusión de que, por mucho que el intento de seducción de Brecht hubiera fracasado, su ascendiente intelectual, en cambio, funcionaba e influía sobre María.

El que se negaba a tomarse en serio los informes de María era Théo Pilla. Un día, sin embargo, le llamó la atención algo que ella contaba: Brecht, una noche, ante una copa de excelente coñac francés, se había referido a Anna Seghers en tono de guasa, y luego, en un acceso de buen humor, había calificado Berlín —todo entero— de «aquelarre de brujas en el que, por si fuera poco, faltan las escobas». Théo había salido de su despacho y le había enseñado la nota a su superior:

—Ahora verá, Hans... ¡Berlín, «un aquelarre de brujas»! ¿Oye usted eso?

—Una de nuestras fuentes afirma que Brecht ha escrito varios poemas en clave contra Ulbricht y Grotewohl.

—¿Usted lo cree?

—Por supuesto.

Hans estaba desplegando unas hojas de contactos sobre el mármol, «fotografías de fotografías». En ellas se veía a un Brecht radiante durante su estancia en Finlandia con su amante Ruth Berlau, que nunca estuvo tan alegre como por entonces. En las fotos Ruth aparece en un bosque de abedules, ante una tienda de campaña, a orillas del mar, a la entrada de un pueblo desconocido. Con una blusa medio desabrochada, un pantalón corto, un peinado primoroso, una expresión de pura felicidad, un trasero reventón, en todas las fotos resulta turbadora, excitante. Irradia una voluptuosidad animal. Un verano tan bello, una mujer tan admirable: todo apuntaba al desenfreno erótico.

María había consignado incluso lo que Brecht había escrito con bolígrafo por detrás de una foto: «¡Mi cola por tu reino!».

Los días transcurrían plácidamente en Buckow. Grises o claros, soleados o sombríos. La piel de Brecht se volvía más blanca, su par de flácidos carrillos más

carnosos, su paso más cansino. María bombardeaba a Hans con notas más o menos útiles. Y éste tuvo confirmación de su evolución el día en que le transcribió un poema que Brecht había escrito a las seis de la mañana ante un lago plomizo, un cielo bajo. El poema, tal y como a ella le gustaba, sería precisamente uno de los elementos capitales del juicio que algún día habrían de emprender contra este artista del pueblo.

Oh, Alemania, ¡cuán desgarrada estás!

Y en tu patria no estás sola; en las tinieblas, en el frío, cada una quiere olvidar a la otra.

¡Qué bellas llanuras tendrías y cuántas vivas ciudades!

Si confiaras en ti misma ¡qué juego de niños sería todo!

Para los servicios de la Stasi este poema era una pieza clave. Junto con una nota de Hans Trow, llegó hasta el primer secretario del partido, que enseñó aquellos versos «secretos» a Grotewohl. Éste lo atribuyó a la forma caricaturesca de expresarse de un artista que había vivido demasiado tiempo en el exilio y estaba amargado.

El poema quedó guardado en un cajón. Algún día lo utilizarían. Sólo había que esperar a que las funciones del Berliner Ensemble hicieran bostezar de aburrimiento a los obreros berlineses para enviarlo a Moscú.

### 3

Hans Trow y Théo Pilla estaban sentados a la sombra del establo. Vigilaban el lago. Allá lejos, en un aire ardiente, Brecht y el músico Paul Dessau hablaban sentados ante una partitura puesta sobre la mesa del jardín. Los rodeaban unos actores.

—¡Lo veo! ¡Lo veo! —murmuró Théo Pilla.

Sentado en un tocón, Hans estaba poniendo una rodaja de salchichón en un pan negro.

—¡Lo veo! ¡Lo veo!

Efectivamente era Brecht, con su puro, su gorra calada sobre las narices como un abuelo que fuera a dormir la siesta.

—Está cansado, ¿no?

En el foco de luz veía insectos que bullían, partículas doradas entre el follaje. Perdía a Brecht y luego lo encontraba, incapaz de regular bien la visión de aquel enorme par de gemelos. Halos, reflejos, contraluz que se lo comía todo, sombra luminosa; al final logró enfocar bien la imagen.

—No es ningún jovenzuelo.

—¿Lo escuchan?

—No. Está incluso hecho un viejales.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¿Qué hacen?

—Lo miran.

—¿Y él?

—Él habla; está hablando y los demás lo escuchan.

—Dame los gemelos.

—Qué pena me dan todos esos tipos que creen en lo que dice.

—Los colma de chácharas y teorías, eso los enardece.

—¿A quiénes?

—A los actores.

—Me pregunto si son verdaderos actores.

—¿A qué te refieres?

—A que no hay actores perfectos. Habla sin levantar los brazos, ¿te habías fijado?

—Habla en línea directa con Dios, de igual a igual... Jugando al póquer es muy bueno.

—Este tipo de gemelos me destroza la vista. Prefiero los de marinero. ¿Tú crees que todos lo veneran?

—Sí —respondió Hans—. Pásame los gemelos.

Los insectos zumbaban alrededor de los invitados. Hans vio a una mujer

estupenda, la actriz Káthe Reichel.

Y de pronto, en medio de un halo, el delicioso, clarísimo rostro de María Eich... Vio también un momento las mejillas sin afeitar de Brecht, o mejor dicho, sus flácidos carrillos. Y repasó uno por uno los rostros de los jóvenes actores. Sintió la nostalgia de una comunidad juvenil, de cuando era estudiante en Leipzig, las conversaciones, el compañerismo, las palmadas en la espalda.

Théo le cogió los gemelos y empezó a regularlos. Al cabo de un largo silencio de contemplación susurró:

—Chist...

—¿Qué pasa?

—Se van los dos juntos.

—¡Déjame ver!

—Hummm. Se van los dos juntos... Van a esconderse...

—Déjame ver.

—Es verdad, no es ningún jovenzuelo... Le cuesta caminar...

Observó a María y a Brecht desaparecer bajo los grandes árboles, a orillas del arroyo. Sus figuras se veían como fragmentadas en la hojarasca.

La pareja se detuvo. Brecht hablaba, a ratos dejaba de caminar y levantaba los brazos. El sol abrasaba la orilla.

Théo le pasó los gemelos a Hans.

—No veo nada.

—Los tapan las ramas, mira los pies. ¡Me encanta!... ¡El muy cerdo!

Hans murmuró rápidamente:

—No les veo más que los pies, pero creo que les va bien... ¡Les va de maravilla!

...

—¿Cómo?

—Que están contentos.

—¿Qué ves?

—Nada, solamente la falda roja de María. Tiene una nuca espléndida.

La pareja desapareció entre los robles.

—Bueno —dijo Théo—, ¿quieres darme los gemelos, por favor?

—Desde luego que no.

A ella le gustaba aquel tiempo gris, que volvía un tanto opacas las orillas del lago, aquellas rocas parduscas, aquellas líneas de vegetación tupida y melancólica, aquellas plantas que la brisa hacía ondear, aquellos líquenes de un verde ácido. Había nubes que se estancaban en el horizonte y se veían tan blancas que parecían bañar con una suave luminiscencia propia las colinas circundantes; las sillas del jardín, las zapatillas puestas a secar en la repisa de una ventana, el muro y los rosales silvestres, el olor a piedra caliente, el roble y el temblor de sus copas negras producían una impresión vertiginosa.

María le daba golpecitos al barómetro del pasillo para ver si la aguja se movía.

György Lukács se presentó un lunes para visitar a Brecht. María los vio caminar por el sendero del lago, hacia las cañas. Helene Weigel se había vestido con elegancia. Blusa blanca de cuello de pico, chaleco de florecillas, falda añil con motivos persas, unas muy bonitas zapatillas de cordones y un relojito de pulsera suizo que Brecht le había regalado hacía poco. Ella se fue a coger fresas hacia el templete de madera, donde más tarde Lukács y Brecht tomaron el té. Hablaron de un oscuro escritorzuelo que traducía a Horacio con el mismo sentido del ritmo «que una vaca caminando por un agujero», como dijo Bertolt. Hablaron del *Fausto*, de Goethe, de *Coriolano* y se pusieron a trabajar en Shakespeare. Lukács arrastró una mesa de posada al sol, en medio de la hierba. Mientras hablaba, Brecht miraba a aquel hombre corpulento, sus gruesas gafas, su camisa de manga corta, sus dedos rugosos, y se decía que aquel papa de la crítica marxista llevaba veinte años sin dejar de atacarlo. Pero Weigel lo había invitado... Brecht abrió un cuaderno y apuntó algunas ideas para su *Coriolano*, sin dejar de pensar: Este Lukács, fascinado por la decadencia, no entiende nada. Para él, el problema de la lucha de clases no significa nada...

Luego, hacia mediodía, los humos se entrelazan en la mesa del jardín. Brecht habla de rosales. Weigel lleva la cesta de fresas y empieza a lavarlas y quitarles el rabo. El puro de Brecht se consume en el borde de la mesa... Las nubes, muy altas, se abstienen amablemente de descender al lago.

Théo Pilla, desde el granero, vigila las idas y venidas de los de la casa. En el templete, María se prueba los abrigos de piel de la Weigel, las pulseras, los pendientes, un cuello de zorro. Desdobla un pañuelo para oler su perfume a lavanda. Y luego se interna en el bosque —olores a resina—, se desnuda, se pone el bañador y se zambulle en el agua verde. Su chapuzón no desvía la atención de Brecht ni de Lukács. Éste chupetea una de las patillas de sus gruesas gafas, compradas en Moscú. Brecht mira el cenicero, embelesado. El hilillo de humo que asciende describiendo espirales, círculos, quebrándose. Cuántas cenizas. Su primer hijo caído en el frente ruso, Margarete Steffin, muerta en un hospital de Moscú, todos los actores muertos, y los que aún sobreviven, se pasean tuberculosos por los pasillos del Berliner... Hitler

transformó su país en un paisaje gris ceniza. El pacifismo está mal visto tanto en el Este como en el Oeste. El cenicero sigue humeando. Brecht se lo pasa a María, que acaba de llegar del baño y lo vacía en la basura sin saber las paletadas de ceniza que empiezan a llenarle la cabeza a Brecht.

A primera hora de la tarde el calor aumenta. El lago centellea. Los dos oficiales de los servicios de información barren el lugar con los gemelos.

Hans observa el rostro de Brecht, los flácidos carrillos, el prominente labio inferior. Parece uno de esos ancianitos algo encorvados que se sientan en un banco al final del pueblo y se quedan medio dormidos, con la mirada perdida. Hans no puede dejar de mirar aquel rostro pesado, pastoso, aquella cabeza casi calva sobre cuyas sienes caen unos mechoncitos de pelo que le dan un vago aire de emperador romano consumido por los placeres. Una máscara, piensa.

A juzgar por las leves señas que se hacen con la cabeza, entre María y Brecht existe una familiaridad que ella no acaba de reconocer. Viéndolos en el doble círculo azulenco de los gemelos, parece incluso que se los oyera tutearse, reírse, y aunque Brecht tiene un aire distante y tranquilo, no es indiferente a los atractivos de la bella vienesa. Ella de momento no ha hablado mucho.

A esa hora, cesado el viento, todo está como suspendido. María ha vuelto a la casa pequeña. En el cuartito de baño contiguo a la habitación de Brecht, entre las chaquetas grises que cuelgan de las perchas, abre un cofre con cierre de combinación y saca un montón de papeles, que dispone sobre la repisa del estrecho tragaluz tapiado y fotografía. Letra regular de Brecht, azul y redondeada...

Más allá de los pinos se oyen unas jóvenes voces cantando un coral de Bach, muy lejos, entre los árboles. María siente una presencia, como una sombra que se mueve. Se pega a la pared. Como nada sucede, vuelve a meter con cuidado las hojas en el cofre gris, confunde la combinación, rebobina el carrete accionando la palanca de la cámara fotográfica, que mete en su funda de cuero y esconde bajo las bufandas que recubren el fondo de su maleta de lona. Cuando sale nota el aire curiosamente húmedo; la Weigel, echada en una tumbona al pie de unos robles, está haciendo un crucigrama con un lápiz rojo. Las llamas de las velas tiemblan.

—¿Quiere té? —Le pregunta.

—No, gracias.

Helene Weigel cierra los ojos. Luego los abre y pregunta:

—¿No le parece que hace una buena noche?

—Una noche estupenda —y añade—: En un sitio muy bonito.

—¿Conocía usted Buckow?

—No, en absoluto.

—Lo llaman la Suiza brandeburguesa —dice Helene Weigel.

—¿En serio?

—Sí, la Suiza brandeburguesa...

Se hace un silencio y Helene Weigel dice:

—¿Cómo?

—No he dicho nada —contesta María Eich.

—Me ha parecido que decía usted algo.

—No, no he dicho nada.

—¿Qué piensa de Káthe Reichel? —Pregunta Helene Weigel.

—Es encantadora.

—Sí, yo también lo creo.

Se oyen de nuevo las jóvenes voces del coral de Bach bajo la dirección de Paul Dessau.

—Qué sitio más maravilloso —dice María Eich remangándose la falda hasta las rodillas.

—Sí —dice Helene Weigel.

—Se estaba usted durmiendo...

—No, qué va.

Se hace otro largo silencio, el coro enmudece.

—¿Qué está haciendo Brecht? —Pregunta Helene Weigel.

—Leyendo a Horacio —dice María Eich.

—Eso es lo que parece.

—No, lo está leyendo, en serio.

—Lo que lee son novelas policíacas norteamericanas. —¿Norteamericanas? Creía que prefería las inglesas—. Norteamericanas.

Se hace un silencio.

—¿Cree usted que Káthe Reichel estará bien en el *Urfaust*?

—Sin duda...

—Entonces estará bien...

—Brecht ha decidido que esté bien —dice Helene Weigel—. Entonces lo estará.

—Pero usted, personalmente —pregunta Helene Weigel—, ¿usted la encuentra bien?

—No.

—Qué preciosa noche —dice Helene Weigel.

¿Por qué llevaba teniendo Hans Trow el mismo sueño varias noches seguidas? Iba en un vagón restaurante de un azul aterciopelado y farolillos blancos. Los menús estaban en ruso, el tren se dirigía a Moscú. Estaba tomando un café cuando un suboficial soviético, con una guerrera de limpieza dudosa, se sentaba de golpe ante él y le anunciaba la muerte de su padre.

—Pero mi padre lleva seis años muerto.

—No, acaba de morir esta mañana.

Se oía el ruido regular del tren, que parecía discurrir sobre cadáveres. Al ver la reacción de Hans, el suboficial levantaba la vista hacia él y le decía:

—¿No siente usted nada por la muerte de su padre?

A continuación el suboficial se marchaba y a él lo asaltaba la idea de que se dirigía a una oscura fiesta, que iba a participar en una orgía de eslóganes oficiales. Las ciudades del Este estaban sedientas de eslóganes. Todo el mundo hablaba de moral, todo el mundo quería hacerse con un nuevo retal rojo vivo para ocultar el rojo de las banderas nazis. Las prisas por asistir a una nueva orgía en Moscú, cuyos dioses, se decía Hans, dirigían su cólera contra Berlín. Se preguntaba si Berlín, como Troya, no sería destruida una vez más. Luego, al despertarse, pensaba que, de tanto hojear *Antígona*, releer las notas de María, espigar en los cuadernos de Brecht, había acabado decididamente imbuido de las iras y lamentos de la tragedia griega. Cuando de nuevo se dormía, se veía otra vez en el tren, internándose en las brumas de la estepa, en la oscuridad. Túneles, terrenos barrancosos, placas de hielo, bosques de ramaje pelado, postes perdidos bajo un cielo algodonoso, tranvías llenos de huérfanos. Puentes en obras: Moscú a la vista...

Mientras él se acababa el café, el suboficial ruso volvía y, dejando la gorra en la mesa, decía:

—Ha habido un error. Su padre murió hace seis años, es verdad. Discúlpenos.

Hans oía el tableteo de las botas de los SA subiendo al despacho de su padre.

La vía describía una curva que permitía ver una gran estación soviética. Muchedumbre uniformada cantando, brazos rebosantes de flores que ofrecían mujeres tocadas con pañoleta, pan delicioso y muy blanco que le tendían al «camarada» Hans Trow de Berlín.

Al despertar, con la boca pastosa, recordó otros coros de mujeres. Tenía dieciocho años y las campesinas de su pueblo del Mecklemburgo estaban viéndolo subir a una colina nevada desde cuya cima pensaba tirar solemnemente un saxofón, aquel símbolo de su ineptitud musical. Todo el pueblo lo miraba, incluidos su madre y su hermano.

Consternados.

Él había blandido el saxo y lanzando un grito lo había tirado sobre el montón de

basura nevado. En la fría atmósfera el paisaje brillaba. Nunca sería un gran músico.

¿Por qué últimamente venían acosándolo los recuerdos de su casa natal, su alto cuarto, el aire frío, las sábanas húmedas, la cama sobria de madera barnizada, el silencio, el fuego que crepitaba en la chimenea y el papel gofrado de las paredes?

A veces, pasada la medianoche, envuelto en una aterida humedad como en un sudario, con la conciencia despierta, los sentidos alerta, llamaba a la puerta de la habitación de su madre. Ésta solía estar escribiendo sentada a una mesa de madera, a la luz de una antigua lámpara de cerámica. Nunca corría las cortinas y podían verse lucecitas a lo lejos, no se sabía de qué eran. La madre de Hans escribía y anotaba resmas enteras de papel, y él, siguiendo la tradición, se pasaba la vida entre legajos y trasnochaba, en una vigilia insomne, para conjurar la inanidad ruidosa de los días y recuperar la clara luz de su conciencia y su soledad.

Le habría gustado contarle todo aquello a María, sus paseos por los campos arenosos, por un paisaje tan llano que se reducía a unas cuantas líneas brillantes, la levedad irreal de los campos de espinos y los sauces translúcidos y las clarísimas nubes que daban la impresión de no ir a ninguna parte y esconder, en cambio, mensajes misteriosos en su inmovilidad flotante. Todo eso le habría gustado contarle a María.

¿Por qué, desde que la conocía, iba a pasearse por la pendiente secreta de aquellos bosques de abedules como si se tratara de reanudar unas relaciones íntimas? ¿Por qué el hecho de leer los informes de María y sus notas confidenciales, que no le decían nada que no supiera ya, le traía a la memoria su infancia en aquellos parajes?

La serenidad de ruina de aquel campo pelado lo embargaba cuando, por las noches, atravesaba Berlín de vuelta a casa. La monotonía de los pantanos del Mecklemburgo, los terrenos mullidos de brezo que tenían un tinte oscuro, todo aquello lo revivía, con sorprendente precisión y viveza, asociado a la imagen de María. Incluso el chorrito de agua que se filtraba a lo largo de una esclusa: su monótono goteo parecía murmurar cosas esenciales y secretas; ¿por qué se dejaba poseer por la grácil silueta de unos abedules como si fuera la imagen de María?

Las colinas de aquella región arenosa, el canal recto como una carretera que dividía en dos los veranos interminables; la voz de su madre y la de su hermano, todo lo revivía, opaco y próximo.

Théo Pilla entró en la oficina de Berlín, se quitó el sombrero y el impermeable y dejó sobre la mesa un nuevo papel, un documento recién extendido en el que aún brillaba la espesa tinta de los sellos.

—¡Vaya! La lista de los periódicos autorizados ha crecido.

Se podía leer: «Bertolt Brecht trabaja actualmente en Buckow, Márk Bergland, Seestrasse, 29, adonde que llevar los periódicos y revistas que a continuación se enumeran». A la antigua lista de periódicos alemanes habían añadido *Time*, *Newsweek*, *Life*, *Le Monde*.

Théo Pilla traía también un sobre marrón proveniente del centro de la Schumannstrasse. De él sacó una serie de informes redactados por una fuente que firmaba Isot: además de una breve nota en la que, en términos vehementes, se preguntaban si Brecht tenía el número de teléfono de Otto Katz, un agente del Komintern sospechoso de ser un «traidor trotskista», había también dos partes médicos sobre los electrocardiogramas de mayo, suministrados por el doctor Müllereie, de la Regierungskrankenhaus. A Brecht no le quedaban más que unos meses de vida. Théo sacó a continuación un informe de tres páginas, escrito en inglés sobre el borrador de un testamento.

—¿Por qué en inglés? —preguntó Hans.

—La plutocracia anglosajona —se quejó Théo—. En cualquier caso se lo deja todo a Helene Weigel. Y mira la fecha.

El dieciocho de mayo, al día siguiente de hacerse el electrocardiograma...

Hans echó un vistazo al informe. La hija de Brecht, Barbara, heredaba la casa de Buckow. Su hijo Stefan, los beneficios que se obtuvieran por las representaciones en Estados Unidos.

—¡Bien tendrá para pagarse una comida!

Su colaboradora Ruth Berlau debía recibir cincuenta mil coronas danesas a condición de comprarse una casa que, al morir ella, pasaría a Helene Weigel...

Cuando Théo volvió con dos cafés, Hans había terminado de leer.

—¿No hay nada para María Eich?

—No, nada.

—¿No la menciona en ningún momento?

—No.

—Para María Eich ¿nada? —repitió Hans.

En la oficina contigua se oía el rápido tecleo de las máquinas de escribir y un cuchicheo de voces ahogadas.

Théo se quitó la chaqueta y se desabrochó el cuello de la camisa.

—¿Y qué dice el diagnóstico de Brecht?

—Arteriosclerosis general, esclerosis de las válvulas coronarias y aórticas...

—¿Y puede curarse?

—Si no se mueve, ni folla, ni se enfada.

—Es curioso —comentó Théo.

—¿Qué?

—Que a esos años la gente desperdicie sus últimas energías en follar, en tiranizar a los demás, en inventar historias absurdas.

—Lo hace en nombre del arte —puntualizó Hans—. ¿A ti no te gusta el arte, Théo?

—Yo no tengo nada en contra...

—Ni tampoco a favor —le replicó Hans.

—Los artistas son gente que no quiere crecer...

—Mira que no dejarle nada...

Hans había sacado de nuevo el borrador del testamento de la carpeta, que cerró. Lo metió en la cartera de Théo.

—Llévalo en tu bolso de viaje —dijo.

La mano empezó a temblarle, los dos se miraron y Théo preguntó:

—¿Has vuelto a verla?

—No.

—¿Piensas en ella?

—Sí.

Con su cartera de piel en la mano, Théo le comentó que en los pasillos se decía que a Ulbricht le iban a conceder la medalla de los excombatientes de España. Y que un joven colaborador de Brecht llamado Martin Pohl escribía poemas tan parecidos a los del maestro que, a la vez que celebraban sus plagios, lo tenían vigilado. Algún día, cuando el maestro muriera, el talento de aquel joven podría resultar útil. A este último le habían otorgado el privilegio de pasearse por Berlín con una máquina de escribir estadounidense. También se rumoreaba que habría inspección de la Seguridad para comienzos de septiembre y que Moscú estaba enviando más comunicados de lo habitual.

Hans se sentía aislado, como en medio de una niebla opaca; su vida iba volviéndosele irreal. El futuro radiante que se había prometido se alejaba, el pasado, en cambio, cobraba un relieve inquietante. Veía a su padre sonriendo con desesperanza mientras aquellos hombres subían la escalera, las pisadas de las botas, los gritos secos, los sirvientes asustados, un padre sonriéndole a su hijo...

—¿Lo conoces?

—¿A quién?

—A Martin Pohl.

Hans tuvo un sobresalto.

—Esto... no.

—¿No te molestará que te pregunte?

—No.

—Ya veo. Su foto circula por las oficinas desde hace un tiempo y estamos tratando de averiguar lo que hacía en Leipzig.

—¿Quién?

—Pohl, Martin Pohl...

—Ah.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Hans.

—¿No estás un poco nervioso?

—Sí.

—¿Sabes lo que te vendría bien? Cógete una manta, unos gemelos, monta en el coche y vete a Buckow. Como si fueras de patrulla para vigilar a tu protegida. ¿Te molesta si me tomo tu café?

—No —dijo Hans.

El Mercedes negro atraviesa un bosque de brazos estirados, un mar de uniformes negros, de brazaletes rojo oscuro, luego se ven pasar camisas pardas. En Múnich, antes de su exilio, hace mucho tiempo... Brecht se despierta. Oye llover. Mira el despertador. En el ambiente flota una claridad gris, una luz de media tarde que baña el cuarto y muere sobre colgaduras oscuras que se solapan; la sombra de un roble entra en su despacho. La grapadora, la papelera de madera. Cuánto le gusta dejar que se deslice la tarde, con su movimiento, sus formas, sus instantes. Observar la falda de María en el sofá, el cinturón trenzado y el escudito, su blusa gris claro, las voces en el jardín, recuerdos que parecen postales saturadas de luz, baños, risas, las ventanas en saledizo de Santa Mónica... las sombras verdes y granuladas de la puerta de la cocina...

Escribe el borrador de una carta dirigida a la policía fronteriza, en Berlín. Se queja del aumento de inspecciones en los puestos de control situados entre Berlín y Buckow, sobre todo en el de Hoppegarten. Molestias, comprobación de papeles, necesidad de autorizaciones especiales para transportar la máquina de escribir norteamericana, periódicos en el maletero del coche, los dossiers fotográficos de su colaboradora Ruth Berlau. Se queja sobre todo del tono brutal, tan suyo, que emplea la policía alemana y pide que lo moderen cuando se dirijan a él, eso de abrirle siempre el maletero, pedirle los papeles, a él, que tiene escrito: «El pasaporte es la parte más noble del ser humano»... «Entiéndanme, no pongo en duda la necesidad de controles», acaba la carta. Y se despide «con un atento saludo socialista».

Las fanfarronadas de Ulbricht y los suyos no esconden sino la miseria de la burocracia alemana, hecha de desesperación frenética y de afán por controlar conciencias; son los mismos desfiles, las mismas trivialidades, la brutalidad, la sospecha, la depravación de siempre; las borracheras tabernarias del *Fausto* siguen dándose hoy en las cervecerías de Múnich, y también las baladronadas proferidas ante los micrófonos son las mismas, el nuevo pensamiento es un calco exacto del antiguo, el público —un público pequeñoburgués— no comprende la dialéctica y siempre quiere a los clásicos. Nada de alzamientos revolucionarios ni hogueras eróticas...

Las sombras proyectadas en el techo tiemblan. Recuerda otros veranos. Era la primera vez que Helene se ponía unas gafas de cristales redondos y montura metálica y parecía una costurera profesional; los pequeñines, Barbara y Stefan, se encaramaban a la mesa del jardín, en Svobostrand. La sombra de aquellos veranos se extiende sobre su invierno interior. El contacto con los ladrillos fríos de la cocina, el infinito rumor blanco y verde de las olas. Un flacucho Stefan en camiseta corría por el jardín; el banco medio podrido en el que escribió: «Refugiado bajo techo danés, techo de paja, amigos, sigo siempre vuestro combate». Pero hoy día los amigos han

desaparecido. Lo que queda es una infinitamente pequeña concha de caracol que hay sobre una hoja de papel.

Lo conmueve el olor a tierra que penetra por la ventana. Esa tarde alguien ha removido los arriates. Oye la voz seca, sorda, de Helene dando órdenes: está convencida de que nada malo puede ocurrir en aquel mundo comunista berlinés porque tiene el carnet del Partido y las llaves del Berliner Ensemble. Pero Brecht sabe que, fuera de las obras de repertorio, no hay nada, ni público ni apoyo, sólo los hombres de Ulbricht que espían, vigilan, redactan y archivan informes para Moscú...

Mientras que Brecht y Hanns Eisler siguen encerrados trabajando en la música del *Fausto*, María Eich tapa un bote de pintura blanca con la que acaba de darle una mano a la puerta del invernadero. Coge la bici de Helene Weigel y recorre tres kilómetros por una carretera arenosa que bordea un pinar. Seco olor a resina en capas de aire caliente, unas cuantas gotas de agua sobre su sombrero de tela, la rueda trasera que roza y hace ruido, la excitante larga bajada, las nubes a ras del horizonte, el viento que agita su pelo y le infla el vestido, la inmersión en el bosque, el claro, el pequeño sedán negro con matrícula de Berlín que se parece un poco a un viejo Chevrolet. A través de la luneta de atrás María reconoce el cuaderno rojo oscuro de tapa dura que pertenece a Hans Trow.

Baja de la bici, echa a caminar por un sendero de hierba. Se pregunta dónde pueden haberse escondido los dos oficiales de la Stasi. De pronto se da cuenta de que no le interesa toparse con ellos. Monta en la bici, enfila de nuevo el sendero, pasa otra vez ante el coche y siente infantilmente ganas de dejar una nota en el limpiaparabrisas diciéndoles que los ha reconocido.

Pasa ante vergeles lujuriantes. Hojas de manzano resacas, verano susurrante. Dejar el arte dramático.

Hacerse profesora en una pequeña ciudad de iglesias vacías, en uno de esos vallecitos en los que reposan generaciones muertas que esperan a las nuevas. Ella prefiere vivir en paz y dormir a hacer cálculos cínicos. Repara de pronto en la cantidad de lutos que hay. Y le sobreviene el deseo. Quiere verlo y se pone a buscar febrilmente en el bolso su número de teléfono. O volver al coche y garabatear unas palabras en el parabrisas.

Oyó entonces crujir la hierba, vio blanquear una camiseta y apareció Hans Trow. A María le llamó la atención su rostro, muy moreno. Tuvo la impresión de que estaba cansado, impresión que él desmintió sonriéndole como si saliera de una larga noche fresca.

Hans y María se quedaron de pie, sin moverse. María había dejado su bolso entreabierto y tenía la bici apoyada contra la cadera.

—Tengo la sensación de que estoy siendo indiscreto —dijo Hans.

—Es su trabajo —contestó María.

—Si usted quiere...

Durante un instante sintieron la magia de estar juntos. María se le adelantó:

—Lo acompaño hasta el coche.

—No creo que sea...

—¿Qué?

—Absolutamente necesario.

—Mejor —dijo ella en tono resuelto.

Echaron a caminar por el prado, de un amarillo como quemado. María empezó a cojear. «Mi sandalia», aclaró. Se quitó la sandalia de esparto y se la pasó a Hans, que la examinó.

—Una punta ha atravesado la suela.

Se quedaron un momento en suspenso; él apoyó la sandalia sobre una piedra y le dio unos golpes con uno de esos cantos de sílex que hay en los malos caminos.

—Listo...

—¿Ya está? —preguntó María.

Hans tuvo una curiosa sensación de soledad, una punzada de angustia ante aquel rostro que no pesaba nada. María no parecía pesar nada, era eso lo que lo maravillaba.

—¿No está usted harto? —La oyó preguntarle.

—¿De qué? ¿De vigilarla?

—Sí.

—También la protejo.

—¿Qué hará usted dentro de cinco años? —preguntó ella.

—Estaré aún más metido en el laberinto chapucero de la burocracia. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, Brecht estará muerto. No podrá casarse con él.

—No se me ocurriría.

Llegaron al coche. Théo Pilla, sentado ya detrás, comisqueaba un sándwich sobre un trozo de papel vegetal.

—Y usted —repitió María—, ¿qué hará usted?

—¿Mañana? Leeré un informe por el que sabré que el departamento de visados en Moscú está poniéndose muy nervioso y exigente, cuántos agentes secretos han desertado, cuántos coches han pasado al sector norteamericano, cuántas matrículas han sido fotografiadas ante el hotel en el que se aloja, en el mismo sector, el general Schwerin, consejero de Adenauer y encargado de asuntos militares —y añadió—: Y seguiré en eso cuando tenga cincuenta años.

—¿Por qué?

Hans dudó un momento y pensó que ahora, mañana, no podrían encontrarse en ningún sitio, ni en una recepción por casualidad, ni en una de esas piscinas de las afueras que había camino de Potsdam. Théo Pilla, ostensiblemente inclinado hacia la ventanilla abierta, alargaba el oído para oír lo que se decían.

—¿Por qué no nos vemos? ¿Usted podría pasarse por los ensayos algún día?

—Sí, podría, pero no lo haré.

Hans abrió la portezuela del conductor.

—Ya viví una vez con una mujer, y otra con dos. Sería un error.

María se acercó a la ventanilla y él, extrañamente, cerró la puerta.

—¿Se vuelve usted?

—Sí.

Se oyó el runrún persistente del coche que, dando tumbos, se alejaba camino adelante bajo los árboles; sintió el abandono, la música potente y dolorosa de la tarde bochornosa, explosiones de agua a lo lejos: bañistas, seguramente. ¿Por qué era todo tan doloroso, por qué aquel exilio, aquella soledad, aquel vacío? María se preguntó qué despertador sonaría algún día. Y conforme se acercaba al lago, empujando la bici, todo blanqueaba de calor. Oyó las voces de los bañistas y los golpes que daban a un balón.

María entró en la casa, se puso su traje de baño y salió para bañarse. Nadando hacia los sauces observó los pinos, el escalonamiento de los montes, los tejados verdosos o pardos, sintió aquella calma pastoral que al caer la tarde la invadía y apaciguaba.

Al acabar de cenar, Brecht se levantó de la mesa y dejó a sus invitados.

Se echó la chaqueta por los hombros y se dirigió al lago. Los paseos llenos de insectos, la umbría tachonada de algunas frondas.

Un centelleo misterioso poblaba la soledad nocturna.

El lago parecía estar diciendo adiós. La confusión de todo, el bendito anonimato de todo impregnó a Brecht y le produjo una leve tristeza completamente nueva.

Todo se fundía, la música del mundo interior y del mundo exterior, mezclada, transitoria.

Brecht era como una isla, una isla rodeada de pastizales, de cañas, de grandes árboles que eran la esencia de un sueño al que nunca había querido prestar atención. Un universo a cuya propia opacidad había querido sustraerse invadía su conciencia. No había olvidado su sueño terrestre, pero las ondas de su propia desaparición lo envolvían y asfixiaban. Sintió que el planeta gris rodaba sin esperanza hacia un mundo que ya no sería el suyo. Y que ya no hablaría de él. Se giró un poco. Las luces de la casa estaban encendidas y podía ver a alguien (¿Helli o María?), lavando los cacharros en una palangana.

María coge dos hojas: la letra azul de Brecht, borradores de su diario, en el cual tacha a Ulbricht y demás de «chaqueteros», de «superficiales» y de «vanidosos». Cinco disparos. Rebobina y saca el carrete y corre a su cuarto. Mete la cámara en su maleta de lona, mientras chupa la lengüeta del carrete y la pega con cinta adhesiva.

Sale luego al aire libre. La escalinata y las dos bolas de cemento. La larga mesa de madera, las sillas vacías en cuya tela queda impresa a veces la huella de los cuerpos. Esa luz color sirope de menta, esos vasos vacíos que parecen de un cóctel de fantasmas. Los invitados: Káthe Reichel, Egon Monk, Hanns Eisler. Bajo un templete hecho a usanza antigua, de techo verde y columnitas de hierro, Helene Weigel vuelve a doblar los periódicos berlineses. Repara en María que, sentada en el embarcadero, está mojándose los pies en el agua. Se aburre, piensa; se levanta y le hace señas:

—¿María? María...

María se vuelve. A la luz matinal, con su vestido negro de florecillas, parece muy joven. María sube los escalones, llega al templete y coge una butaca de mimbre.

—¿Qué tal? —Pregunta la Weigel.

Hubo un breve silencio penoso que tembló entre las dos mujeres.

—Está usted magnífica —dijo Helene.

—Sí —dijo tontamente María, y se sintió confusa y violenta.

—¿Quiere champán?

—Sí...

Helene sacó la botella de la regadera, que estaba llena de agua fresca. Las dos copas burbujearon.

—Brecht valora su juventud.

—Sí —dijo María—, él valora la juventud en general.

María pensó que debía decir que era un día soleado y no hacía mucho calor.

—Qué día más soleado, y no hace mucho calor.

—La verdad es que tiene usted un cuerpecito espléndido —dijo Helene.

María sonrió sin saber muy bien por qué.

Helene continuó:

—Brecht me dijo que yo tenía un cuerpo espléndido —y añadió—: En 1929.

Hubo otro silencio.

Helene dijo:

—Brecht me había dicho: «Tienes un cuerpo espléndido para llevarlo a clase de anatomía». ¿No se lo ha dicho a usted?

—No... No... No creo...

—Soy su cadáver. Su mala conciencia es siempre un cadáver. Mire mis pómulos, mi frente, soy un fantasma huesudo. Pero de joven era muy guapa.

El sol asomó, opaco, y desapareció enseguida tras una inmensa nube.

—Felicíteme —dijo Helene.

—¿Por qué?

—Por vivir con él desde hace tanto.

—La felicito —accedió María.

—Ya no estamos en 1929 —dijo Helene—. Voy a dejarlo.

—No —repuso María—. ¿Divorciarse?

—Sí, divorciarme.

Luego, en mitad de la velada, entre unos invitados de excelente humor, Helene Weigel le preguntó:

—Y usted, María, ¿no conoce alguna historia divertida?

—No.

—Todo el mundo sabe por lo menos una.

—¿No se cuentan historias divertidas en Viena? ¿Historias de judíos?

Para demostrar su buena fe, María intentó repetir un chiste judío que un tramoyista del Deutsches Theater le había contado, pero se hizo un lío.

—Curioso chiste —dijo Helene—. ¿No sería antisemita?

—Pues...

—Es un chiste antisemita, ¿no?

—Quiere usted hacerme quedar mal delante de toda esta gente...

—¿Gente? ¡Nuestros invitados! —exclamó Helene Weigel—. ¿Gente? ¿Nos llama usted «gente»?... ¿Qué sería usted sin nosotros? Una actriz de provincias...

María se quedó cortada, dejó la servilleta y se fue de la mesa. Se oyó la puerta de cristales dar un portazo.

—¿Un puro? —dijo Brecht. Y añadió—: María no es antisemita, Helli... Tranquila...

—Su padre era antisemita, su marido lo es también... Puedo meterme un poco con ella, ¿no?

La noche había oscurecido el lago. Habían traído lámparas y algunas velas. En la otra orilla iba a celebrarse una fiesta campestre y habían encendido unas curiosas lamparillas.

Se vio pasar la estilizada silueta de un velero más allá de los robles. Por su casco azul oscuro se deslizaban minúsculos reflejos, como esquivas de un metal raro.

La carta de Brecht en la que se quejaba de los constantes controles a que lo sometían en el puesto de Hoppegarten, en la carretera de Berlín a Buckow, yacía sobre la mesa de Hans Trow. Théo estaba tratando de descifrar las notas que Brecht había escrito en los márgenes de su *Coriolano*, documento que, metido en su carpeta gris, iría a parar a los archivos de la última planta del flamante edificio de oficinas de la Stasi.

Hans le pasó la carta a Théo Pilla, que giró sobre sus talones y se acercó a la ventana para descifrar mejor la letra de Brecht.

Con una rodilla apoyada en el radiador, que apenas si calentaba, Théo leyó las dos hojas. Por la ventana se veían las columnas de humo que unas lejanas chimeneas expulsaban con indiferencia en la pálida luz matutina.

—Lamento mucho enterarme de esto —comentó Théo.

—Yo también.

—Pero bueno, peor sería que se le rompiera la máquina de escribir.

—Ésa nunca se rompe.

—Ah, claro —dijo Théo—, es cierto que nuestros modales militares dejan mucho que desear...

—Sí, no gastamos los modales de la antigua cortesía prusiana...

—A veces es de lamentar...

—Sí, eso nos parece a todos.

—Sí, eso de la «Seguridad del Estado» puede hacernos pasar malos tragos...

—No, a él puede hacérselos pasar...

—Hay jóvenes soldados que no tienen muchas luces...

—Ya no estamos en la Prusia de Federico segundo.

—Incluso en la Prusia de Federico segundo había militares con pocas luces, en lo que a cortesía se refiere...

—¿De veras?

—En fin, cartas como esta hay a montones en el piso de arriba... y en los archivos.

—Este Brecht, ¡qué modo de malgastar energía! Bien podría haber escrito una bonita escena, en lugar de perder el tiempo con esta carta...

—Parece mentira que haya desperdiciado tanta tinta, tanto tiempo, tanto esfuerzo...

—Bien mirado, en esta carta tampoco hay mucho talento literario...

—A saber si la ha escrito él de verdad...

—¿Qué hacemos con ella?

—Archivarla.

Hans alzó la vista y miró las chimeneas de las lejanas fábricas, el cielo era más

gris y parecía como si hormigueara.

Cuatro meses después nevaría. Pronto habría carbón en la estufa, té humeante, informes que trasladar de planta, reuniones secretas en el piso de arriba, gabarras fúnebres cargadas de carbón, nuevos conflictos entre la Academia de las Artes y el Berliner Ensemble, una nación virtuosa, unos artistas hipócritas, el día a día...

Théo Pilla había reanudado su labor de vigilancia. Desde Moscú le habían enviado unos nuevos gemelos, más potentes. Así podía ver a Brecht sentado en un banco, recostado contra el murete de piedra, los detalles de la madera de las ventanas, pasar a María con un vestido rojo y negro muy ceñido, los manteles y sábanas puestos a secar, el bolígrafo azul con el que Brecht escribía. La próxima vez que me envíen unos gemelos, se dijo, podré leer directamente en el papel, si las hojas están bien colocadas.

Brecht respiraba más que nunca el aire inquisitorial y la atmósfera de nerviosismo que rodeaba a Ulbricht. Los periódicos repetían que Adenauer no sólo animaba a las tropas norteamericanas a instalarse para mucho tiempo en Alemania, sino que pedía también un despliegue de armas nucleares en la zona. En los servicios de Hans Trow, metidas en sobrecitos de papel de estraza, tenían ya fotografías —de poca calidad, la verdad— de cañones automáticos de 280 milímetros almacenados en Arizona.

Los periódicos del Oeste anunciaban en grandes titulares que el jefe del gobierno de Alemania Oriental, Walter Ulbricht, había reforzado considerablemente el Ministerium für Staatssicherheit (la Stasi, para abreviar) y reclutaba todas las semanas a nuevos informantes. Todos los edificios, manzanas, obras, cuarteles, comisiones culturales, barrios nuevos debían tener sus correspondientes informantes.

Aquella organización tentacular empezaba a resultar una amenaza para todo el mundo. Hans se dijo que, aunque vivía en un mundo que predicaba la paz, el sol podía desaparecer en cualquier momento del cielo de la ciudad, oculto por la bruma gris que avanzaba formando una inmensa ola, que el calor podía atravesar las paredes, penetrar la ropa y pegarla a la piel. La imagen a la vez oscura y deslumbradora del fuego nuclear se apoderaba a menudo del ánimo de Hans. No volver a ver el sol, saber que la cara de María podía quedar reducida a una sonrisa doncellil impresa en la pared. Todo eso lo tenía obsesionado. Como lo preocupaban también todos esos grupos de personas, de civiles, que traían en camiones con toldo a las puertas del edificio. Unos obreros a los que habían llevado a los sótanos estaban sentados en unos bancos, a la débil luz de bombillas eléctricas. Un perro lobo a las órdenes de un soldado ruso ladraba y correteaba por el pasillo.

Hans sabía que los teléfonos estaban pinchados. Que abrían el correo, que interrogaban a los vecinos de rellano para saber quiénes trabajaban para «el imperialismo belicoso». Los juicios que se celebraban en Moscú preocupaban a Brecht, pero también a Hans Trow: todos los días, en el correo que le llegaba de Moscú, recibía consignas y descubría nuevas acusaciones posibles: «cosmopolitismo», «sionismo», «desviacionismo». En una nota escrita en papel gris y clasificada de «ultraconfidencial» le pedían a Hans Trow que vigilara a Helene Weigel, de origen judío. Acometido de una repentina angustia, Hans Trow dejó la

taza de café y se dirigió a los lavabos, donde arrugó la nota y la tiró por el váter. Se preguntaba si sus servicios no acabarían condenando toda alegría terrestre y puso dolorosamente en duda su propio papel. Miró por el tragaluz y vio que habían comenzado a desplegar las nuevas alambradas alrededor del campo militar y de sus reservas de combustible; ¿cuántas veces destruirían Berlín? ¿Cuántas veces podía destruirse una ciudad ya destruida? Su conciencia le contestó: miles. La pólvora, el combustible, las cenizas, el viento, todo eso podía soplar, inflamarse y empezar de nuevo. Se abotonó, pues, el uniforme. El valor de un hombre honrado no deja de ser su secreto. Velaría por la existencia de María, aunque tuviera que dejar su puesto. Le conseguiría papeles falsos, salvaría al menos a una persona: María podría así reunirse con su hija Lotte. Resultaba como poco de lo más paradójico el que su marido nazi, artista de *music-hall* de dudosa reputación, guaperas de cuello alto y gafas negras, estuviera en Portugal saboreando un vino dulce en una playa soleada. Los canallas nazis se daban la gran vida, y los que vivían allí, en Berlín, tenían miedo.

Los comunicados diplomáticos en los que Stalin recomendaba la reunificación alemana eran al parecer tirados a la papelera con no pocas risas por el secretario de Estado Dulles. Toda idea de «seguridad colectiva», idea soviética, era rechazada.

En Berlín, en las grandes obras de reconstrucción, se asistía a una serie de movimientos obreros y de descontento. En algunos barrios, el ambiente se deterioró tanto que los agentes de seguridad resumieron la situación en informes que hablaban de un probable levantamiento, lo cual radicalizó la postura de Ulbricht. Ordenaron a Hans Trow que estuviera muy especialmente atento a lo que hacía «esa banda de pacifistas» que rodeaba a Brecht, a quien, por un curioso anacronismo, según los informes de María Eich, le tentaba la idea de irse a la China de Mao. Brecht se quedaba embobado mirando un mapa de China que había colgado en el pasillo de los lavabos.

Los informes que denunciaban una deriva formalista abundaban... La intensificación de la vigilancia política sobre el mundo del arte no dejó de hacerse sentir con dureza. A comienzos del mes de agosto, al enterarse de que la comisión había decidido oficialmente que las Bellas Artes excluyeran al gran actor y cantante Ernst Busch de su propia editorial, Brecht quedó sumamente afectado.

Con sus gemelos, Théo Pilla pudo comprobar que Ernst Busch —camiseta gris, pantalón negro— estaba allí, de pie a pleno sol, y que poniéndose y quitándose las gafas sin parar escuchaba a Brecht y Helene Weigel, sentados los dos en un banco junto a los viejos rosales. Invitaban a Buckow a los desviacionistas de derecha.

En sus informes, por otra parte, María hacía insistentemente hincapié en las lecturas «derechistas» de Brecht, quien cada mañana se pasaba un buen rato leyendo *Newsweek*, *Quick*, *Münchener Illustrierte*.

Una tarde María vio que Brecht tenía cerrado con llave un cajón de su escritorio. Contra la advertencia de Hans Trow, que le había dicho que no llamara nunca por teléfono si se trataba de una cuestión delicada, llamó desde el pueblo de Buckow y

dijo que tenía que ver a Hans Trow. Théo, sin embargo, en un tono displicente, le contestó que bastaba con que encontrara la llave («en algún sitio tendrá que estar»), que en el cajón en cuestión habría seguramente extractos bancarios, cartas «más bien guarras» y puede que algún poema desviacionista y amargo de un «tipo que podía pasarse por la piedra a las tías más buenas del régimen». Endureció el tono al decir que, mientras tanto, lo que quería saber era lo que Ernst Busch les decía a Brecht y a Weigel, «casi con puntos y comas». Y al final, en un tono renegón, la informó de que sería mejor que en adelante dejara de llamar sistemáticamente por cualquier «chorrada».

María tuvo la absurda idea de volverse a Berlín. Tenía que ver a Hans Trow. Él nunca le habría contestado con aquel desdén y desabrimiento. Era el único que sabía reunir datos, analizarlos, seleccionarlos, aclararlos, juzgarlos con perspectiva, el único que creía en la virtud y las alegrías del Deber. Ella estaba ya cansada de vivir en aquel mundo grosero, entre viejos pelmas intelectuales y estudiantes hipócritas que sólo querían obtener favores y colocarse. Hans Trow la había llamado a ella porque había visto que tenía «un corazón ardiente» y era el único, entre toda aquella gente cínica, que parecía tomar en consideración a sus informantes.

En la cena Brecht le montó una escena a María porque ésta se había depilado las piernas con sus cuchillas de afeitar.

—¡Por favor, María, no toques mis cuchillas de afeitar! No quiero tener que repetírtelo.

Las conversaciones cesaron en torno a la mesa del jardín. No se oyó más que el zumbido de una avispa que se ahogaba en la jarra del agua y el rumor de los tilos.

Helene Weigel trató de enderezar la conversación. Encendieron unas velas. María se sentía rara, se decía que había caído en una trampa como la avispa en la jarra. Oyó reír a Weigel, Brecht y Ernst Busch, que en ese momento leían un folleto sentados en la escalinata de la casa. María decidió que forzaría el cajón cerrado con un cuchillo de cocina. Debía llevar a cabo su misión fríamente.

La velada comenzó a decaer. Todo el mundo se quedó sentado a la mesa en silencio viendo a Brecht jugar al ajedrez, mientras el tiempo revoloteaba con los mosquitos. María se sintió definitivamente caída en desgracia cuando Helene Weigel le preguntó por qué ella no tenía el carnet del Partido. Aunque ¿quién caía en desgracia ante quién? A lo mejor era ella la que dejaba a aquella gente falsa. Todos fingían estar pendientes de si Brecht iba a mover su caballo...

De pronto el cielo se nubló y refrescó. María se deslizó por el patio hasta una puertecilla que daba directamente al despacho de Brecht, iluminado por una lamparilla de papel marrón con fisuras. Al tratar de forzar el cajón se dio cuenta de que sólo tenía que darle unos golpecitos y levantarlo metiendo la mano por debajo para que el pestillo cediese.

Descubrió borradores de cartas en las que Brecht se quejaba a Ulbricht por lo que en las reuniones oficiales se comentaba acerca de su modo de adaptar a los clásicos.

Bajo el forro de fieltro del cajón había también listas y textos sueltos.

María abrió un sobre de papel de estraza que contenía informes procedentes del FBI, en especial uno fechado el día 6 de junio de 1944 (una fecha inolvidable). El agente Thompson daba razón de una entrevista de Brecht con el cónsul checo en Los Ángeles, Edvard Benes. Pensaban que el dramaturgo estaba informándose sobre la posibilidad de obtener pasaportes para él y su familia con vistas a un rápido retorno a Europa.

Otro comunicado del FBI del 16 de junio refería el encuentro de Brecht con el vicecónsul ruso, Gregori Kheifetz. En un sobre blanco y grueso abierto por un lado con un simple tijeretazo había una carta de Ruth Berlau con fecha de 26 de julio y matasellos de Pacific Palisades. La bella sueca, embarazada, había cogido el avión de Nueva York para dar a luz en California, junto a Brecht. Al futuro padre le decía que se había alojado cerca de la casa del actor Peter Lorre (el protagonista de *M, el vampiro de Düsseldorf*), en los apartamentos Motor Hotel. El tono de la carta era tirante. Otros dos informes del FBI redactados por ese mismo Thompson demostraban sin lugar a dudas que el «hombrecillo moreno con gorra y chaqueta de tela gris» que había acudido a aquellos «apartamentos Motor Hotel» era el dramaturgo marxista Bertolt Brecht. Un último informe hacía saber que el 3 de septiembre de 1944 había venido al mundo un tal Michel, hijo de la actriz sueca Ruth Berlau, en la clínica Los Cedros del Líbano. En el margen, escrito a lápiz, añadían que el pequeño había muerto a los pocos días de nacer.

María ocultó los documentos en su toalla y colocó bien el forro del cajón. Ya fotografiaría todo aquello con más tiempo. Lo que acababa de descubrir la había emocionado.

De todas las notas, cartas, fragmentos de diarios de trabajo, poemas que había tenido en sus manos, lo que más impresión le hacía era aquel informe sobre el nacimiento del hijo de Brecht y Ruth Berlau. No volver a tener un hijo... nunca más... ésa es la verdadera maldición, pensó. Dejar Alemania Oriental, sola, supondría sin duda haber fracasado. Haber fracasado política y personalmente. Se veía yendo de pensión en pensión por el sector norteamericano con su hija Lotte, comiendo sola, rodeada de innumerables parejas como de una inaccesible felicidad. Se imaginó las noches tristes sentadas a la mesa, lo poco que tendrían que decirse una hijita única y una mujer que estaría marchitándose lejos de los teatros, de los hombres, de Hans Trow. No podría siquiera visitar a sus amigos de infancia, Viena estaba bajo control soviético.

A todo eso estaba dándole vueltas en la cabeza cuando oyó a un grupo de personas que hablaban en voz baja, risas, tintineo de vasos. María retrocedió y abandonó la zona del *parquet* en la que daba el sol. Nunca se había imaginado yendo de aquí para allá con su hija. Algún día Hans Trow acabaría en una cuneta, eliminado por sus colegas de Moscú... Sí, se vería acorralada por la soledad, una soledad que se extendería más allá del Mecklemburgo, más allá de Alemania Occidental, que

llegaría a orillas del Báltico.

Y así, un día, ante un paisaje de mar en calma, gris, monótono y frío, empezaría otra cosa. ¿Qué? Otra vida.

María oyó de pronto la voz de Brecht en el pasillo:

—¡María! ¡María! Venga con nosotros...

María cerró el cajón y se arrimó a la pared.

Brecht entró, estaba colorado y la frente le sudaba, chupeteaba un Corona y sonreía.

—Usted viene a mi cuarto cuando no estoy, y cuando estoy, se larga...

María no trató de sonreír.

—Sale usted a pasear cuando llueve —continuó Brecht—, pero cuando hace sol se encierra en su habitación. Cuando la deseo, se abrocha usted la blusa y se cierra de piernas, y cuando por las mañanas bebo champán con mis invitados, viene usted a husmear en mis sábanas, a ver si he escondido algunos pensamientos lamentables, si he metido bajo el colchón algún pasaporte suizo, si he escrito en algún sitio que estoy planeando asesinar al camarada Ulbricht. No sé si conseguirá encontrar lo que busca, María, pero me está jodiendo bien. No sé lo que voy a hacer con usted... —y se corrigió—: Contigo...

Carraspeó y bajó la voz.

—Queda tarta de arándanos que ha hecho Helli. ¿Quieres?

Por la ventana entraron dos mariposas retozando y revoloteando, ruidos de jardín, cantos de pájaros, aire fresco, sombras movedizas.

Brecht cogió un portaminas que llevaba en el bolsillo de la camisa y sacó su cuaderno del bolsillo de su chaqueta de lino, colgada tras la puerta. Y escribió algo. Boquiabierta, María miraba el hueco de la cama de Brecht preguntándose por qué no soportaba meterse entre el cuerpo de aquel hombre y la pared: necesitaba aire, siempre aire. Le entraron ganas de darse una caminata en medio de la paz de un bosque, de un santo bosque, y encontrar al final de un sendero el coche negro y a Hans Trow esperándola.

Brecht remetiÓ la mina y miró a María:

—Hagamos las paces, ahora.

La cogió por los hombros, la atrajo hacia sí y le chupó el lóbulo de la oreja.

—¡Vamos! —Y susurrándole al oído añadió—: Y sonría, sea cordial y amable con nuestros invitados.

Hans escupía en el agua. Se sentía como un estudiante de vacaciones en Berlín. Miraba las puertas cerradas del Deutsches Theater. Como el calor aumentaba, se quitó la chaqueta y se acercó a ver unos cartelitos de *El señor Puntilla y su criado Matti* que había metidos en cajas con cristal, como si fueran menús. Miró el reparto y vio que María Eich figuraba en el papel de Fina, la doncella, y que su nombre estaba escrito en caracteres pequeños. ¿Quería eso decir que ya no volvería a interpretar los papeles principales? Hans se alejó del teatro camino de los muelles del Spree.

Vio allí, al pie de dos chopos, a un anciano que tenía varios objetos expuestos sobre una manta militar, un pequeño reloj de péndulo, dos relojes de pulsera masculinos de preguerra, tres tomos de Goethe, peines y cepillos para el pelo. E instintivamente se preguntó quién era aquel hombre de rostro regular y que parecía no esperar ya nada.

«¿Un hombre? ¿Eso qué quiere decir? ¿No has dicho hace un momento que eras chófer? Acabo de pillarte en plena contradicción...». En *Puntilla* había alguien que decía eso, quizás el mismo Puntilla. ¿Había sido boticario? ¿Jefe de comedor? ¿Tratante en madera? Viendo a aquel hombre al pie de los chopos se dijo que la miseria y la guerra lo habían reducido al estado de chopo. Sin más amarguras pero sin ilusiones tampoco, la sal del buen humor y de la esperanza lo había secado todo.

Hans Trow cogió los tomos de Goethe y los olió para sentir nuevamente aquel aroma a papel viejo y desván que le evocaba los tiempos de preguerra. Una época tranquila, de penumbras, vajillas de plata y grandes familias austeras con algo del siglo diecinueve. Le compró los tres libros y le dio además tres vales de carbón. Sin sonreír, sorprendido, el hombre se pasó largo rato envolviendo los tomos en un viejo pliego de papel de carnicero cuidadosamente alisado...

Bajó luego unos cuantos escalones y se sentó dejando colgar las piernas sobre el río. Oía un gorgoteo a lo largo de unos tablones apilados en un hoyo negro. La tristeza inquietante y soleada de Berlín en pleno verano...

Vio pasar por arriba la figura de una joven rubia, muy rápidamente, y pensó en María. ¿Adónde la había arrastrado? María cumplía con su misión seguramente igual que lo había hecho con la catequesis, pero en realidad él no conocía sus ideas políticas. ¿Las tenía? Sabía tan sólo que tenía «un corazón ardiente y puro» y era la única persona a la que no había sentido deseos de juzgar, de manipular. Lo disgustaba pedirle que fotografiara aquellos amargos poemas, aquella letanía de decepciones que Brecht escondía en sus cajones como un niño travieso.

Hans empezó a hojear los volúmenes de Goethe pensando en la manera de sacar a María Eich del Berliner Ensemble. Un ruidito de agua atrajo su atención. Lo único vivo en aquel barrio paralizado bajo el sol era aquel gorgoteo, la corriente que golpeaba contra los tablones y unas cañas medio podridas.

Y se dijo que amaba a María Eich, aunque con un amor que parecía un animal enjaulado, una bestia antediluviana encerrada en una inmensa fortaleza vacía. Cuando pensaba en aquel sentimiento, lo único que veía era su incapacidad para ponerlo en práctica. Prefería fracasar sin saber el porqué. Prefería el sexo ocasional, los flirteos de oficina, las prostitutas de los barrios periféricos. Preservaba aquel amor —era curioso— como un anciano que contempla un reloj de péndulo y cuya esfera de cristal abre con una llave de oro, con toda delicadeza, para darle cuerda, oírlo dar las horas, sonar, ver palpitar su mecanismo ínfimo. Oía latir el corazón de María dentro de sí. Extraño: quería poseer a María sin tocarla, simplemente no tener que estropear su amor por ella. Dejarlo intacto.

¿Cómo conseguirlo?, se preguntó.

Alejándose del foco del seísmo...

Eso se dijo —con la chaqueta al hombro—, no tenía ningunas ganas de analizar su bloqueo afectivo. No quería despojar de nada a María y dejarla luego vacía y desarmada, como tantas veces había hecho. Pues las mujeres con las que había estado no habían desempeñado en su vida de oficial sino un papel secundario. Lo duradero, lo equilibrado, no lo encontraba más que en su trabajo y en el discreto miedo que inspiraba. No quería apoderarse de María y hacerle sufrir su avidez. En adelante su misión sería sacarla de aquel laberinto berlinés, permitirle recuperar su libertad en otro sitio, en la otra Alemania o donde fuera.

Y al volver al Deutsches Theater se alegró de ver el nombre de María escrito con letra pequeña en los carteles: ella volvería al anonimato.

María desobedeció las órdenes. Dejó el despacho de Brecht y con el pretexto de ir por leche cogió la bici y fue al pueblo. Llegó al corral al que ya había ido una vez y cuando tuvo lleno el cubo se dirigió a la oficina de Correos. Esperó a que le pasaran con Berlín acodada en la tabla de madera de la cabina telefónica. Los minutos pasaban y el corazón parecía ir a salirse del pecho. Alguien llamado Karmitz le dio cita en un antiguo cuartel abandonado de la Wehrmacht, cerca de Prötzel, a unos veinte kilómetros de Buckow. María tomó nota, dejó caer el bolígrafo, el sobre marrón en el que estaba escribiendo.

Colgó y estuvo un rato sin moverse, el tiempo de liberarse de la opresión, de calmarse. Sudoración axilar, corazón palpitante, como un conejo saltando en la conejera, pensó. Tomó aliento y abrió la puerta de la cabina, que quedó llena del aire viciado de su miedo.

Caminar pausadamente. Sentir firmeza en las piernas. Un zumbido de insecto sonó en su oído izquierdo y se preguntó si no estaría desarrollando un cáncer cerebral.

Cuando al final sintió que el corazón no le estallaría en aquella oficina de Correos se obligó a sonreírle a la joven empleada y le dijo que Buckow era el lugar más bonito que conocía. El semblante incrédulo de la empleada la pilló desprevenida. Se preguntó si no despertaría sospechas fingiendo tanto optimismo en una oficina tan tristona.

Hermosos robles, una carretera mal asfaltada, casitas enjalbegadas, pájaros que levantan el vuelo hacia un cielo azul. Y montes claros hasta donde alcanza la vista.

María siguió el plano torpemente dibujado en el dorso del sobre y se halló ante una serie de construcciones rodeadas de alambradas. Un patio vasto de paredes agrietadas y ligeramente combadas. Un cobertizo y, a la izquierda, un refugio de hormigón con troneras medio ocultas por hierbas altas. Allí en pleno campo, abandonado, el antiguo cuartel resultaba siniestro. El horizonte verde de los campos, el espacio infinito del cielo, las nubes, algunos pájaros que piaban en árboles frutales.

María bajó una escalera y llegó a una sala en semipenumbra con múltiples pilares de hierro y largas hileras de mesas y bancos apilados. Hans Trow la esperaba sentado al pie del enorme reloj del comedor. La luz que entraba por la ventana le iluminaba el traje gris y la camisa blanca, impecablemente planchada y cuyo cuello llevaba abierto. Se giró para ver a María acercarse, y cuando ésta estuvo cerca levantó la cabeza con aire embarazado.

Hola, Hans, dijo, pensó, repitió ella interiormente.

—Tengo poco tiempo —dijo Hans.

Pues dedícamelo a mí todo, por favor, pensó ella. Y se plantó delante de él, sintiéndose violenta y sonriendo con aire no poco solemne. Parece un joven sencillo,

aunque ¿existen los jóvenes sencillos de corazón puro, en este país sin rumbo?...

—¿Qué tal?

No entiende lo que oye. Hans se gira, sonrío imperceptible y dulcemente. Haciendo tintinear algo metálico en el bolsillo le dice:

—¿Por qué no se ha ido al Oeste?

Y se sienta en la esquina de una mesa.

—Si usted me lo hubiera pedido...

—Le habría dicho que podía irse.

María se estremeció, se retiró un poco y su mirada recayó en las pintadas obscenas que había en la pared, ampolladas por la humedad. Se sentía enajenada, fantasmal. Apretó los brazos sobre la blusa. Hans Trow advirtió que María estaba temblando. Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—¿Se encuentra bien?

—No mucho —y añadió—: Me ocurre a menudo.

Hans la miró con detenimiento y los músculos oculares de María palpitaron levemente. Hans no supo qué decir; le cogió con suavidad el bolso por las correas y abrió limpiamente la cerradura de cobre. María pensó: dadme una isla donde amar a este hombre, no importa cuál; dadme a mí sola a este hombre, aunque sólo sea una semana en toda mi vida...

Las largas hileras de mesas transmitían una tristeza inmensa. Los bellísimos brazos de María colgaban sin vida. Hans estaba examinando las fotos, las ordenanzas, los sobres cuajados de notitas escritas por María con una letra menuda y que eran tanto reflexiones personales como frases de Brecht que cogía al vuelo cuando éste, después de tres aguardientes, se soltaba a hablar por las noches, en medio de las velas.

—¿Qué le ha hecho?

—Nada en especial.

—Sigue pensando en China.

—Sí.

Dios mío, pensó María, que me tome, que me retenga, que no se vaya jamás... jamás... Te lo ruego, Dios mío...

—Tengo poco tiempo, María, pero es preciso que se marche usted al Oeste.

Sí, Hans, claro, Hans, ¿no lo ves, Hans, que tienes que venir conmigo?

—Es usted extraña, María Eich, pero tiene que irse, lo de la plusvalía comunista acabará por no valer la pena, sobre todo para alguien como usted. No está usted en condiciones.

«Yo soy un corazón ardiente y puro», estuvo a punto de decir ella.

—No tiene por qué seguir dependiendo de esa gente.

Hans buscó palabras complacientes, corteses, sinceras para conjurar el desamparo que transmitían aquellos ojos tan próximos.

—Ha hecho usted todo lo que podía hacer, María.

La cogió por la muñeca, el bolso abierto estaba sobre la mesa, en medio de los dos, ella quiso acercársele más y perdió el equilibrio, hundió su rostro en la chaqueta de él y se quedó quieta. La hierba cálida y muelle bajo los pinos de nuestra isla, los dos, una semana, no pido más que una semana.

Hans se apartó lentamente y se puso a recoger las fotos, que se habían desparramado por el suelo.

—Tiene usted que irse... Cuando en septiembre vuelva a Berlín tendrá los papeles para el Oeste, dinero, yo me ocuparé en persona...

María parecía una estatua, los ojos desorbitadamente abiertos. El labio inferior le temblaba. Hans recogió los papeles, le pasó el bolso, quería tratarla con la mayor cortesía y sensibilidad, aunque María parecía estar en Babia, como atontada.

—Le doy las gracias —dijo ella con una voz neutra.

—No me las dé, María.

Salieron al patio. La brusca luz del sol los deslumbró.

—No esté triste —dijo él—. Aunque no nos veremos más.

Pasaron junto a una especie de balsa de cemento con juntas de alquitrán. Un coche soviético negro, uno de esos enormes vehículos oficiales que constantemente iban y venían por Berlín, estaba esperando.

Hans abrió la portezuela y miró a María.

—¿A dónde va?

—Por mi bicicleta.

Las últimas gotas de mi sangre y de mi vida son tuyas... La dificultad de respirar. Voy a morir, pensó María, con los ojos empañados.

El coche giró con un resplandor de parabrisas y desapareció tras las vallas. Se acabó la isla, los jardines olorosos. Lo único que había era una vieja tapia, unas ventanas con rejas. María se sintió oprimida por un paisaje inmenso. Hierba sin reflejos. Pedaleaba llorando quedamente y contemplando el vasto cielo, incrédula.

Dadme una semana en una isla con él, un solo día...

Es una breve película de imágenes blancuzcas y rayadas que avanza como a saltos y por cuyos bordes se deslizan unas curiosas aureolas marrones. Se ve una barca en medio de la reverberación matinal del lago. Destellos negros a la izquierda de la imagen. María Eich lleva unas enormes gafas oscuras, un jersey gris de cuello cerrado y unos pantalones anchos que a ratos flamean al viento. Un pañuelo le ciñe el rostro.

Brecht, en mangas de camisa, rema despaciosamente. La barca se desliza a trompicones por el agua. En segundo plano se ve una hilera de abedules. Brecht lleva de nuevo la gorra puesta. Rema con ademanes cansinos e intermitentes mientras María Eich lee unas hojas que parecen tener la consistencia de servilletas de papel. No se ve bien por qué María, en lo oscuro de la embarcación, se inclina hacia la parte opuesta a la de la cámara, pero se oye, un tanto deformada por los parásitos, la voz de Théo Pilla que comenta: «Pasada la fase de los arrullos, ella se dio cuenta de que el muy cerdo no quería más que retozar y revolcarse con ella en su pocilga».

En la profundidad monótona de sombras plateadas María alarga el brazo y suelta las hojas no en la barca, sino en el agua. «Pero ¿qué está haciendo?», pregunta alguien, y Hans Trow, entre la leve crepitación mecánica del proyector, murmura: «María se venga de Brecht tirando las notas para un discurso a la sección de artes escénicas y listas de nuevas tareas del teatro elaboradas por el maestro y señor...». «¿Tenéis esas notas?». «Las tenemos. Nuestro agente las fotografió directamente de la máquina de escribir del maestro». «Muy bien», tercia en la penumbra una voz ronca, mientras se ve a Brecht que, soltando los remos, se pone en pie de un salto — la gorra se le cae al agua, donde queda inmóvil— y le coge los brazos a María, que intenta esconder las hojas a su espalda. Brillando al sol, algunas de éstas se esparcen, se alejan de la barca, se pierden entre las reverberaciones de las cañas. «Dejádmelo sobre mi mesa. Lo enviaremos a Moscú», murmura alguien al fondo de la sala.

La barca va a la deriva. María, sin gafas, se retira el pelo de la cara. Brecht, a cuatro patas, extiende una de las hojas mojadas en el suelo de la barca. Sí, Brecht sigue intentando recoger las hojas que flotan como nenúfares. María nada, se divierte. Las gratas sombras que proyectan los pinos. Brecht vuelve a coger los remos mientras una joven en traje de baño desaparece entre las sombras. De pie, Brecht siente la perplejidad de un instante muerto. El paisaje vibra. La cabeza de María resurge entre la oscuridad centelleante y la vegetación del embarcadero y, riendo, vuelve a desaparecer entre las rayas de una imagen saturada de sol: la película que se rompe...

Cuando al poco pusieron de nuevo en marcha el proyector, fue como otra película. Las hojas de papel habían desaparecido, nada había ocurrido, el lago volvía a ser un espejo del cielo, un espejo vacío, y en la parte superior izquierda de la

pantalla se veía a una mujer nadando. Hubo un corte y en el siguiente plano apareció la imagen de unas pestañas de mujer negras, aún húmedas y enredadas, y Hans dijo:

—Eso fue filmado algo más tarde.

Encendieron la luz del recinto, poblado de gente en uniforme.

Wilhelm Prachko, del grupo 4 de la Stasi, escuchaba el informe de Hans Trow:

—María Eich interpretaba divertidas comedias en Viena y no está preparada para las tensiones que vivimos. Con todo, nos ha suministrado informes muy fiables. Ella detesta esa dramaturgia brechtiana que cree en una era científica aplicada a la literatura —y añadió—: Ha creído siempre que el teatro no es sino una serie de pases hipnóticos, un arte de magos o de faquires... En eso no es más que una actriz vienesa de fin de imperio que no entiende más que las escenas de amor, las nobles hazañas, los suspiros ardientes y los príncipes azules.

A continuación se habló de lo lentos y penosos que resultaban los trámites para pagar las pensiones a los combatientes de España. Luego aquellos seres uniformados se levantaron y salieron charlando de la sala.

—¿Dónde está ella? —preguntó Wilhelm Prachko.

—En su apartamento de la Schumannstrasse —repuso Hans Trow.

—Lo dejo en sus manos.

La víspera de su regreso a Berlín, en otoño, Brecht se levantó antes del amanecer. El lago se veía gris y melancólico. La niebla se disipaba, los pinos iban apareciendo. Vestido con su viejo impermeable arrugado, sus chanclas deformadas, Brecht regó las plantas. Dejó luego la regadera y se quedó contemplando el lago.

Bajando las escaleras de la casa grande apareció Helene. Llevaba ropa para tender.

—¿Ya te levantas?

—No he dormido bien...

—Yo tampoco.

—Me preguntaba cómo decirle ciertas cosas a María...

Helene fue por dos tazas y café.

—Si no sabes cómo decírselas, no se las digas.

Bebieron.

—No tiene una verdadera formación.

—Tiene encanto.

—Buf —suspiró Helene Weigel—, ¿y quién no?

—Tiene una belleza... interior...

Helene se echó azúcar y sus minúsculas pulseras tintinearón.

—No la he visto.

Caminaron hasta el pabellón cogidos del brazo.

—Ha acabado dándose cuenta de que no da la talla.

—Ya era hora.

—Tiene algo.

Silencio. Brecht se sentó en los escalones y se caló la gorra hasta la nariz.

—No puedo deshacerme de ella así por las buenas.

—Pues ¡quédatela! No harás sino darle coba, que es exactamente lo que hiciste con el bastardo de Wriccles en Santa Mónica, por otra parte.

—Ella estaba hecha para Broadway, una cosita resplandeciente para un teatro pequeñoburgués.

A las nueve y cinco apareció María, vestida con una blusa de lunares azules y un hermoso pantalón corto caqui que moldeaba sus caderas. Se había plantado una margarita en el pelo.

Se sentó a la mesa del jardín. Brecht leía las cotizaciones del café y del estaño en un periódico norteamericano y mascullaba en voz baja. Se enteraba de que los países productores de café sólo tenían cuatro o cinco compradores en todo el mundo, y que éstos compraban a precios muy bajos. Pero su café matutino era asqueroso, mira por dónde.

Brecht le contó la peregrina historia de una pareja para explicarle lo que era el

«distanciamiento». De lo egocéntrica que era, una mujer ponía en peligro la capacidad de trabajo de su marido, por lo que éste decidió sustraerse a su influencia. Ahora bien, todo el arte conyugal consistía en decidirlo como si tal cosa. Actuar con frescura, solicitud, amabilidad, cariño. Cuanto más evidente e inapelable era la decisión de abandonar a su mujer, más se esforzaba el hombre por pensar bien de ella. Eso sí, había que abandonarla de una manera objetiva y por tanto distanciada, como lo hacemos con quienes no son particularmente íntimos. En lugar de enfadarse por sus caprichos, el marido se obligó a justificarlos y aprobarlos.

—Lo más difícil es dejar a alguien sin despreciarlo.

—¿Lo dice usted por mí?

Mediada la mañana, Brecht se puso a hojear un volumen de sonetos de Shakespeare.

Luego se reunió con María, que miraba el espejeo del lago allá lejos, en actitud hermética.

—¿Cómo te va?

—No muy bien.

Él no insistió.

A mediodía, en la mesa, todo el mundo habló de que las representaciones en Berlín no habían tenido muy buen eco en la prensa. Luego se hizo el silencio. Unas avispas zumbaban alrededor del frutero.

Después de comer María hizo su maleta y aprovechando que Ernst Busch llevaba coche se volvió a Berlín.

Fue un fin de semana de brumas. Berlín quedó sumido en una calima amarillenta. Todo se volvió esqueleto, ramajes, masas, vapor, humo, impregnación húmeda, ruido de alas, líneas chirriantes, halos, enormes masas trémulas y difusas que pasaban rozándolo a uno. Durante dos sobremesas María oyó a Brecht hablar de Karl Valentín, aquel actor cómico delgado que tanto le había enseñado al joven de Augsburgo sobre el arte de la pantomima, luego acabaron discutiendo interminablemente como verduleras. Brecht llegó a la siguiente conclusión: Nos deshacemos en lágrimas ante nuestros actores cómicos, nos desternillamos de risa frente a nuestros trágicos, el sentimiento pequeñoburgués es la medida de todas las cosas, vamos, que nada ha cambiado, que todo es posible, por desgracia...

El miércoles hubo cielo azul. Le cortaron el teléfono y María tuvo la impresión de que habían entrado en su apartamento; y en su camerino encontró un número bastante antiguo del *Neues Deutschland* que hablaba de juicios contra exnazis cuidadosamente doblado por la página cuatro, en la que, de forma extraña, aparecían los nombres de su marido y de su padre. ¿Quién habría entrado en su camerino para dejarle allí el periódico?

Salió para enviarle un telegrama de felicitación a su hija, que acababa de cumplir seis años. Callejuelas mojadas. Una pequeña tienda con paneles de aglomerado en lugar de cristales parecía abandonada. Dentro, acostado sobre unos viejos tomos de comedias de Shakespeare, había un gatazo de pelaje blanco y polvoriento que levantó la cabeza y observó unos papeles remolinear en la callejuela. María entró con idea de comprar aquellos volúmenes, que resultaron ser, sin embargo, demasiado caros; le habría gustado regalárselos no a Brecht, sino a Hans Trow, lo cual no tenía ningún sentido. El recuerdo de aquel gato que miraba remolinos de papeles la marcó durante varios días. Señal de lo frívola que era. Al pasar por delante de un instituto oyó cantos patriotas, *Alemania, patria unida, Que brille el sol*, que si patatán, que si patatán, luego cruzó una especie de muralla de hormigón al otro lado de la cual había una serie de seres uniformados que se fotografiaban.

Por la noche se puso un vestido largo de lentejuelas color azul malva, se pintó los labios y las uñas, se puso unos zapatos de tacón, sacó su collar de perlas de un joyero de terciopelo y se dirigió a una gran recepción que se celebraba en casa de Pieck para condecorar a Hanns Eisler, el músico oficial.

Al subir la escalinata y ver a todos los burócratas allí reunidos se sintió fatal; le ofrecieron una copa de champán. Se paseó con ella por delante del ventanal, vio un campamento militar. Construcciones de un amarillo mate iluminadas por los conos de luz de altas farolas donde se arremolinaba la llovizna.

Se rumoreaba que allí habían instalado los nuevos servicios de la Seguridad del Estado, así como centros de formación de profesores para las escuelas de la Policía

Popular. María se sintió sepultada en un enésimo año de guerra, atrapada en un invierno sin fin, un universo de uniformes, de avenidas cubiertas de cascotes que parecían ceniza, un universo en el que todo lo que constituía la vida civil —las órdenes, los brindis por la paz y la fraternidad de los pueblos, los sellos de los servicios de seguridad, las firmas, las menciones personales— no era ya un trámite momentáneamente obligado sino la inexorable ley de un mundo de miedo, de migración interminable, y en el cual todo tenía un aire de comedor para poblaciones hambrientas. Por todas partes chapoteamos en el barro, las ruinas, la delación, pensó María. Veía desplegarse un país negro hecho de mica y de cristales helados, un mundo de tablones, de sacos de cemento, de ladridos, de alambradas, de edificios abandonados, de un tiempo que no dejaba de dar vueltas y del cual nadie despertaría jamás.

Aquel mundo gorgoteaba bajo la incesante lluvia, en medio de la infinita miseria de los eslóganes. Un mundo de fantoches y autómatas, de juicios interminables, de informes, de comisiones, de firmas obligatorias, de Cámaras del Pueblo, de labor pedagógica evaluada, de instrucciones, de reglamentos de policía criminal, de esperas desenmascaradas, de emociones legales, de desfiles militares, de asambleas juveniles, un universo de palas, de picos, de balastos, de trabajos forzados, de inspecciones y de convicciones permanentemente reafirmadas, de camisas y blusas azules, de niños en fila, María no lo soportaba. Ella quería una isla, un mar verde profundo, toda el agua de una inmensa ola para anegarlos, las grandes pleamares, los grandes vaivenes del océano para olvidar.

Los militares uniformados eran como una sombra a su alrededor, un vago murmullo. Se hablaba de cultura musical, de artículo 6, se exhortaba al boicoteo del sector oeste.

Enrolar, decantarse, triunfar. Interminables procesiones de masas, discursos tribunicios, sueltas de palomas, eslóganes enérgicos entonados, declaraciones rimbombantes en los periódicos, arengas, demagogia, exterminio de las clases burguesas, banquetes de gente en uniforme gris, designación de elementos asociales por eliminar, clases enteras de adolescentes que balbuceaban poemas optimistas, retratos de Stalin o de Wilhelm Pieck en marcos acristalados: ése era el mundo en el que se movía María.

Mujeres con faldas largas y blusas austeras que desfilaban entre un bosque de pancartas coreando eslóganes de esperanza. María rehuía a todos aquellos que, en las reuniones oficiales, hablaban en voz baja de los que habían suscrito compromisos dudosos con la pequeña burguesía del Oeste, a todos aquellos miembros del Partido que, al cruzar el patio sembrado de hojas muertas, hablaban de los tejados brillantes de lluvia del Oeste como si por ellos se pasearan arañas gigantes. María se abstenía de contestar nada a quienes se sometían a una idea única que pervertía toda capacidad de juicio. Se quedaba callada ante aquellos macizos miembros del Partido que, en mangas de camisa, tirantes anchos, se mecían sentados en las butacas del club La

Gaviota y entonaban una y otra vez canciones de su juventud comunista. Evitaba a quienes tomaban públicamente partido por una causa que llevaban quince años sin seguir. Todo aquello la molestaba, la sublevaba. Ella se hacía preguntas, ella se sentía sola, desarmada frente a Weigel, frente a Brecht, que ya no utilizaba su talento mordaz más que para dar evasivas a los que le preguntaban por qué sacrificar su genio a una falsa causa oficial; desarmada frente a todos aquellos que deseaban mostrarse ejemplares e inmolaban su sensibilidad, su arte, su buen gusto en aras de los implacables intereses políticos del momento. María no lo soportaba más.

# Berlín Occidental

1952

Al amanecer  
son los abetos cobrizos.  
Así los veía yo  
hace medio siglo  
y dos guerras mundiales  
con ojos jóvenes.

Bertolt Brecht.

## 1

El despacho del capitán Alan Croyd estaba situado en el chaflán del segundo piso de una de esas villas que bordean la Richterstrasse. Desde el ventanal se tenía una soberbia vista sobre un antiguo hipódromo convertido en campo de entrenamiento para marines y centro de suministro de combustible. En el viejo estadio Hebbel, en previsión de un largo bloqueo, el cuartel general aliado había instalado un centro de avituallamiento para la población berlinesa, con barracones de techos de hormigón llenos de artículos de primera necesidad.

La villa de al lado —una villa de cemento y balcones a la usanza oriental— albergaba toda la quincallería electro-óptica de la CIA.

La que fuera residencia de los príncipes Herdenberg estaba ocupada por los archivos del general Stanley Bay. En ellos podía encontrarse toda la documentación de los servicios secretos que habían ido recogiendo una serie de oficiales a punto de retirarse y que sólo leían la sección deportiva del *New York Times*, así como todo lo relativo a la propaganda de los políticos de Pankow. Al otro lado de los archivos, en medio de una luz azulenca, repiqueteaban los teletipos que recibían mensajes de la central de Washington DC. Un hombre en bata blanca acudía de rato en rato y arrancaba las tiras de papel que no paraban de enrollarse en cilindros de linóleo. En una estancia de paredes grises situada al otro lado del pasillo había unas cintas

magnéticas marrón oscuro que rotaban lentamente, y, ocupando toda la parte superior del reducido recinto, unos cajones metálicos en los cuales se guardaban todos los negativos de las fotografías tomadas desde el aire en todas las incursiones aéreas que, desde Hamburgo hasta Dresde, habían reducido Alemania a una serie de franjas costeras sobrevoladas por ánsares.

Entre papelotes, a la luz de una lamparita de acero gris que iluminaba unas entradas del club de tenis del cuartel general, Alan Croyd examinaba a conciencia los documentos de María Eich. El cono de luz caía sobre una nota adjunta proveniente de los servicios británicos de Viena instalados en el Kohlmarkt.

El capitán Alan Croyd estaba sumido en una meditación tan profunda que parecía dormido. El papel azul de la nota, con arrugas y rastros de carbón, temblaba ligeramente en su mano izquierda. De pronto, aquel hombre austero de tez grisácea alzó la mirada hacia María. De una caja de hierro en la que se veía representado un viejo marinero rodeado de cachalotes —una caja de un metal mate que alguien debía de haber rascado con una navaja— salía un vago olor a tabaco. Había también un manual de conversación anglo alemán publicado en Zúrich en 1933 y una tarjeta roja del servicio diplomático.

Croyd retomó la conversación en un tono condescendiente y fatigado, como si se tratara de algo que hubiera que despachar para pasar a lo siguiente.

—¿De qué hablaba usted con Brecht?

—De nada serio.

—¿Quiere usted decir nada de política?

—Sí, eso.

—Pero en su presencia, ¿se hablaba de cosas serias? ¿De política?

—Sí, con Helene Weigel, con sus ayudantes, con directores de teatro.

—¿Y con usted no?

—No, conmigo hablaban de... frivolidades...

—¿Como por ejemplo?

—Mi ropa, mis piernas.

—Era usted su... querida... ¿no?

—No lo sé... Eso creí yo mucho tiempo... No en los últimos meses...

—¿Qué decía él de nosotros, los norteamericanos?

—Guarda malos recuerdos de Hollywood... Decía que... Solía decir que los norteamericanos y los ingleses no saben «terrestrizar» la experiencia artística. Que siempre metían en todo la Biblia... Y que el nuevo teatro debe «desmeta-fisiquear».

—¿Sabía usted que fue llamado a comparecer ante el Comité de Actividades Antiamericanas?

—Sí.

—¿Se hizo miembro del partido comunista?

—No lo creo...

—¿Le ha hablado a usted de Joe Forster?

—No.

Croyd anotó algo en un cuaderno azul en el que se veía el emblema del águila norteamericana. Luego dejó el bolígrafo y le sonrió a María. Empezó a abrir cajones.

—¿Le ha hablado a usted de la posible compra de una casa en Suiza?

—Nunca.

—¿Tenía él dinero consigo?

—Un poco.

—¿No está usted segura?

—No...

—¿Le sugirió en algún momento que dejara el Berliner Ensemble?

—No.

—¿Le aconsejó que se pasara usted al Berlín Occidental, y en particular al sector norteamericano?

—No.

—¿Quién se lo ha aconsejado?

—Nadie.

—¿Y qué va usted a hacer?

—Dar clases de alemán en un instituto católico, cerca del Goethe-Park.

—¿Sabe usted si a los miembros de la comisión cultural les preocupaban los proyectos «artísticos» —se atascó un poco al decir «artísticos»— de Bertolt Brecht?

—Él era un caso particular...

—Todo el mundo controlaba a todo el mundo...

—Es posible... No sé...

Una empleada del servicio vestida de uniforme trajo una bandeja con una vieja tetera de un metal amarillento, un platito con terrones de azúcar y dos vasos altos de un color amarillo blancuzco.

—¿Ha ido a Moscú?

—No. No lo creo.

Las preguntas que hacía el capitán Croyd no daban la impresión de querer averiguar nada sustancial, era como si todo lo que había hecho Brecht, todo lo relacionado con el Berliner Ensemble fuera, a la postre, conocido hacía tiempo y sólo faltaran unos detalles para completar el expediente de una manera si no brillante, sí al menos exacta.

—¿Dónde se aloja?

—En un cuartito amueblado no lejos de la iglesia de Santo Tomás, en la pensión Adler.

Hubo a continuación una larga y fastidiosa conversación sobre el marido y el padre de María y sus respectivas desapariciones, así como un vago intento por parte del capitán de tenderle una trampa a María cuando, para saber si ella mantenía algún contacto con ellos, dejó caer que tenía un mensaje que comunicarles. Por último Croyd cogió unas gafas Ray-Ban que tenía encima de la mesa, y mientras las

observaba dijo:

—Ha hecho usted de espía para cierto agente... Ha mentido, en cierto modo se ha jugado usted la vida por él, ¿quién era ese Trow?

María se quedó callada.

—Vamos, contésteme.

—Una buena persona. Hacía el mismo trabajo que usted.

—¿De veras?

—Sí.

—¡Vaya, vaya!

Viendo que María permanecía callada, Croyd se levantó, o más bien se estiró, y se puso a manipular un pequeño magnetófono cuyas bobinas transparentes parecían devanar un hilo de luz. El aparato se detuvo.

—Tendrá usted todavía la cámara fotográfica con la que...

—No.

La verdad, pensó Croyd, era que aquella actriz parecía tener un fervor patriótico más poderoso que el simple instinto de conservación. Croyd le lanzó varias miradas a María, que estaba poniéndose su abrigo gris oscuro de cuello redondo, pero el fino rostro de ésta permanecía impassible. Croyd concluyó que lo más atractivo de ella era tal vez su nuca... De un humor sombrío la acompañó al pasillo.

Tiempo de perros, vasto desierto, obras, barracones militares, edificios en construcción y viejos patios adoquinados. Después de comer Croyd tenía que redactar unos cablegramas y ver si el servicio de mecanografía del ejército había terminado los informes.

## 2

En los meses siguientes Croyd convocó seis veces a María Eich. A la tercera le tocó el brazo. Generalmente le preguntaba dándole la espalda y contemplando los celajes de nubes que en Berlín, después de disiparse la niebla matinal, se extendían con una amplitud peculiar.

Hacia las seis de la tarde empezaban a encenderse las luces, que se detenían como por arte de magia en la linde de un pinar; era la zona soviética. El aliento frío de otro Berlín... La CIA invertiría algún día las corrientes del cielo, los más altos vientos, y esparciría una lluvia glacial que anegaría los lugares en obras, los barracones, los niños de las calles, los soldados soviéticos que jugaban al ajedrez ante ventanas de cristales rotos...

Al tercer interrogatorio, Croyd dejó su cuaderno, desconectó el magnetófono. Un boquete de sol en las nubes iluminó la inmensidad berlinesa; Croyd abrió de par en par el ventanal. Se oyó el rumor lejano del barrio y una voz que resonaba en un patio interior.

María empezó a explicar que su marido había sido nazi, que su padre había sido amigo de Rudolf Hess y se había alegrado de ver cómo las unidades blindadas del ejército alemán se adentraban en el desierto blanco ruso, y cómo invadían el cielo europeo miles y miles de Stukas, encantado de asistir a aquella gran conflagración que había de devolverle el espacio vital a un pueblo ario que había imaginado un futuro de manera tan grandiosa.

—Lo oí incluso cantar yendo en bici por el paseo del jardín cuando Hitler habló en la *Heldenplatz*.

—¿Y eso no le importaba a usted?

—Yo nunca leía un periódico por completo, sólo la sección teatral... y el horóscopo...

—¿Y Brecht? ¿Por qué estaba usted tan enamorada de él?

—No, yo no estaba enamorada de él. Yo lo admiraba.

—A ver, empecemos por el principio: ¿quién les puso en contacto?

María lo contó. La sensación de que los nazis habían pisoteado a toda su generación, de que todos habían sido adoctrinados. Uno no conoce a auténticos genios todos los días.

—¿A qué se refiere usted?

—Brecht es un auténtico genio.

María se exaltó. Las mejillas se le pusieron rojas. Habló de las canciones de Brecht, de sus poemas, del pintor de brocha gorda.

—¿El pintor de brocha gorda?

—Desde 1930 Brecht llamaba a Hitler el pintor de brocha gorda.

—¿Por qué? ¿Es que lo había sido?

Aquella pregunta revelaba una curiosa falta de comprensión o, como mínimo, de experiencia, un muy escaso conocimiento del expediente de Hitler.

Eso dio alas a María.

—¿Conoce usted la «Canción de las SA»? —preguntó con ironía—. ¿La «Canción del enemigo de clase»? ¿Conoce el «Elogio de la dialéctica»? ¿Y la «Balada de la aprobación del mundo»? ¿Quiere usted que se las cante?

Viendo que se apuntaba un tanto a su favor, María prosiguió:

—¿Conoce usted «La gloria extinta de la gigantesca ciudad de Nueva York»?

Y para sorpresa de Croyd, comenzó a recitar en voz muy alta:

—«Especímenes de humanidad a los que, encerrados en grandes cercados, alimentados con comida especial y bañados, mandaban balancearse para que sus movimientos incomparables quedaran registrados en películas destinadas a todas las generaciones futuras».

Hubo un momento de embarazo.

—Gracias —dijo Croyd.

Y dejó caer la bolsita de té en la taza. No dejaba de parecerle un tanto triste que aquella actriz dotada de tan bello cuerpo siguiera inflamándose por Brecht, su alquimista, y estaba al mismo tiempo fascinado por el encanto acre de la joven, que lucía aún más al cantar. En el fondo, pensó Croyd, está de acuerdo con lo que esa gente hace. Completamente.

El capitán sacó la bolsita de té de la taza. Una secretaria alta y delgada trajo una cuartilla azul en la que se veía escrito: «Su mujer ha llamado desde Nueva York».

Croyd tabaleó sobre sus finos labios sin prestar atención a lo que decía María.

—¿Y sobre las convicciones políticas de Brecht? —preguntó luego carraspeando.

A esta pregunta María se quedó en blanco, mirando a Croyd. Él pensó en «esas adorables vienesitas con rizos que comen *strudels* y canturrean *Cosi fan tutte* mientras sacuden la escoba asomadas a la ventana».

Croyd trató de ayudarla, pero le faltó la inspiración. Ya tendría ocasión de volver a convocarla, se dijo. Y con una de sus fórmulas favoritas dijo:

—No tengo nada que reprocharle. Le agradezco su sincera colaboración.

Desde aquel tercer piso, con aquélla extensa vista de Berlín, puede sentirse el poder aspirador del Tiempo. Arrambla con esa ciudad hecha de pasos, de alambradas, de ánsares que alzan el vuelo, de campanas, de soles refulgentes, de micrófonos, de obras, de hoteles, de fachadas huecas, de escrituras descascarilladas. Letras de piedra. Imprentas polvorientas. Naves.

A las seis de la tarde, la secretaria le lleva otra taza con agua caliente, sobre la que Croyd hace oscilar la bolsita de té. Del mismo modo maneja los hilos de la vida de aquéllos a los que interroga. De pronto se siente enardecido por la vastedad morbosa de la ciudad y el poder que las barras le confieren sobre los que van a su despacho y se sientan ante la gran foto aérea del sector norteamericano.

Y deja caer la bolsita de té en la taza.

María se enteró por los periódicos de la revuelta de junio de 1953 en Berlín Oriental; el día 17, los obreros se manifestaron por las calles contra la reducción de salarios dictada por el Politburó. Ella subió a la azotea de la pensión Adler y estuvo mirando el humo que ascendía de los barrios del norte. Se enteró de que todas las grandes encrucijadas de la ciudad habían sido tomadas por tanques soviéticos y de que Lavrenti Beria, el poderoso jefe de la policía soviética, venido urgentemente de Moscú, había dado orden a las tropas de estar preparadas para intervenir, al tiempo que en el sector occidental los ejércitos de ocupación francés, inglés y norteamericano se ponían también en alerta, listos para entrar en acción. Brecht, que estaba ensayando *Don Juan*, les contó a sus actores lo que sucedía, mientras una serie de enfrentamientos armados e incendios llenaban de humo la zona. Aquella misma noche, el maestro decidió escribir una carta de apoyo al gobierno de Ulbricht.

A los pocos días las calles quedaron limpias. Silencio. Adoquinados soleados. Gorriones.

Los periódicos del Oeste publicaron la carta que Brecht había enviado al camarada Ulbricht: «En estos momentos siento la necesidad de comunicarle mi lealtad al Partido Comunista Unificado de Alemania». Se insinuaba que el gobierno de Pankow había censurado el resto de la carta, más crítica. En la pensión comentaron la carta de Brecht sin saber que María había sido su amante.

Todas las mañanas, cuando entraba en el instituto en el que daba clases, María tenía que esforzarse por no ceder al vértigo que le producía saber que su función — contarle sus relaciones con Brecht al capitán Croyd— se parecía a su propia vida, una eterna traición, aunque ¿a qué? ¿A quién? ¿Por qué?

Llegó el invierno. Era como una noche que cae pronto y hace pensar en tumbas. Cornejas que levantaban el vuelo. Lago primero gris, luego negro. Un abrigo sacado de un armario.

Un día de noviembre, en el cristal granulado del vestíbulo, a la luz del farol exterior, María vio perfilarse una figura un tanto rígida tocada con el casco blanco de la Military Pólice: el hombre, Harold Gray, traía una nueva orden de comparecencia del cuartel general aliado. Cuando volvió al comedor se sintió de nuevo en peligro. Uno de los huéspedes le preguntó:

—¿Malas noticias?

—Oh, no —dijo ella—. Lo de siempre.

Aquella noche tuvo un sueño. El hombre del casco blanco se acercaba al vestíbulo. Había un silencio. María abrió la puerta y se encontraba no con un soldado norteamericano, sino con un cordial agente de las SA que llevaba en una mano una botella de cerveza y en la otra una orden de comparecencia; el hombre entraba en la pensión y al ver que se apresuraba a coger su abrigo y sus guantes le decía: «No hace

falta que corra, abuela... ¡Es sólo una invitación para que venga a comerse una oca con nosotros! Una oca matinal-socialista. ¡Ya verá lo bien que saben!... ¡Parecen de antes de la guerra!».

En ese momento se despertó. Abrió la puerta vidriera que daba al balcón. Ahí estaba Berlín, en calma, centelleando difusamente. Se dijo que allá lejos, en la otra punta de la ciudad, estaría Brecht durmiendo. Él había conocido los comienzos de Hitler en Múnich, había caminado por aquellas mismas calles. Brecht sabía hasta qué punto la dramaturgia y teatralidad nazis, sus paradas con antorchas, sus grandes discursos, sus desfiles masivos, sus cantos, sus oriflamas, sus velatorios, habían sido eficaces. Las ceremonias nazis, ¡aquello sí que era teatro de la eficacia! Grandes discursos, altas tribunas, mosaicos de hombres de rostros radiantes, hombres que antes habían errado pobres y sin trabajo... Brecht sabía cuánto había entusiasmado al pueblo alemán toda aquella parafernalia. Sí, Hitler había sido mejor escenógrafo que él. Bertolt tenía buenas razones por las que preocuparse, se había pasado todos aquellos años de exilio tratando de comprender cómo el «chantaje emocional» del fascismo había podido funcionar tan bien, gustar, arrastrar a las masas.

¿Cómo aquel puro teatro había podido seducir tanto a la gente? ¿Qué inteligencia dialéctica, qué nuevo teatro había que crear para oponerlos a aquella teatralidad fascista, wagneriana?

Brecht llevaba toda su vida pensando en ello y hoy se veía sentado en una cátedra oficial viendo desfilar a jóvenes modelos vestidas con falda azul y blusa blanca.

En todo eso estaba pensando María a la luz de la luna. Claridad de las farolas del barrio, todo estaba tranquilo, todo dormía por unas horas. Sin embargo, algo misterioso bullía. ¿Y si mañana empezara todo nuevamente?, se preguntó. ¿Serían suficientes Brecht y sus amigos, la ironía, la inteligencia refinada de todos ellos?

El propio Brecht le había dicho: «El hombre vive de su cabeza pero no da para mucho. Inténtelo si quiere: de su cabeza vive como mucho un piojo».

María contempló las grandes villas del barrio a la luz de la luna. Sentía que no había perdido el miedo, y sí en cambio todo su optimismo.

Croyd examinó una vez más el expediente de María Eich, entre la multitud de papelotes que había en torno a su máquina de escribir.

Y una vez más reparó María en el contraste enorme que existía entre los uniformes burdamente teñidos y confeccionados de la policía alemana del Este y las impecables camisas norteamericanas. Sobre la mesa de metal había incluso unas gafas de sol. Frufrú de las mangas de la camisa sobre la butaca cromada, dedos repasando documentos... Los finos arabescos trazados con tinta de diferentes colores daban la impresión de tratarse más de un grabado medieval que de un documento. Pero lo que en aquel montón de papeles la sorprendía más era ver timbres medio borrados de la cruz gamada.

De pronto Croyd inclinó la cabeza, releyó algunas líneas entornando los ojos y sacó del cajón una fotografía amarillenta y de bordes serrados.

—¿Lo conoce usted?

Se veía a un joven con gorro militar apoyado en la torreta de un tanque Tigre fumándose un cigarrillo, sonriente, juvenil.

—Sí, es mi marido —dijo María.

—¿Cómo? —preguntó Croyd.

—Es mi marido —dijo ella forzando la voz.

Croyd cogió la foto y la observó.

—Era todo un jodido nazi...

María se dio cuenta de que el magnetófono que estaba en marcha era de un nuevo tipo y comprendió por qué le hacían repetirlo todo.

—¿Lo reconoce usted?

—Sí —dijo María—. ¡Es mi marido!

—Era.

Croyd le pasó otra foto.

—Lo han encontrado muerto en Portugal...

—¿Cómo es eso?

—Era el encargado de una fábrica de conserva de pescado seco en Nazaré.

—¿Dónde? —preguntó María.

—En Portugal... Nazaré...

Croyd puso tres fotos brillantes a la vista de María. Una figura maciza, iluminada por el *flash*, una puerta abierta que daba a unos váteres. Un retrete con un cordel en lugar de la cadena, algo parecido a un anaquel sobre el que se veían productos de limpieza y, sobre todo, el cuerpo extrañamente doblado, un medallón y un rostro con barba de varios días.

Croyd escribió unas palabras en el dorso con el portaminas.

—¿Lo reconoce usted?

—Sí —dijo María—. ¿Cómo ha muerto?

—No se sabe. ¿La impresiona? —preguntó Croyd.

—Sí —dijo María.

—No hizo pocas guarradas, en Hungría y otros sitios, ¿lo sabía usted?

Las bobinas del magnetófono giraban haciendo un leve ruidito.

María sabía que su marido había confeccionado listas y mandado fusilar a «terroristas».

Se preguntó dónde estaba Nazaré, cómo se podía morir allí. ¿Era uno de esos preciosos puertecitos de pesca portugueses que se ven en las postales? ¿O era más bien un paraje lúgubre, una costa plana y legamosa llena de aulagas y naves que apestan a pescado?

Croyd parecía estar a la espera, impaciente; era como si poseyera un reloj mental y el desconuelo de María tuviera los segundos contados, luego tocaba tenis, piscina, informes, hacer unas llamadas...

—¿Repatriarán el cadáver? —preguntó María.

—Ha sido enterrado en Nazaré...

—Ah...

La lluvia empezaba a chorrear por el ventanal, inundaba la ciudad.

María llevó su mano al canto de la mesa, justo cuando Croyd se ponía en pie y apagaba la lamparita. La entrevista había terminado. La acompañó al pasillo. Las suelas de crepé chirriaban en el suelo de linóleo, como un eco a destiempo. María se cogió de la barandilla.

Croyd empezó a darle el pésame, pero un ordenanza que le traía una funda y su raqueta de tenis lo interrumpió.

María bajó sin tomar el ascensor. Escalones de toba limpísimos en los que resonaban los taconazos. Lo mismo en el resto de los pisos. Una gran empresa que funcionaba a base de llamadas telefónicas, puertas abiertas a empujones de pies displicentes, cubos de basura marcados con inscripciones estarcidas.

Estaban sentados en las gradas del estadio Walter Ulbricht.

Hans Trow observaba cómo Théo Pilla metía una hoja de lechuga de un verde vivísimo entre dos rebanadas de pan rellenas de huevo duro.

—Estás seguro de que no tendremos necesidad de ésa... María Eich... Ahora que Brecht ha muerto podría decirnos cosas, ¿no?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó Hans Trow, y puntualizó—: Ya no la necesitaremos.

—Nunca la hemos necesitado.

—Desde luego que sí.

—¿Me tomas el pelo?

—No —dijo Hans.

—¡A ti te ha dolido que se fuera con los yanquis!... A beber Coca-Cola...

—Sí.

—Antes de salir para Moscú me gustaría aclarar un punto —dijo Théo—. Me gustaría saber si tú estabas realmente enamorado de ella.

—Sí.

—Lo sabía.

Théo dio cuenta de su sándwich de pan integral con una sensación de reconciliación con el mundo. Siempre le pasaba lo mismo, menos pozos de tristeza, menos preguntas últimas. Dejaron las gradas y echaron a caminar por la pista de ceniza.

—Dime una cosa, quisiera aclarar otra cuestión.

—Sí.

—¿Sigues enamorado de ella?

—Sí.

—Pero con ella... has...

—No.

—¿Ni una vez?

—No.

Salieron del estadio y llegaron a la parada del tranvía. Hans se miró el reloj y se subió el cuello de la gabardina. Faltaban siete minutos. El tranvía iría hasta los topes de obreros.

Ya en el vehículo, algo apretados, Hans se inclinó hacia Théo y le susurró:

—A partir de ahora deja los recuerdos en paz y en Moscú no vuelvas a echarte azúcar en el café, ¿de acuerdo? No quiero volver a oírte mencionar a María Eich...

Se despidieron al llegar a Alexanderplatz; Hans se apeó del tranvía en marcha —línea 3— y se dirigió hacia el paseo del parque en el que había visto por última vez a

María Eich sin que ella lo advirtiera. Todo era allí silencio, materiales de construcción, carbón, vallas, casetas. No se detuvo con un centinela que custodiaba un depósito. Se acercó a los muelles del Spree. Caminó largo rato por la orilla — gigantescas puertas de acero de un complejo industrial—, entró en un café, el Buffle. Se bebió tres cervezas y un aguardiente; reanimado, salió a caminar a la sombra del puente vecino.

En el verano de 1954 hubo un intercambio de notas entre la RDA y la RFA y una zona prohibida de cinco kilómetros (Sperzone) establecida a lo largo de la frontera con la República Federal Alemana.

María se inquietó. Montó con su hija en el tren interzonal, casi siempre controlado. Dos maletas y la dirección que un profesor le había facilitado. Tenía que ir a Pforzheim, en Baden-Württemberg, donde había un centro de enseñanza católico que buscaba profesores de alemán.

Viajaba en un compartimento oscuro y más bien sucio, su hija no tardó en dormirse; atravesó aquella Alemania de plácidas colinas, de campos inmensos y llanos, suavemente ondulados; al ocaso pasaron por bosques, defensas militares, barracones, refugios. Cada cierto tiempo unos hombres con impermeable gris y sombrero pardo le pedían el pasaporte. Al cabo se vieron reflectores, más refugios, uniformes norteamericanos e ingleses, hubo comprobación de pasaportes, de maletas... María sentía que dejaba atrás su pasado berlinés como lo había hecho con el vienés. Barrancos y montes, puentes, ríos, ruinas.

Bajo el cielo pálido de Düsseldorf sintió que ya no tenía ningunas ganas de existir. Se dejaba en Berlín todo deseo de reconocimiento. Renunciaría a su antiguo yo y se perdería en el anonimato de las masas.

Se quedó mirando aquel paisaje con el que se identificaba. Helechos que se perdían de vista, bosques oscuros.

En adelante su secreto y su anonimato serían sus compañeros de viaje. Se ocuparía de sí misma y de su hija con paciencia y buen juicio.

En todo eso iba pensando cuando llegaron a la estación de Colonia, donde cogió otro tren, más pequeño, angosto, con madera que crujía. Corazón encogido, corazón cautivo y no ya corazón ardiente. Llegó a la ciudad de Pforzheim por entre vallejuelos tranquilos. Se sentía revivir en aquel paisaje boscoso.

Transcurrió enero, febrero, marzo, abril. Tiempo ventoso, tiempo claro. Vivía en una bonita casa gris construida en los años treinta, con un balcón de madera que dominaba el barrio residencial. Se sentía agradecida. Oía las campanas de una iglesia. Tenía un hermoso jardín. Se acostumbraba sin dificultad a su vida de profesora. Largas vacaciones. Lotte crecía. María se compró un Opel de segunda mano y con él se paseaba muy a menudo por esas carreteras lisas y húmedas de la Selva Negra, en dirección a Schellbronn, Bad Liebenzell, Calw, Wildberg, Nagold, a veces se llegaba a Tubinga, y aquí, al pie de la torre en la que el poeta Hölderlin había vivido sus años de locura, de elogios, de celebraciones, se enfervorizaba. No se sentía ya prisionera de nada. No esperaba los aplausos del público, no se tapaba el rostro con maquillaje. No la obsesionaba la idea de construir un personaje, no sentía ya el pánico que la embargaba al salir del camerino y bajar la escalera camino del escenario...

En el instituto de enseñanza evitaba las conversaciones de carácter personal. No hablaba más que del tiempo, las tormentas, la nieve, el movimiento de las nubes, las bruscas heladas, los primeros calores, las tumbonas y las veladas iluminadas con velas. Creían que era una mujer pasiva y un poco tonta; sus clases demostraban lo contrario. Era atenta, escrupulosa, divertida, irónica con sus alumnos. Hablaba más de poetas —Heine y Hölderlin— que de prosistas. Vestía siempre con el mismo viejo jersey blanco y negro, la misma falda gris. Como decían algunos colegas suyos, desprendía algo «entre la castidad y el olor a cloro de las piscinas».

No solía comentar los acontecimientos, pero el 14 de agosto de 1961, después de que los soviéticos empezaran a desplegar alambradas y caballos de Frisa y mandaran a los albañiles que tapiaran las ventanas de los edificios —estaban dividiendo Berlín en dos—, María dijo, en un tono brutal: «Esta sociedad se alimenta de la muerte; la oscuridad se extiende sin tasa ni límite, no acabará nunca».

María parecía esquiva y casi muda. En verano se iba a nadar a una piscina de Wildbach, en torno a la cual tomaban el sol mujeres y niños. La blancura de su espalda, los movimientos regulares de sus brazos, el contorno fluido de sus piernas, la delicada estela de burbujas que dejaban sus pies, todo eso fascinaba a la gente. Cuando salía del agua para ir a secarse cerca del trampolín, su espalda blanca, estrecha, resplandecía a la plena luz del mediodía. Estaba bella, ausente, llamaba la atención.

Vivir en aquel barrio residencial y arbolado le sentaba bien. Sus casonas grandes y tranquilas, sus jardines bien cuidados, el terreno ondulado y de sabor campestre en el que estaba asentado, sus calles en ángulo recto, daban una sensación de serenidad. Sólo el vuelo de los Starfighter norteamericanos lo turbaba: destellos metálicos que pasaban rasando los abetos y cuyo zumbido no tardaba en extinguirse entre las nubes. No quedaba entonces más que el silencio, el seto del vecino, las tumbonas, la bici de Lotte apoyada en la cancela del jardín.

La publicación de las obras completas de Brecht por la editorial Suhrkamp suscitó en María el máximo interés. Hojeó y compró los pesados volúmenes. Con ellos revivió sus años de actriz. En las notas no se la mencionaba; se alegró.

Tenía un amor secreto que se llamaba Hans Trow. Lo supo un día leyendo el Zeit a orillas del Neckar. En la página ocho venía una foto en la que se veían varios policías uniformados, unos vopos: habían descubierto la entrada de un túnel en los sótanos de un restaurante. Había también un hombre de paisano, vestido con un traje gris, en el que al momento reconoció María a Hans Trow, la expresión intrigada de su rostro, su barbilla un tanto huidiza, una leve sonrisa. Se le hizo un nudo en la garganta, la nuca se le agarrotó, se sintió como algodónosa, se le secó la boca. La sobremesa fue negra, sombría, terrible, la tarde interminable, desolada. Anduvo paseándose por el barrio, subió luego a los montes azulencos, sin embargo, nada la salvó del dolor. En un momento había perdido sus hábitos, sus pensamientos, la sensación de seguridad que tanto le había costado conquistar allí: sus caminatas

solitarias, sus horas de natación, sus paseos en coche por las carreteras, todo se había venido abajo.

Al final se refugió en una taberna. Y bebió. Para liberarse, para ahogar las penas. Pero hacía mucho tiempo que había en ella, latente, un ruego nunca atendido, un ruego del que ya nada esperaba.

Durante las semanas que siguieron prestó una atención más sostenida a los trabajos de sus alumnos. Por las noches escuchaba con avidez lo que Lotte le contaba de su vida de bachiller.

El mes de agosto siguiente llevó a su hija a una isla del mar del Norte, Borkum. Se alojó en un hotelito a pensión completa, el Grafwaldersee. Luego se les unió un alumno de instituto, alto y rubio, Stefan, que también había superado el bachillerato con buena nota. Le hacía la corte a Lotte.

Cielo azul, brisas ligeras, grandes nubes flotantes y olas inmensas que le recordaban pasados veranos que no quería identificar. Leía periódicos, pilas enteras de periódicos alemanes, austríacos. El Muro de Berlín había ejercido una curiosa influencia en su ánimo. En lugar de rechazar el marxismo, se interesó por él como uno se interesa por la filoxera o la gangrena. Se sentía presa de fuerzas inhibitorias, en un extraño estado de fermentación psicológica. No acertaba a concebir cómo podía ser la vida de los demás. Se pasaba los días fijándose en las familias, preguntándose qué vínculos unían entre sí a los seres. ¿Cómo podía haber gente casada? ¿Cómo podían hablar, callarse, acostarse con otros, decir tonterías, jugar a las cartas, hacer negocios?

Observaba a la gente joven sentada en las terrazas de los cafés, a un hombre que silbaba a su perro, a una pareja de mujeres tocadas con sombrero que caminaban por el dique, muy pegadas la una a la otra. El espectáculo de la vida cotidiana la dejaba perpleja, ésa era la verdad.

Cuando a fines de agosto volvió a Pforzheim, sin su hija, encontró la casa, los pasillos vacíos, el jardín centelleante y calmo, las plantas verdes. ¿Su ausencia no había, pues, cambiado nada?

Una tarde, por la ventana abierta —en la que había colocado un visillo contra los mosquitos—, oyó pasar a una pareja. El hombre iba hablando en voz muy baja. Aquello la emocionó.

Los días, como las noches, eran iguales, infinitos, monótonos, silenciosos. María dejaba en el césped su bolsa de deporte, se ponía el bañador, se zambullía en la piscina de Wildbach. Y para no perturbar las sombras y reflejos del agua, buceaba.

Un domingo por la tarde, un tanto bochornoso, cogió una llave plana, se montó en el Opel y se dirigió al instituto en el que enseñaba. Abrió la puerta, atravesó el patio cuajado de hojas secas —en la escalera B habían montado un andamio— y entró en un largo vestíbulo con una hilera de perchas de cobre. En su aula no vio más que mesas, mesas hechas con tubos metálicos. Apoyado contra el armario estaba su paraguas. La sombra del armazón de la ventana caía sobre un mapamundi. Se quedó

mirando los bancos vacíos y regularmente dispuestos: no había en ellos más que fantasmas, fantasmas de alumnos, muchísimos fantasmas.

En la pizarra se veían dibujados unos arbolillos y un gran sol, y alguien había tratado de escribir su nombre al revés: samoh..., por Thomas, tal vez. Había también una caja de tiza con polvo blanco por dentro y unas tijeras de puntas redondeadas.

El olor del olvido la conmovía; emocionada, contempló los retratos polvorientos de Goethe y de Jean-Jacques Rousseau. Todo estaba abandonado, todo yacía de cualquier manera, el verano era de pronto otoño.

Caminó por el recinto, se acercó al radiador junto al que solía quedarse durante los exámenes escritos. Desde ahí se veía perfectamente el patio. El día empezaba a declinar. Atisbo el resplandor claro de la ciudad, allá lejos, unos cuantos edificios de oficinas, la claridad vaporosa que flotaba en el barrio, las primeras luces de neón.

Reinaba una calma absoluta. Todo el instituto era algo inmóvil, oscuro, vasto, vacío, extraño, irreal. María se sintió apaciguada. Se habían dejado una ventana abierta, la lluvia empezó a repiquetear en el patio. Más arriba, se oyó resonar un canalón. Pero allí, en aquella aula, se estaba a salvo de la violencia de fuera, de la propaganda, de los Starfighter y de los comunicados de Moscú.

Se quedó largo rato contemplando los diccionarios, las enciclopedias, los atlas cuyas vastas sombras poblaban el rincón cercano a la pizarra. Se desabrochó luego dos botones de la blusa y se palpó aquel lugarcito recóndito que tenía bajo el pecho: algo latía ahí, furtiva y regularmente.

Quizá no había sabido comprender a Brecht y al Berliner... Quizá su inteligencia solitaria era demasiado corta, limitada, atolondrada. ¿Habría sido demasiado vanidosa?

Ver un pimpollo al pie de un gigantesco roble la hizo sonreír. Sí, ella había espiado no al «hombre al que amaba», sino al que la «tenía fascinada». Allá lejos, Berlín relucía en un mundo que le había sido totalmente ajeno. Tenía la impresión de estar volviendo en sí poco a poco, como si fuera una convaleciente. ¿Su incapacidad para comprender lo que estaba en juego? ¿Las situaciones? ¿Es que había sido una sensiblera? ¿Demasiado sentimental?

Y toda su energía, su «corazón ardiente y puro», habían acabado en aquellos atardeceres taciturnos. Ronda de noche, mundo fantasmal y reposado... ¿Podría algún día justificarse por haber espiado a Brecht?

Su incapacidad de comprender un mundo dual, escindido, dogmático y frío la había reducido hacía mucho a ser un fantasma. Era una ausencia en el mundo. Sabía que por lo menos allí, con alumnos o sin ellos, en aquel verano que acababa, en aquella fina funda que le había puesto a la almohada del Tiempo, podría salir adelante e incluso sonreír. La violencia del mundo exterior no afectaba a aquel patio.

Salió, subió al coche, el cielo se había despejado. Al pie de los abetos corría un torrente brumoso.

Se dirigió hacia el centro de la ciudad. No veía más que la carretera lisa, las líneas

regulares y blancas a cada lado. Erraba por las avenidas de un mundo pacífico familiar y hospitalario. Una carretera, una simple pista de asfalto y rayas blancas que pasaban regularmente por el lado.

Abrió el cancel de su casa, el jardín olía bien.



JACQUES-PIERRE AMETTE nació en 1943 en Saint-Pierre-sur-Dive (Normandía). Estudió Literatura en la Universidad de Caen y se dedicó a la enseñanza y a la crítica literaria antes de publicar su primera novela, *Le congé* (1965). Colaborador de la *Nouvelle Revue Française*, fue también director de colección en la editorial *Mercure de France*. En 1970 se instaló en la Martinica, desde donde trabajó para *France-Antilles* y fue corresponsal del *New York Times*. En 1972 se unió a la revista *Le Point*, para la que sigue escribiendo en la actualidad. Además de novelas (algunas de ellas policíacas), es autor de obras de teatro que se han traducido a diversos idiomas.

En 2003, obtuvo el Premio Goncourt por su novela *La Amante de Brecht*.